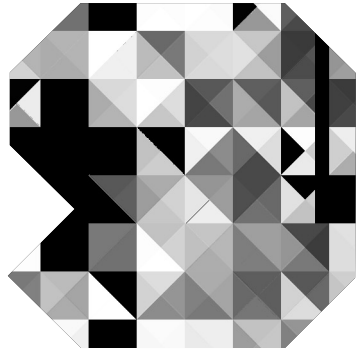
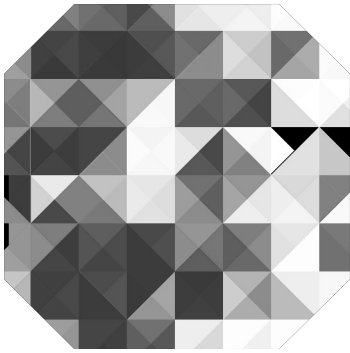


WILBER

BRUCE

JAMES

WIKI
BLOG
JOURNAL



Ana Fernández Abadía / Consejera de Servicios Sociales y Familia

Las palabras impresas en estas páginas reflejan las inquietudes, sentimientos y vivencias de la juventud aragonesa. Su valor, además del literario, reside en la reflexión que han hecho quienes las han escrito, lejos de la urgencia de nuestros días. Las relaciones personales, la sociedad que nos rodea, el medio ambiente y la ciudad, las ilusiones... todas estas cosas están presentes en la vida de todos y también en los relatos seleccionados en esta edición del Certamen de Literatura. Por eso, esta convocatoria es tan importante para el departamento de Servicios Sociales y Familia. Os vemos reflejados a los jóvenes y entendemos mejor vuestras inquietudes. Esto es una gran ayuda en nuestro quehacer diario. El Gobierno de Aragón, a través del Instituto Aragonés de la Juventud, procura la igualdad de oportunidades para la juventud en todo el territorio, y sólo vosotros podéis expresarnos vuestras inquietudes.

Si existe este Certamen de Literatura, igual que la Muestra de Arte Joven, es porque reconocemos el valor de la creación como opción de vida, como decisión valiente cuyo resultado disfrutamos todos los que nos acercamos a ella. Además esta convocatoria es una oportunidad que abrimos a la juventud. Aunque modesto, este Certamen permite a los jóvenes escritores ver publicados sus primeros relatos o poemas lo que, sin duda, es una motivación para ellos.

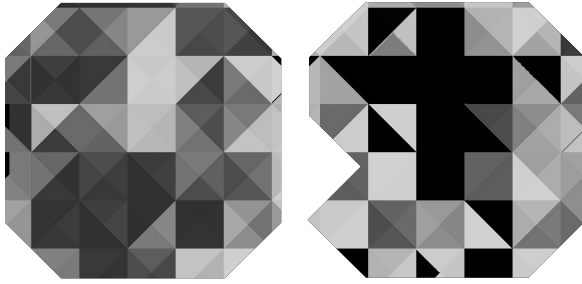
Como responsable de las políticas de juventud en Aragón, me satisface mucho presentaros estas páginas y a estos escritores. A ellos les animo para que continúen porque su esfuerzo, seguro que será recompensado.

Marta Aparicio Sainz de Varanda / Directora del Instituto Aragonés de la Juventud

En el Instituto Aragonés de la Juventud creemos en la literatura hecha por la juventud y vamos a seguir fomentándola y contribuyendo al desarrollo de este potencial, dando oportunidades para la expresión y creatividad.

Este libro es una muestra de ello, ya que recoge el resultado del esfuerzo realizado por estos autores. Un esfuerzo que se transforma en obras que cumplen un doble objetivo. Por un lado, el de estimular los valores jóvenes de la literatura, dando a conocer sus creaciones, y, por otro, el de avivar el gusto por la lectura.

Porque la literatura nos permite viajar, vivir otras vidas, pensar y aprender. Por eso, os animo a la lectura de estos relatos, que, además, son un pequeño escaparate de la forma de ser y pensar de la juventud aragonesa.



Water
Silver
Jewelry

PRIMER PREMIO: Natalia Pérez Cameo // SEGUNDO PREMIO: Mariano José Colás
Blasco // ACCÉSIT: Marta Fuembuena Loscertales

PRIMER PREMIO

Titanes

Por Natalia Pérez Cameo. Soria. 1987.

Salvador adoraba el fútbol. Sólo con oír el nombre de Marcelino colado en alguna conversación ajena incluso al deporte, estiraba la oreja y participaba. Eso y su Real Zaragoza. Porque no ser del mejor equipo que hubiera pisado este país era un pecado imperdonable, o eso decía el Mantecas entre trago y trago el domingo por la tarde acodado en la barra del Titán.

El Titán tenía los toldos rojo y negro, como enormes cachirulos que escondían un local oscuro y familiar. Benita bajaba aquellos toldos a primera hora de la tarde para evitar que el sol se comiera, aún más, el color de las mesas y los taburetes. Las oscuras baldosas del suelo escondían manchas de licor y café caídas a lo largo de años de trabajo sin descanso. El abuelo Salvador vivió en todos los rincones de aquel lugar, entre Naranjito y la Pilarica. Teresa lamentó, cuando vendió la casa de sus padres, no haberse quedado con más cosas. El juego de copas de cristal fue usado durante toda su vida, pero no fue capaz de enseñarles a sus hijos el valor que tenían y prefirió ignorar su destino.

Los primeros primos crecieron jugando a trepar por la barra del bar, marrón e irregular, cuya parte superior sobresalía más que la inferior, como una especie de barriga cóncava por la que pasaban los dedos cuando apenas se tenían en pie. Benita enseñó a Irene a limpiar los vasos y los cubiertos dos veces para asegurarse del todo de que estaban limpios y pasaron años hasta que la joven, ya en su propia casa, confió en el lavavajillas que su marido insistió en comprar.

A Irene, la madre de Teresa, nunca le gustó que los niños corretearan por el bar y los enviaba a la cocina. Allí, Teresita y su hermano hacían los deberes sentados sobre una pierna doblada, garabateando con lápices de colores sobre la mesa de formica, mientras picoteaban las croquetas que a la abuela se le rompí-

an en la sartén y no podía sacar al mostrador, por feas. *Son feas, abuela, pero están buenísimas*, decía la niña.

Los pasos cansados de Salvador llegaban hasta los fogones, indicando que se desplazaba, a cada hora más cansado, de la barra a la máquina de café, de la máquina de café al fregadero.

–Tres cortados y un carajillo.

–Ahora va.

El cliente siempre tiene la razón, Teresita, decía por encima de las gafas, *aunque te pida dos pinchos de aceituna y luego te diga que lo que quería eran calamares*. Teresa se asomaba por encima de la barra de cuando en cuando, pues sabía que los parroquianos dejaban más propina si la veían por ahí, como si el hecho de verla les recordara que existía.

La abuela quería deshacerse de aquel bar. *Es un trabajo esclavo*, decía cuando Fernando, el hermanito de Teresa, juraba trabajar allí para siempre. Benita pasó años montando pilas de petaca en la Tudor, hasta que Salvador quiso ser algo más que barbero. El abuelo afeitó cabezas, bigotes y barbas durante años y cumplió el servicio militar obligatorio en la barbería de Oficiales de la Academia General Militar. No cogió un arma, nunca fue violento. Los tiros, en la tele. Los golpes, en el boxeo. De la puerta del Titán para dentro nadie se buscaba problemas.

Teresa siempre recordaría el momento de salir del colegio y correr hacia el mercado, donde la mujer del puesto del pan le daba la barra correspondiente para luego lanzarle un colín por encima de la cesta de las magdalenas. Teresa lo engullía antes de llegar al Titán, pues la abuela se hubiera enfadado con la panadera por consentirle los caprichos y con ella por no terminarse las verduras.

Corre el año 2013 y ahora mismo Teresa tiene treinta y tres años. Ya no vive en el barrio, pues Delicias decidió transformarse y abandonar su cara de barrio obrero y pasó a ser un núcleo de callejas inmigrantes y pisos demasiado oscuros y demasiado pequeños. El Paseo de Calanda dejó de ser una pista de piedras y barro y las huertas del psiquiátrico se convirtieron en un parque verde y frondoso. Pero para entonces, al Mantecas ya no le dolían las muelas.

–Mamá, ¿qué hago con la caja que queda fuera? –la voz sería de su hija le hace alzar la cabeza. Nuria tiene ocho años y heredó de su padre la capacidad de hablar como si fuera el ser más sabio del planeta. Felipe aparece tras Nuria, secándose el sudor de la frente.

–Creo que ya está, sólo falta ésta –señala la caja de la que antes hablaba Nuria y mira a Teresa buscando una respuesta. Teresa está embarazada de ocho meses y se pasa la mano por la tripa mientras intenta concentrarse.

Benita murió hace apenas dos meses y Teresa no sabe qué hacer. Nuria se acerca a su madre y acaricia también ella la barriga redonda y respingona. Ha preguntado muchas veces, desde que supo que Teresa tiene que encargarse de las cosas de la bisabuela, qué hay en esas cajas.

Las han llenado de ropa que nadie va a volver a ponerse, o de recuerdos que sólo tuvieron valor para ella. Teresa no puede pensar con claridad. No puede conservar todos aquellos recuerdos porque no son suyos, pero no puede tirarlos a la basura porque forman una historia que no puede ignorar: la suya.

–Ven, vamos a abrirla –coge a Nuria de la mano y Felipe carga con la caja hasta el sofá. Viven en un piso pequeño pero muy luminoso, una zona tranquila de comercios estables, anchas

avenidas y parquecillos dispersos. Nada que ver con el caos de su infancia, piensa Teresita de vez en cuando.

Nuria se sienta en el sofá y espera. Su padre ha dejado la caja sobre la mesita baja y Teresa la abre muy despacio, a pesar de que conoce de sobra lo que hay en el interior. Lo primero que toca su mano es un marco de plata. Lo saca con cuidado y Nuria aprecia que a su madre le tiembla la mano.

–Mira –Teresa se lo tiende y la niña mira la foto –¿Sabes quién es?

–Claro. Es la bisabuela Benita –Nuria apoya el dedo índice de la mano izquierda sobre el cristal, a la altura de la nariz de Benita y sonrío –Tiene la misma nariz que el *tito* Fer.

–Es verdad –aprecia Teresa –Casi todos tenemos esa nariz, ¿no te has dado cuenta? A la abuela Irene se le nota menos, pero el tío Fernando la tiene mucho más grande. Mis tías también heredaron esa nariz.

Felipe asiente con la cabeza, sonriendo.

–Es verdad. Paloma tenía la nariz exactamente igual que tu abuela Benita.

Teresa queda en silencio un momento, mientras la mano derecha acaricia, incansable, su embarazo. Había pensado qué sucedería el día que su madre muriera, durante mucho tiempo. Pero no pensó qué preguntaría su hija si la bisabuela moría y la abuela no movía un dedo por ayudar a Teresa. Nuria tiene los ojos de su padre, Felipe, pero la puntita de la nariz es la de Teresa, que la heredó de Benita. Cuatro generaciones que no tienen casi nada en común: Benita, Irene, Teresa y Nuria. Benita mira ahora desde la foto en blanco y negro, vestida de blanco con su ramo de flores, sentada sobre el banquete del estudio fotográfico donde contrataron el reportaje de la boda. Salvador mira también a tra-

vés del cristal, tieso y derecho, guapísimo como fue en su juventud. Teresa quiere clavar el dedo en el cristal y acariciar el rostro de su abuelo. Quiere aferrarse a los pocos recuerdos que le quedan de él. No quiere que Nuria, dentro de unos años, no sea capaz de recordar a la abuela Irene. Quiere que le pregunte cómo era, que no recuerde sólo su fin. Sabe que no es posible. No se puede luchar contra el olvido; no podemos recordarlo todo eternamente.

I. IRENE Y EL TITÁN

Octubre de 1955

Salvador paseaba inquieto describiendo círculos por la salita. El piso era pequeño y destartado, una tercera planta con vistas a la Avenida de Madrid, donde el tranvía rompía el silencio con pitidos furiosos. Abrió la puerta del balcón, para mirar las estrellas y dejar caer la ceniza del cigarro. Fumaba desde tiempos inmemoriales y aquel día más que nunca necesitaba hacerlo.

Alguien golpeó la puerta con fuerza y se le escurrió el pitillo de la sorpresa. Cruzó la estancia a grandes zancadas y abrió con decisión. El Mantecas se apoyaba en el marco, con cara de susto y de impaciencia.

–¿Qué? –preguntó al fin.

–¿Qué de qué? –replicó Salvador, contrariado. Se retiró de la puerta dejando pasar a su amigo y cogió el paquete de tabaco de encima del aparador.

–Que qué es –El Mantecas se frotó las manos.

–No lo sé –Salvador se sentó en el sillón verde oscuro, sin dejar de fruncir el ceño –Llevan horas ahí dentro, no me dejan pasar...

–Hombre, que estas cosas van para largo, tampoco te pienses que es llegar y besar el santo.

Justo en ese momento, la puerta del fondo se abrió y una mujer de amplio perímetro entró sonriendo, casi dando saltos.

–¡Es una niña! –Salvador dejó caer el cigarro al suelo por segunda vez, mientras le temblaban las piernas.

–¿Una niña? ¿Y está bien?

–¡Claro que sí, hombre! Está estupendamente, y la madre también –la mujer le plantó dos sonoros besos en las mejillas y saludó al Mantecas. Salvador se volvió a su amigo, sintiéndose como si se hubiera acabado la botella de coñac de un trago.

–Una niña, Martín, una niña...

El hombre entró a paso tembloroso en su propio dormitorio. Era un cuarto pequeño y oscuro, al otro lado del comedor. Las persianas bajadas casi del todo ocultaban la tenue luz de las farolas y los sonidos de la noche. Tendida en la cama, con el pelo negro y rizado pegado a la piel, Benita respiraba pausadamente. La frente estaba llena de gotitas de sudor frío, y entre los brazos le descansaba un bulto pequeño que emitía sollozos quedos.

–Hola –susurró ella cuando descubrió a Salvador en el marco de la puerta.

–Hola –respondió él. Terminó de avanzar hasta la cama y se sentó junto a Benita, tomándole de la mano –¿Cómo estás?

–Pues hecha polvo, la verdad –replicó ella, gruñona. Salvador sonrió entre dientes. Benita sería fuerte, pero le encantaba refunfuñar cuando tenía la mínima ocasión –Cógela, anda, pero ten cuidado.

Salvador tomó del regazo de Benita el diminuto paquetito de mantas que envolvía a su primera hija.

–¿Cómo vamos a llamarla?

–Creo que hoy es san Lucas, pero no vamos a llamar Lucas a una niña –objetó el Mantecas entrando en escena.

–Decide tú, Martín, que eres el padrino –apuntó Benita desde la cama. El Mantecas se acercó a Salvador y miró a la pequeña

casi con lágrimas en los ojos. Se encogió de hombros mientras se pasaba la mano por la barba mal cortada.

–Siempre pensé que si tenía una niña se llamaría Irene, como Irene Dunne –sonrió casi con vergüenza. Todos sabían en el barrio que el Mantecas había visto *Ana y el rey de Siam* demasiadas veces.

–No sé si el Padre Francisco la bautizaría sólo con Irene –Salvador torció el gesto al nombrar al cura–. Tendría que ser Irene María, o María Irene.

–María Irene –decidió el Mantecas. Benita asintió y subió un poco más las sábanas. Tembló ligeramente al cerrar los ojos e intentar girarse. La matrona entró de nuevo en la habitación, decidida.

–Venga, ustedes, fuera. La madre tiene que descansar, que ya ha hecho bastante por hoy –los empujó con prisa hacia el comedor hasta cerrarles la puerta en las narices. Salvador mantuvo a Irene suspendida entre sus brazos, diminuta y frágil.

–Voy a avisar al Padre ahora mismo –el Mantecas volvió a ponerse el abrigo y tomó un cigarro del paquete de Salvador –No fumes delante de la criatura, que se ahogará.

Salvador asintió sin mirarle.

–Pasaré también a decírselo a *la Pilarín*, para que vaya a la peluquería a primera hora. Ya verás qué hueca se pone. ¡Madrina de la primera Valdés! –Martín soltó una risotada. Dirigió una mirada tierna a su amigo y sonrió entre dientes –No te encariñes mucho con ella, que los hijos crecen muy deprisa. Además, las niñas sólo te quieren para consentirles los caprichos y luego se echan novio y te rompen el corazón.

Salió de la casa cerrando la puerta con suavidad, dejando a Salvador Valdés de pie en medio de su salita, acunando a Irene como si le fuera la vida en ello.

Efectivamente, *la Pilarín* fue a la peluquería de la Calle Italia a primera hora de la mañana y luego acudió, muy hueca, a casa de los Valdés. Llevó el traje del bautismo y arregló la corbata del Mantecas sin dejar de protestar.

–Pero cómo puedes ir así por la calle, alma de Dios, si vas hecho un Adán –estiró los puños de la chaqueta e intentó alisarle el pelo. El Mantecas era tres años más joven que Salvador y su amistad duraba desde hacía, que ambos recordaran, más de diez. Gordo, de pelo rubio ceniza, más bien bajo y con los ojos pequeños y saltones, heredó el horno de repostería de su padre, el Mantecas original. Martín vivía solo pero pasaba la mayor parte del tiempo en la panadería, sirviendo pasteles y pan a los vecinos de toda la vida. Se decía que bebía los vientos por Pilar, la hija menor del callista, pero nunca se confirmó nada y Pilar acabó casándose con un italianito que no regresó a su patria tras la guerra.

El bautizo fue en la Iglesia de San Valero y el jefe de Salvador, el dueño de la barbería, le regaló una botella de Lepanto y una caja de Habanos. Aquella noche, cuando Salvador volvió junto a la cama de Benita tras dejar a Irene en la cuna, entre arrumacos y carantoñas, se sintió más viejo y más cansado.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó su mujer, asegurándose de que la niña estaba bien.

–Pues como todos los bautizos, supongo. Cura, agua, misa
–Salvador se encogió de hombros –Me han dado recuerdos.
Supongo que pasarán todos por aquí mañana, o pasado.

–¿Vas a trabajar mañana?

–¿Vas a querer comer mañana? –preguntó él a modo de respuesta. Benita arrugó la punta de la nariz, contrariada.

–Podías decirle a Manuel que te subiera el sueldo...

–Y Manuel me dirá que a él nadie le rebaja el local ni los impuestos –Salvador se metió en la cama y apagó la luz –Puedo intentarlo, si quieres.

Manuel, el dueño de la barbería, le dijo a Salvador que con la botella de Lepanto y los puros ya había tenido bastante. Que a él nadie le rebajaba los impuestos y que si quería más sueldo que trabajara más horas. Salvador lo aceptó con sumisión, pues ya sabía de antemano que la respuesta iba a ser ésa.

Benita se lo tomó de otra manera. Con una boca más que alimentar y ella en plena maternidad, trabajar más horas suponía más trabajo para la madre pero no mucho más dinero para la familia. Benita trabajaba en la fábrica de las pilas y no podía perder aquel trabajo por mucho que quisiera mantener una familia.

Cuando Irene se sostuvo sentada, por fin, Benita volvió al trabajo y la niña pasaba las mañanas en el carro en la barbería. A los clientes les hizo gracia durante una temporada, hasta que Manuel decidió que aquel no era lugar para una niña y Salvador tuvo que acudir al Mantecas. Martín acudió a Pilar, la hija del callista, y la joven accedió a cuidar de Irene a cambio de un par de monedas.

Una tarde de 1958, Pedro acudió a la barbería con su hijo mayor. El muchacho, a punto de cumplir los dieciocho, había sido convocado para el servicio militar.

–Rápamelo bien, anda –el padre pasó la mano con fuerza por la cabeza de su hijo y Salvador asintió en silencio. Pedro era cliente habitual y estaba metido en negocios inmobiliarios, comprando y vendiendo pisos. Mientras pasaba la cuchilla por la cabeza del chaval, que se miraba en el espejo con aprensión, Pedro se sentó en el sillón vacío que quedaba a su derecha.

–He oído que Manuel va a cerrar –dijo de pronto. La cuchilla de Salvador se detuvo en alto, junto a la oreja izquierda del joven. Le tembló el pulso ligeramente y luego tomó aire con dificultad.

–Si –fue toda su respuesta. Volvió a apoyar la navaja sobre la cabeza y siguió cortando el pelo con decisión, mientras la cabeza le daba vueltas y más vueltas –¿Cómo te has enterado?

–Quiere comprar un piso en el Paseo de Sagasta, pero no le llegaba. Dice que esto le da muchos gastos. El alquiler, la luz, el agua, tu sueldo... Me dijo que le pediste un aumento cuando nació la chica.

El barbero bufó de asentimiento.

–No me lo dio.

–Estaba pensando en finiquitar el negocio. Subirte una mísera peseta se lo podía llevar al traste todo.

–Ah.

Pedro miró a Salvador de soslayo, como valorando su opinión.

–¿No te sorprende? –preguntó al fin. El otro se encogió de hombros –Ya sé que no somos amigos, pero creo que deberías saberlo. Al parecer no te lo había contado.

Para entonces, el corte de pelo estaba casi terminado. Salvador dejó la navaja sobre el aparador y se secó las manos en el delantal. Colocó los brazos en las caderas, impaciente.

–¿Qué es lo que quieres, Pedro? –suspiró derrotado.

–Estoy pensando en montar un negocio, pero no puedo hacerlo solo –respondió el otro, sonriendo.

–¿De qué tipo? –Salvador volvió a coger las tijeras e inclinó la cabeza del muchacho hacia adelante, para terminar con el cabello de la nuca –Tú nunca has llevado un negocio.

–Quiero abrir un bar.

Salvador volvió la vista hacia Pedro, atónito:

–¿Has puesto alguna caña alguna vez?

–Jamás. Pero creo que tiene mucho futuro –Pedro se levantó, emocionado.

–A este barrio lo que le sobran son bares.

–Y a este país le sobran cobardes –replicó Pedro. Salvador apretó los dientes, mirando alrededor, comprobando que estaban solos. Dirigió a Pedro una mirada fulminante.

–Si quieres abrir un bar lo primero que tienes que aprender es a tener la boca cerrada, o te rebanarán la cabeza por deslenguado.

Pedro chistó con incredulidad.

–Lo segundo es que si quieres un socio tendrás que respetar sus consejos.

El hijo de Pedro sonrió entre dientes, comprobando que a su padre no le habían hecho gracia ninguno de los dos comentarios.

–Entonces, ¿qué me dices? ¿Te animas?

Salvador pasó un cepillo por el cuello y los hombros del chaval y le retiró la toalla que llevaba por encima. La arrojó sobre el mostrador y se rascó la frente con dos dedos.

–Me lo tengo que pensar, Pedro. Es lo máximo que puedo decirte ahora.

Cuando Pedro y el chico salieron del local y Salvador cerró la puerta a su espalda, se dejó caer en uno de los sillones, con los ojos cerrados. Si Manuel vendía la barbería él se iba a la calle. Llevaba años afeitando barbas y cabezas; encontrar un trabajo ahora, tal y como estaban las cosas, iba a ser un milagro.

¿Y por qué no colaborar con Pedro?

Salvador sabía de números, sabía de alquileres, de agentes comerciales. Sabía tratar al cliente, hacer amigos y buena publicidad. Pedro podría encargarse de otras cosas. La noche cayó al otro lado de la puerta, tras el cartel de *Cerrado*.

–¿Dónde vamos? –Salvador se subió la bufanda de cuadros un poco más, inquieto y malhumorado. Pedro sacó una caja plateada y extrajo dos cigarros. Luego le tendió un mechero lacado en metal y le prendió la punta al pitillo de su compañero.

–Calla y verás. He encontrado el sitio perfecto –siguió caminando por la Calle Delicias, sorteando charcos. Salvador caminó a su lado, aún no demasiado seguro. Doblaron la esquina hacia la derecha al llegar al cruce con la Calle Jordana y bajaron hasta Don Pedro de Luna. El local de aquella esquina lucía un enorme cartel.

Se vende.

Pedro se quedó parado en la esquina de enfrente, mirándolo sonriente.

–¿Qué te parece?

Salvador extrajo el cigarrillo de su boca, manteniéndolo en alto sujeto con los dedos índice, corazón y pulgar de la mano derecha. Una bocanada de vaho se escapó entre sus labios y sintió el frío de diciembre atenazándole la perilla. Enfundado en una gabardina gris y con las orejas coloradas por el frío, observó desde el otro lado de la calle el local que Pedro le mostraba.

No estaba, desde luego, nada mal.

–Aún hay algo más –apuntó su compañero. El dueño quiere vender el piso de arriba, el primero –señaló el primer balcón sobre el local vacío y Salvador alzó la vista– tres dormitorios, un baño, salón y cocina. Salvando la cocina, todo es exterior. Suelo de parquet, luminoso, calefacción... está muy bien.

Salvador alzó una ceja.

–Nos vende las dos cosas. Claro que si quieres el piso, tendrás que pagarlo tú, no lo voy a pagar yo para que viváis vosotros...

–Déjame pensarlo un poco más, anda, Pedro –lo cierto era que Salvador no había hablado ni con Benita ni con Manuel. Le había contado la primera charla con Pedro, aquella tarde en la barbería, al Mantecas. Su amigo le había mirado sabiamente a través del botellín de Ambar que ambos compartían en la trastienda de la panadería.

–¿Tú sabes algo de bares? –había preguntado.

–Pues lo mismo que tú, Mantecas; nada –Salvador, apoyado sobre un codo en la mesa de madera, acababa de contarle lo sucedido –Pero si Manuel me manda a la calle, ¿qué coño voy a hacerle yo?

–Pero es que no entiendo a qué viene eso de echar el cierre. Porque os va bien, ¿no? –Salvador se había encogido de hombros, mientras se servía un pedazo de pan de la cesta.

Salvador Valdés tenía que poner en orden sus ideas y sus prioridades. Irene ya había cumplido los dos años. Morena como su madre, correteaba por la casa persiguiendo a Pilar. Benita, orgullosa, solía decirle a su marido que no mimara tanto a la niña, que iba a ser una caprichosa consentida cuando fuera mayor. Aquella noche, tras ver desde fuera el local de Don Pedro de Luna, esquina Jordana, Salvador fue a casa con un nuevo proyecto en la mente.

–He estado pensando –dijo mientras preparaban la cena. Benita le miró de arriba abajo, sorprendida.

–¿En qué?

–Me he enterado de que Manuel vende la barbería –se sentó frente al plato de sopa y lo sopló con avidez. Benita removió un poco más el suyo y le pasó la panera– No me lo ha dicho él, es muy miradito el señor. Pero está insoportable. Creo que quiere que me largue para venderlo cuanto antes...

–¿Y por qué haría eso?

–Porque si me voy, no tiene que pagarme el finiquito. Si me quedo y tiene que echarme, tiene que pagarme el cierre –la sopa quemaba con ganas, pero la morcilla recién frita estaba para chuparse los dedos. –Muy buena, cariño.

–Gracias –Benita sonrió. Entonces, Salvador meditó sobre aquella cena. A su mujer le encantaba cocinar.

–Pedro quiere abrir un bar.

–¿Pedro *Plumón*? ¿Y para qué? Si no ha llevado un negocio en su vida...

–Pues se le ha metido en la cabeza que quiere un bar –se encogió de hombros.

–Ya. Y necesita un socio que sí sepa de negocios, ¿no? –adivinó ella. Salvador dejó la cuchara a medio camino de su boca, asintiendo –Y como Manuel va a ponerte de patitas en la calle... has pensado unirme a esa *jautada*.

–Hombre, entre eso y el paro... –se defendió él.

–Si no te digo que no, sólo que... un bar es un bar, no una barbería. Mucha gente y mucho trabajo. Cocinar, fregar, limpiar, atender, recoger. Una radio, los permisos... –enumeró ella. –Hay que abrir todos los días, incluso los de guardar. Despídete de ir a misa el día del Pilar, por ejemplo.

–Bueno, bueno, que todavía no he dicho que sí, mujer, no seas así.

–Si no me parece mal –objetó ella para sorpresa de su marido –Sólo que no sé. Irene es muy pequeña todavía... ¿dónde estaría?

–Venden un local detrás de la Calle Delicias. También venden el piso que hay encima

Benita miró a Salvador con incredulidad.

–¿Estás pensando en comprar también ese piso?

–Bueno, estaríamos mucho más cerca, por la niña y esas cosas. Además, este piso es muy pequeño y muy oscuro. Hay mucho ruido en esta calle, no me gusta. Creo que si vendemos éste y Manuel me paga bien el cierre, podríamos hacerlo bien.

–Vamos, que estás decidido.

Salvador dudó un momento.

–No te lo había contado –ella sonrió.

–Me parece bien. Sólo espero que valga la pena.

–No seas agonías, mujer, no seas agonías...

Pedro y Salvador compraron el local de la Calle Jordana en enero de 1959 y el primer día que Benita puso un pie en él, lo primer que hizo fue llevarse las manos a la cabeza. *Toneladas de porquería, eso es lo que habéis comprado*, les dijo.

El permiso del ayuntamiento se demoró dos meses, durante los cuales Benita y Salvador se mudaron de casa mientras Irene protestaba infantilmente. A ella le gustaba su cuarto, su cuna y su casa. La nueva casa daba más miedo. Y el bar estaba muy sucio y mamá no le dejaba sentarse en el suelo. Pero estaba claro que la opinión de la niña no iba a influir demasiado. Cabeceando divertido ante la ingenuidad de su hija, el hombre invertía sus esfuerzos en convertir el local en un buen sitio donde tomarse una cerveza.

Pintaron las paredes con ayuda del Tuerto, el pintor de brocha gorda más famoso del barrio, y montaron la barra mientras el Mantecas sostenía unas tablas y Benita intentaba clavar cuatro clavos que se le torcieron a medio camino. Tuvieron momentos de desespero, de estar a punto de echarse a llorar de impotencia. Pasaron noches en vela, mirando al techo sin atreverse a expresar una opinión desmoralizadora.

–Esto va a ser un trabajo de Titanes –sentenció Salvador un día realmente agotador. Y con Titán se quedaron.

Finalmente, en abril, Pedro, Martín, Salvador y Benita se sentaron junto a la primera mesa del local. Acababan de colocar los toldos rojos y negros, como grandes cachirulos (o eso le parecieron a Irene en cuanto los vio), sobre las ventanas. El suelo bri-

llaba con fuerza y la encimera de granito relucía como un espejo. Todavía no había televisor, pero se oía la radio. La máquina de café, recién instalada y pulida, parecía sonreírles desde el otro lado de la barra. Se respiraba cierta paz en ese momento. Desde luego, era satisfacción pura la que corría por sus venas. Más de un vecino había demostrado una inmensa alegría al ver el local ocupado de nuevo. Así no se colaban ni maleantes ni bichos.

–Bueno, qué –Salvador se puso en pie –¿Nadie quiere una caña?

–Pues si me lo pides así, no te diré que no –respondió el Mantecas sin mover un dedo. Pedro rió de soslayo y Benita rodó los ojos.

–¿Mi señora? –preguntó Salvador.

–Yo... casi mejor no... –dijo llevándose una mano a una incipiente barriga redonda.

II. NUEVOS TITANES

–Hola mamá, hola papá. Hola enana –Irene pasó bajo la barra del bar y mangó dos cacahuets de la lata que había en la estantería de la pared.

–Te he visto –amenazó su padre sin volverse. Estaba intentando montar el cacillo del café de la máquina, sin éxito –Qué difícil es esto, madre mía.

–Trae, anda –Benita se secó las manos en el delantal y recorrió la barra hasta la máquina de café. Irene entró en la cocina, donde dejó la cartera de los libros sobre la mesa y olfateó el aire intentando adivinar qué había de comer. El carro de Maricarmen estaba allí, vacío, pero no había ni rastro de la pequeña. Con pasos torpes y veloces, una niña de pelo castaño oscuro e igual de rizado que el de Irene entró tras la mayor.

–¡Hay macarrones! –gritó sin previo aviso. Irene la miró desde su altura y fue hacia los fogones.

–¿Dónde está Maricarmen?

–Con Pilar.

En mayo de 1964, Irene Valdés ya no era la única hija de Salvador y Benita. A finales de Octubre del 59 había venido al mundo Inmaculada, que resultó ser mucho más movida que la mayor y sensiblemente más cariñosa. Sin embargo, la cosa no se detuvo ahí. En diciembre del 63, Benita había dado a luz por tercera vez: María del Carmen. Con tres chiquillas revoloteando por la casa y por el bar (aunque una tuviera sólo unos pocos meses), Salvador y Benita casi no daban abasto. Él se encargaba de la cocina y de las cuentas. Pedro permanecía en la barra, de cara al público, con esa labia de señorito que tenía, mientras

dialogaba con tal o cual proveedor y aportaba más dinero que los Valdés.

Manuel, el dueño de la barbería, vendió el negocio poco después de que Salvador y Pedro compraran el local de la Calle Don Pedro de Luna. Tuvo que despedir a Salvador por cese del negocio y el cierre fue bastante favorable. Como único barbero que había tenido, trabajando sin descanso, la compensación fue lo bastante sustanciosa como para afrontar el nuevo piso y el nuevo negocio. Se supo que Manuel había conseguido comprar un piso con dos puertas en el Paseo de Sagasta y las malas lenguas del Mercado de la Avenida de Madrid aseguraban que *casa con dos puertas, mala es de guardar*.

Hacía ya unos días que Salvador notaba a Pedro más distante. Un día no acudió a la hora de abrir y se excusó con el cierre diciendo que tenía que acudir al hospital a visitar a un pariente. Aquella noche Benita discutió con su marido, alegando que él tenía tres hijas pequeñas y un hogar que mantener. El *trae, anda* de la máquina de café aquel mediodía fueron las primeras palabras que cruzaron desde la famosa discusión.

–Oye, Salvador, que tengo que salir un momento –la cabeza de Pedro se asomó ya desde la calle mientras su socio mantenía los dos cacillos del café en alto, comprobando que uno se había roto.

–¿A dónde vas? ¡No puedo dejar la barra vacía!

–Que se encargue Benita, que vuelvo en seguida –desapareció sin más explicación y Salvador arrojó los cacillos contra el fregadero. Se quitó el delantal de malas maneras y Benita lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista cuando también él salió a la calle. A grandes zancadas, siguió a Pedro a lo largo de

la cuesta de la Calle Jordana y lo cogió del hombro antes de que volviera la esquina siguiente.

–Que a dónde vas –le espetó mientras el otro se giraba, atónito. Pedro *Plumón* era viudo desde hacía más de dieciocho años, desde el momento en el que fue padre por segunda vez. Su hijo mayor ya había regresado del servicio militar y era el pequeño el que estaba en ese momento sirviendo a la patria. El mayor, se decía en el barrio, no soportó el mal carácter del padre y se marchó de casa en cuanto tuvo ocasión. El pequeño, bala perdida desde que nació, había ido de flor en flor hasta que, para alivio del padre, le llegó la hora de arrimar el hombro. Se decía que Pedro perdía cierta cantidad de aceite y que lo ocultaba fatal.

–Tengo que ir al médico –protestó.

–Pues vas en dirección contraria al hospital –apuntó Salvador. Pedro calló, agachando la cabeza.

–El practicante vive en la Plaza de Roma, voy todas las semanas –confesó. Alzó la vista de nuevo hasta mirar a Valdés con cierto brillo de rabia en los ojos –Me estoy muriendo.

–¿Qué?

–No saben qué es. Dicen que no han visto nada parecido, pero me estoy muriendo. Dos meses, como mucho.

–¿Desde cuándo lo sabes? –Salvador soltó el hombro de la camisa de Pedro y se sintió completamente idiota.

–Hace casi cuatro semanas, cuando me desmayé subiendo el bidón de cerveza –le recordó– iba a decírtelo, pero no sabía cómo.

–¿Qué vamos a hacer con el bar? –Salvador se pasó la mano por la frente, angustiado –Lo heredarán tus hijos, a partes iguales.

–He pensado en venderte mi parte –respondió Pedro. Salvador abrió mucho los ojos, incrédulo –El mayor no quiere saber nada de mí y el pequeño te lo convertiría en un bar de putas en cuanto te despistases. No quiero que peleen por mi herencia y no quiero que te lo cierren. Te la vendo, barata.

Salvador tragó saliva y asintió en silencio.

–Vete al practicante, ya hablaremos luego, en la comida.

Pedro murió a finales de agosto de 1964 y el bar Titán permaneció cerrado y con los toldos echados durante toda la jornada. El Mantecas pasó por casa de los Valdés con dos puros y una botella y Salvador y él brindaron en silencio por los nuevos Titanes. Benita dejó el trabajo en la fábrica de pilas y se instaló en la cocina del bar, mientras Salvador se convertía en dueño y señor de la barra. Pilar, la hija del callista, se casó con aquel italiano barbilampiño remilgado y madridista y se marcharon a vivir a uno de los bloques de pisos nuevos que se estaban construyendo en las afueras.

El Tuerto había obsequiado a Salvador con un televisor cuando nació Maricarmen, pues fue su padrino, y el bar se llenaba los sábados y domingos por la tarde con motivo de las retransmisiones de los partidos. Fue aquel glorioso veintiuno de junio, durante el inolvidable España-Rusia en el mismísimo Santiago Bernabéu, cuando Benita confesó a su marido estar embarazada de nuevo. Apenas un segundo después, Marcelino lograba la Eurocopa de forma tan insólita como memorable.

Irene aprendió a fregar los cacharros y los cubiertos mientras su madre descansaba, a finales de aquel mismo año, sentada en una de las sillas de anea. La había observado desde siempre,

meterlos en agua y luego frotar con el detergente. Inma asomaba la naricilla por encima de la barra y sonreía abiertamente, mientras Salvador la mandaba de vuelta a la cocina.

–Anda corre, que estos son muy brutos, hija mía –le decía intentando asustarla. Maricarmen solía sentarse en otra silla, rodeada de lápices de colores, intentando hacer monigotes y casitas con flores.

–Dos cortados cortos de café y con leche muy caliente
–Salvador rodó los ojos, evitando reírse.

–Ahora va –y sus pasos cansados le llevaban de la pila de fregar a la máquina de café, protestando cuando comprobaba que ésta se había vuelto a estropear.

–Chata, sube el volumen de la tele, anda, que no la oigo –Irene se volvió, con los brazos en jarras, visiblemente molesta.

–Aquí se viene a consumir, no a pasar la tarde –apoyó las dos manos en la barra y alzó la barbilla –¿Qué será?

El cliente refunfuñó ante la negativa de la joven y extrajo un mordisqueado palillo de entre los dientes.

–Un pincho de tortilla y un tercio de cerveza –dejó la boina sobre la barra y se sentó en el único taburete que quedaba libre.

–Qué genio que tiene tu chica, oye –observó el Mantecas, sentado en un rincón de la barra junto al reservado de los dueños. Salvador, apurando un cigarro, elevó los ojos al cielo dándole la razón.

–No lo sabes tú bien, Martín.

Con quince años, Irene Valdés había comprendido que había mucho más universo más allá de la puerta del Titán. Tres herma-

nas pequeñas habían supuesto que Benita descargara parte del trabajo en ella y pocas veces Irene se había sentido como sus compañeras de colegio. Pero ahora, el camino desde el barrio hasta el Paseo Ruiseñores, donde se emplazaba el instituto, albergaba otra serie de sueños distintos a servir cafés.

Para empezar, pudo desprenderse de aquella horrible falda de tablas y tirar los calcetines grises hasta la rodilla. Dejó de hacer costura y rezar el rosario y sus profesoras ya no llevaban cofia y hábito. El instituto del Bachiller y el PREU era un lugar idóneo para pensar en huir y volar. Irene dejó de acompañar a sus hermanas hasta el colegio de monjas y subía la cuesta que bordeaba el parque con los libros y los cuadernos apretados contra el pecho.

El futuro y la libertad vinieron de la mano de Adela Marqueríe, una joven castaña de ojos almendrados muy bien puesta en temas de los que Irene poco sabía. La hija mayor de Salvador jamás despreció el trabajo de sus padres; Una vida dedicada a aquella barra y la maldita máquina de café le había dado la oportunidad a ella de no abandonar los libros ni los números.

–¿Me ayudas con los polinomios? –Inma asomó la cabeza por la puerta de la cocina, mordiéndose el labio inferior. El aire estaba impregnado de olor a cocido y el reloj marcaba casi las tres de la tarde.

–Espera que termine papá de comer, anda –Irene alzó la barbilla señalando el local e Inma abandonó el cuaderno sobre una de las sillas del interior de la cocina. Salió arrastrando los pies al bar y se apoyó en la estantería –¿Qué tal estaba la redacción de ayer?

La otra se encogió de hombros.

–Bueno, la Madre Asun dice que tengo que aprender más ortografía, pero nada más –se mordió la uña del dedo índice de la mano izquierda y gruñó, molesta. Alzó la vista para otear la calle a través de las ventanas y soltó una exclamación – ¡Mira, el señor de las manzanas!

Todos los días a esa misma hora, un hombre enfundado en un traje gris de sastre y aire señorial pasaba engullendo una manzana. Debía de llevar un buen rato caminando, porque tiraba el corazón de la manzana en la papelería de la esquina frente al bar y extraía una segunda pieza de fruta del bolsillo del abrigo que, inexplicablemente, siempre colgaba del brazo.

–Qué tío más raro –decía Inma con frecuencia. Siempre desearon que el hombre entrara en el bar, que pidiera un café y entrara en calor, se comiera dos o tres croquetas y ellas averiguaran la naturaleza de sus rutinas. Pero el señor de las manzanas jamás cruzó la puerta del Titán y ellas sólo podían imaginar historias sobre aquel misterioso personaje.

–¡Irene! –la voz de su madre resonó en todo el local y la chica abandonó su puesto en la barra para volver al interior. Se encontró a su madre sirviéndose la comida, puesto que el primero en comer era Salvador y luego las chicas, señalando la cocina –Ya puedes ponerte a fregar esto, anda que está todo asqueroso. Y acuérdate luego de que hay que rascar el baño, que aquí mancha todo el mundo y si no lo digo yo, no limpia nadie.

Irene apretó los dientes y sintió la mirada fija de su padre clavada en la nuca. Una cosa era que asumiera la importancia del trabajo de su familia y otra que tuviera que dedicar, ella también, la vida a aquel sueño tan irreal. Se agachó junto al cajón de los trapos hasta lograr encontrar uno bastante grande. Para Benita nunca estaría nada lo bastante limpio y perfecto (*como Dios mandaba*, según ella), por mucho que ella se esforzara. Siempre

le ponía poco interés, siempre estaba “*poco bien terminado*” o siempre había algo en lo que no había reparado. Pocas veces Benita daba palabras de agradecimiento a aquel tipo de trabajo. Sí recompensaba, en cambio, el esfuerzo en el colegio, aunque muy de vez en cuando. Irene había llegado a la conclusión, para sí misma, que como su madre no había estudiado aquello escapaba a su comprensión. Sin embargo, esas cosas que sólo se enseñan en casa no hacía falta reforzarlas positivamente, puesto que era su obligación como ser humano (y como hija suya) hacerlas. Y hacerlas bien. Irene dudaba de si su madre se había planteado que alguna de sus hijas necesitara más atención.

Salvador siguió a su hija con la mirada, pero no dijo nada. Nunca decía nada. El Titán se mantenía en pie por el trabajo de sol a sol, por no cerrar ni el día del Pilar, por no ver el mar ni viajar como otra gente. Él no estudió demasiado pero no quería que ninguna de sus hijas continuara con aquel lugar cuando él no pudiera hacerlo. No podía obligarlas a vivir tras aquella barra y aguantar a viejas glorias que estaban a punto de apagarse. Cuatro chicas en diez años, que se dice pronto. A veces lo pensaba y sonreía. *La vida te da sorpresas, Salvador*, decía el Melonero.

–Oye, Irene –Salvador se levantó hasta la cocina, donde depositó el plato en el fondo del fregadero, una vez que Benita hubo terminado su plato y subió a casa –¿Cómo llevas las clases?

–Bien –respondió ella. Irene se esforzaba en no parecerse a su madre, en no usar el despegue que ésta desprendía, en mostrarse fuerte y dominante. Pero eran tal para cual.

–Tenías un examen hoy, ¿no? –lo intentó de nuevo, con su mejor voluntad. Irene detuvo su mano de pronto. Con los guantes de plástico azulados, un estropajo en la mano derecha y el bote del

detergente en la izquierda, se volvió hacia su padre, comprendiendo.

–Sí, de Historia del Arte.

–Supongo que habrá ido bien –ella retomó la tarea de limpiar los hierros de la cocina de gas, con el tono mucho más suavizado y conciliador.

–Eso espero también yo, porque la pregunta del tema la he dejado casi a medias... –Salvador alzó una ceja, sorprendido –Es que anoche no me dio tiempo a terminarme el *Quattrocento*, papá, hubo que cambiar el butano.

–Este no es sitio para que estudies, cariño –cogió el trapo él mismo y le ayudó a secar los mandos de plástico –¿Por qué no te subes los libros arriba, a casa, y estudias allí?

–Pues porque desde allí se oye mucho más jaleo, papá. ¿Sabes que el del segundo canta jotas en la ducha? –Salvador ahogó una risa malvada –Lo hace fatal, de verdad. Prefiero quedarme aquí...

–¿Y por qué no vas a casa de alguna compañera? Porque aquí pocas compañeras te cabrán, más que nada –señaló la mesa de la cocina. Irene se encogió de hombros.

–Ya me lo pensaré.

–¿Has pensado que vas a hacer? –Irene se enjuagó las manos y se quitó los guantes –Irás a la universidad, ¿no?

–Papá, quedan siglos para eso –se espantó ella.

–Puede, pero quiero que sepas que tienes que seguir estudiando. Nada de vagar por ahí, ¿me oyes? –alzó un dedo, amenazador –Yo no mantengo *mandrias*, ya lo sabes.

Irene sonrió.

–La universidad es muy cara.

–Puedes dejar de trabajar en el bar y buscarte un trabajo donde sí te paguen.

Eso sí la pilló de sorpresa.

–¿Me lo estás diciendo en serio?

–Vamos, mujer, Inma cumplirá los doce cualquier día y no vamos tan mal de dinero. Si tú hicieras algo fuera del bar y te sacaras un dinerillo, podría venirnos bien para pagar la universidad. Claro, que siempre tendrías que echar una mano aquí. Para el cierre sobre todo –Irene tomó aire muy despacio, pensando.

–También lo pensaré, ¿vale? Ahora vete, anda, que está Inma sola en la barra y no distingue la ginebra del anís.

III. EL TITÁN Y EL PELANAS

Curiosamente, fue el día en el que Irene conoció a Tomás cuando Salvador y el Mantecas discutieron por primera y única vez en la vida.

–Que no me toques los huevos, Martín, que no has levantado un palo del suelo en tu vida. Que no eres más que un sinvergüenza –oía que le decía su padre.

–Sabrás tú lo que he levantado y no, o qué, que siempre que me has necesitado, bien que has tenido al Mantecas ahí para arriar el hombro, joder –replicaba el otro. Irene se escabulló rumbo a la facultad sin querer oír más. El Mantecas y su padre discutían como si fuesen un matrimonio de verdad, con un tono de reproche y de rencor que no les había oído nunca antes.

Irene comenzó Historia del Arte en 1973, apenas una semana antes de las fiestas del Pilar. Adoraba ir a clase, rodearse de tanta gente tan distinta. Llevaba casi dos años dando clase de básica a niños de su calle, de matemáticas y de historia, y ahora había recogido un panfleto de fines de semana como auxiliar en el Hospital Provincial.

–Yo no creo que vaya, no sabemos nada de hospitales –objetó Adela, arrugando su panfleto y arrojándolo a la papelera.

–Así aprenderemos algo –opinó ella. Lo guardó en su carpeta y decidió pensárselo. A la hora del descanso el jardín de Interfacultades estaba a rebosar de gente aparentemente ociosa. El estanque artificial tenía los surtidores en funcionamiento y mucha gente se descalzaba en primavera para sentarse cómodamente y almorzar un buen bocadillo. Los bares de la calle Cerbuna hacían su agosto con aquellos chavales hambrientos, pues las cafeterías de las facultades siempre estaban

llenas y siempre daban la misma comida que olía a comedor de internado.

Poco antes de los primeros parciales, a finales de enero del 74, se respiraba otro aire en el barrio. La gente que iba y venía por el Titán era la misma, pero habían cambiado las conversaciones, las opiniones y los gustos. La vida subió, igual que subió todo lo demás, pero Salvador se negó a hacer más pequeñas las raciones o más cortas las cañas. Irene no había abandonado el trabajo en el bar, como ella había pensado en un primer momento. Era cierto que pasaba menos tiempo allí y que para estos primeros exámenes universitarios prefería estudiar en la biblioteca, pero nada la libraba de llegar a la última remesa de platos sucios y a escobar y fregar el suelo y el baño. Inmaculada había cumplido los catorce y había comenzado el instituto. El señor de las manzanas dejó de pasar mordisqueando frutas y poco a poco cayó en el olvido. Maricarmen, con sus diez añitos, iba a las monjas con Paloma, un año menor.

Adela e Irene se sentaron a la sombra, en uno de los bancos bajo un árbol. Irene sacó de la cartera un paquete envuelto en periódico que contenía un succulento bocadillo casero. Adela, por el contrario, abrió una lata de refresco y bebió un trago con avidez.

–Mira –dijo de pronto. Irene siguió la dirección de su mirada hacia un grupo de chicos mayores que ellas.

–¿Qué? –inquirió con poca curiosidad.

–El de las gafas –matizó Marqueríe. Irene estudió a aquel chico con más detenimiento. No demasiado alto, con mucho pelo negro bastante largo, llevaba un corte de esos que parecía que unían el pelo de la cabeza con la barba, aunque ésta la llevara recortada. Reía estruendosamente, sentado en el suelo de gra-

nito de la plazoleta, rodeado de varios chavales que devoraban bocadillos.

–Se llama Tomás Orden –dijo una voz con cierta autoridad a la espalda de ambas chicas. Era Raquel, una chica que Adela conocía de lejos, amiga de una amiga, por quien Irene no sentía mucha simpatía. Rubia clara, de pelo liso y largo, contaba con gran fama entre el sector masculino de la universidad. Apoyó los codos en el respaldo del banco y bajó la voz, poniendo un tono interesante –Dicen que no va a hacer la mili.

–Eso explica el pelo largo –pensó Irene sin manifestarlo en voz alta. Adela parpadeó como hechizada tras las palabras de Raquel. Un no –violento era, para aquella ciudad y aquella época, lo más parecido a un bohemio postmoderno. Irene rodó los ojos y se obligó a permanecer en silencio.

–¿Y cómo lo sabes? –preguntó Adela sin poder contenerse.

–Lo sabe toda la facultad –aseguró ella. –Estudia Filosofía.

–Y seguro que habla tres idiomas y toca la guitarra –pensó de nuevo Irene, aún en silencio.

–Dicen que toca la guitarra y habla inglés –a Raquel le relampaguearon los ojos e Irene creyó ser capaz de vomitar –Van a presentármelo el sábado. Es su cumpleaños.

Tomás no se volvió ni una sola vez en todo lo que las chicas permanecieron sentadas en el banco. Dos horas más tarde, Irene regresaba a casa tras dejar a Adela y Raquel charlando animadamente en la puerta de la facultad. Se dirigía a cruzar la Avenida de San Juan Bosco por el paso de peatones de Magisterio, frente a la Ciudad Jardín, cuando vio al mismísimo Tomás Orden con un pie apoyado en la fachada del edificio. Las nieblas de enero habían hecho bajar las temperaturas de forma brusca la última semana e Irene iba enfundada en su abrigo de

pana por la rodilla y con doble hilera de botones, con el cinturón bien fruncido y la espesa bufanda de lana verde militar oscuro subida por encima de la nariz.

–Hola –saludó él cuando ella se detuvo en el semáforo en rojo. Irene parpadeó un poco sorprendida –Valdés, ¿verdad?

–Hola –se aventuró más que extrañada ante el hecho insólito, no sólo de que él la hubiera saludado, sino que se hubiera referido a ella por su apellido. Se sintió ridícula y tonta. Todo el mundo en el barrio la conocía, así que no era tan extraño que en cualquier comercio de la zona algún parroquiano la mirara fijamente y sentenciara “*eres una Valdés*”. Pero Tomás Orden no parecía del barrio. Intentó no manifestar su desagrado –Me llamo Irene, ¿y tú?

–Yo no –respondió él ahogando una sonrisa. A Irene le costó pillarle la gracia, pero sonrió con sinceridad en cuanto lo entendió –Tomás. Te he visto hablando esta mañana con la rubia ésa.

Irene alzó ambas cejas, ahora completamente perpleja. En tan sólo dos frases había averiguado dos cosas básicas: la primera, que Tomás no tenía ni idea de quién era Raquel, a pesar de lo conocida que era ella en la universidad. Al parecer, tampoco tenía mucho interés en ella. Irene se apuntó un punto en una imaginaria competición contra la rubia. Segundo, alguien le había dicho a Tomás cómo se llamaba ella. O él mismo se había tomado interés en averiguarlo. Desde luego, a Irene nunca le pasaban cosas como éstas.

–Sí, nos conocemos... de vista –no quiso dar más información sobre Raquel, no fuera a despertar un repentino interés en el chico. Observándolo de cerca, Tomás no era ningún Don Juan. Irene apreció que tenía la nariz desviada y un ojo más abierto que otro. Sorprendentemente, sus iris eran de dos colores: un

ojo era gris y el otro verde azulado. Eso sí era exótico, reconoció. Tenía cara alargada y muy pálida y llevaba unas gafas de ésas grandes con montura metálica. Entonces, del edificio salió una chica con dos trenzas y una parca de colores. Se puso un gorro de lana rojo y los miró alternativamente.

–Ya estoy –dijo mirando a Tomás. Él le sonrió y asintió con la cabeza. Hizo una inclinación hacia Irene, a modo de despedida.

–Hasta luego –la chica y él bajaron calle abajo, dejando a Irene parada junto al semáforo en verde. La joven parpadeó confundida un par de veces, antes de fruncir el ceño con desagrado y notar los aullidos de su estómago. Un estudiante de filosofía con fama de conquistador. Presa de Raquel, además. Bah, era lo último que a Irene podría interesarle. Ella no era una revolucionaria ni nada parecido. Había aprendido a no meterse en problemas, así que eso de la defensa de la paz, a pesar de que tenía su puntito sugestivo, no le despertaba mucho interés. Apartó la vista de la pareja y cruzó la avenida con decisión.

El olor a cardo con almendras llegaba hasta el portal. Subió a casa, para dejar la carpeta de los apuntes y los libros, y tras frotarse las manos repetidamente bajo el grifo del agua caliente, volvió a bajar. En la cocina del bar Paloma y Maricarmen terminaban de comerse un racimo de uvas. Benita iba y venía de la cocina a la mesa, sacando una bandeja de banderillas de aceitunas con anchoas.

–Dile a tu padre que no quedan boquerones y que me pase la tartera en cuanto pueda –indicó distraídamente, poniéndole la bandeja sobre las manos. Irene obedeció con diligencia y salió a la barra.

–Buenos días papá –colocó las banderillas a buen recaudo tras el aparador de cristal y saludó a un par de vecinos.

–Hola cariño –Salvador cogió el cambio de un cliente de la caja registradora y alargó una mano, sobre el que su hija depositó un plato pequeño para que dejara las monedas en él –¿Cómo ha ido el día?

–No ha estado mal. Dice mamá que le pases la tartera en cuanto puedas –pasó la bayeta por la superficie de la barra y recogió dos o tres colillas abandonadas –¿Has hecho las paces con el Mantecas?

–¿Con ése? –refunfuñó su padre –Pues sí, hija, pues sí. Valiente tontería sería no hacerlas, a nuestra edad, ¿no te parece?

Irene se encogió de hombros y tiró dos cañas. A una le añadió refresco de limón y sirvió ambas en el extremo más alejado.

–¿Has comido?

–Yo no, ¿y tú?

–Acabo de llegar, están terminando las nenas. ¿Has visto a Inma?

–Creo que había quedado con su amiga Ruth para hacer no se qué trabajo, se iban a su casa. ¿Me ayudas a vaciar esto? –señaló una pipa de vino medio tumbada e Irene asintió. Veinte minutos después, Benita estaba tras el mostrador y Salvador e Irene comían en la mesa de la cocina.

–Oye papá. ¿A los desertores no les meten en la cárcel? –preguntó de pronto. Salvador alzó una ceja, sorprendido. La que canturreaba *Soldadito Boliviano* era Inma, no Irene.

–Pues no lo sé. Supongo que sí, por revolucionarios.

–¿Y los fusilan? –Salvador dejó la cuchara en el plato antes de responder.

–¿Se puede saber a qué viene todo esto? Estás empezando a preocuparme. No se habla de política en el bar, Irene. Ya lo sabes. Esas cosas en casa, tú y yo solos con la radio encendida –Irene asintió despacio y bajó la voz. Salvador hizo el servicio militar así que sabía más cosas del tema que ella, que no tenía muchos amigos varones en aquel momento.

–Hay un chico en la universidad que dicen no va a hacer la mili –susurró en tono confidente.

–Claro, un chico –Salvador terminó de comer el primer plato, mucho más relajado –Quizá sea un farol. Ha podido pedir una prórroga para terminar de estudiar y se incorporará a la mili después. O puede estar enfermo, ser sordo, mudo, ciego, cojo, manco... –Irene torció la boca, disgustada. Se le podía haber ocurrido a ella perfectamente y ahorrarse preguntarle a su padre –¿Cómo dices que se llama?

–Papá... –replicó ella con aspereza –Sólo va a la universidad, no sé nada más de él.

–Ya sabes que me da igual, cariño. Mientras no lleve el pelo largo o sea un vago, me viene dando igual con qué chicos vayas –Irene cerró los ojos momentáneamente, rememorando el cabello de Tomás. Salvador fue barbero antes que fraile y hay cosas que a uno se le quedan para toda la vida.

El sábado sonó el teléfono en casa de los Valdés mientras Irene ayudaba a Paloma a resolver unas sumas para el colegio. Inmaculada estaba en la ducha, cantando algún bolero de cine a grito pelado y Maricarmen estaba abajo, en el bar.

–¿Diga?

–Hola, soy yo –Adela jamás daba su nombre por teléfono–
¿Recuerdas a aquel chico, Tomás? Acaba de llamarme Raquel
para decirme que estamos invitadas a su cumpleaños.

Irene puso los ojos en blanco, confusa. Su conversación con el famoso Tomás apenas sí había abarcado dos frases y el hecho de que éste no estuviera interesado en Raquel no hacía sino carcomerle de vez en cuando. ¿Podría ser que Tomás se hubiera acercado a ella sin más? Llevaba días negando esta posibilidad, centrándose en estudiar a fondo para los primeros parciales, justo a la vuelta de la esquina. Además, los sábados por la noche era un día especial para sus padres, pues solían quedar a cenar con amigos y después iban a bailar. Eran ellas, las hijas, las que se quedaban a cargo del Titán y cerraban para hacer la caja. Un trabajo pesado para una noche de sábado, pero a veces podía tener sus compensaciones. Un bar pequeño en el corazón de un barrio obrero nunca estaba lleno a última hora en fin de semana. El momento de mayor jaleo era la hora del almuerzo, sobre todo los domingos, cuando la gente salía de misa y pedía Martini con croquetas o empanadillas. Aquel sábado no iba a ser distinto. Ella podía estar en la barra sin mucho que hacer y aprovechar ese momento para repasar o simplemente leer. Se había presentado, finalmente, en el Hospital Provincial respecto al tema de ejercer de auxiliar de clínica los fines de semana. El sueldo era escasísimo, pero entre lo que le dieran y lo que seguía sacando de las clases, aún podría juntar algo de efectivo.

–No voy a poder ir, Adela. Lo siento –puso voz de fingido lamento, aunque no tenía ni pizca de entusiasmo. No es que no le gustaran las fiestas, eso hubiera sido masoquismo del bueno, pero no le atraía la idea de meterse en un local lleno de gente y humo, para volver cansada y dolorida a casa teniendo tantas cosas que hacer al día siguiente. Adela insistió un poco más pero la

negativa de Irene fue rotunda. Cuando colgó el teléfono Inma había salido del baño y la miraba severamente.

–Le has mentido –sentenció. Irene desoyó a su hermana y regresó al cuarto de Paloma y Maricarmen. Inmaculada la siguió por todo el piso –Yo puedo hacerme cargo del bar un par de horas, Irene. Puedes marcharte a las doce y media y así se queda todo casi listo.

–¿Vas a cerrar tú las rejas y a hacer la caja? –preguntó con superioridad la hermana mayor. Paloma pasó la vista de una a otra, un tanto confundida –Además, es verdad, no me apetece nada.

–¿Por Tomás?

–Sí y no –replicó la otra –¿Qué me importa a mí quién le guste a Raquel? Es más, ni siquiera me importa Raquel. Solo es una niña de papá sin una pizca de cerebro. No conozco a Tomás, no tengo ni idea de quién es y prefiero que sea así. Ahora tengo más cosas de las que preocuparme.

Inmaculada se encogió de hombros, dejando a su hermana por imposible. Dio media vuelta y regresó al cuarto de baño, donde empezó a entonar otra melodía. Irene cerró con fuerza la puerta de la habitación de sus hermanas y Paloma dio un respingo ante el portazo. Irene resopló exageradamente y corrigió de nuevo las sumas de su hermana pequeña.

Después de cenar, Inma subió del bar para acostar a Paloma y asegurarse de que Maricarmen se lavaba los dientes. Irene se quedó sola en el bar. Ni siquiera el Mantecas estaba allí. Dos matrimonios que habían llegado juntos pidieron los cafés correspondientes y la joven terminó de fregar las tazas que le quedaban en la pila. Bajo el molinillo de café, junto al tabaco de su padre, había dejado un libro que tenía empezado.

–Así que es aquí donde te escondes –alzó la vista, sorprendida. Tomás estaba apoyado en la barra, a unos tres metros de ella. Se secó las manos, entre enfadada y asustada. El chico se quitaba una bufanda bastante fea y bastante desfasada que no pegaba nada con su estilo. Llevaba un abrigo largo, gris oscuro, y se le habían empañado las gafas al entrar –Dios, lo veo todo nublado, estoy realmente enfermo.

Irene dejó escapar una risita y él se quitó las gafas y las limpió con la punta de la camisa que sacó por debajo del jersey. Lo miró sólo un momento, dispuesta a ser simpática sólo en medidas educadas.

–¿Qué haces aquí?

–Pues dado que no vas a venir a verme tú, he venido a verte yo –respondió –Un café con leche, por favor. Pero que no me queme, por favor también –Irene le dio la espalda dispuesta a cumplir el encargo. Cuando se giró con la taza perfectamente colocada en el plato, observó que él había dejado ya el importe en la barra, junto a la bufanda.

–Me has dejado el doble –señaló las monedas, sin comprender.

–Es para que te tomes uno tú –Irene puso los ojos en blanco, un poco exasperada. Él pareció captarlo –Vale, nada de invitaciones sorpresa. Lo he pillado. Eres de las duras.

–Adela.

Tomás asintió, dándole la razón.

–Me ha llamado para decirme que no ibas a venir, así que le he pedido tu dirección. Estaba a punto de llamar al portero automático cuando he visto que estabas aquí. ¿Trabajas esta noche?

–Mi padre es el dueño. Los sábados suelen ir a cenar por ahí y me quedo yo. Bueno, con mis hermanas –Tomás asintió, dándose por satisfecho.

–Lo he supuesto al ver esa foto que tienes ahí detrás –señaló con la cucharilla una foto pegada con un trozo de celo en el marco de la estantería. María Irene, Inmaculada Concepción, María del Carmen y Paloma Pilar. Estaban sentadas una sobre la otra, de manera que Paloma, que solo tenía dos años en aquel entonces, quedaba arriba del todo y tenía que agarrarse fuertemente a los brazos de Maricarmen. El almacén del bar se veía al fondo, con sus estanterías metálicas y sus barriles de cerveza. Sonrió al mirarla, recordando lo mucho que se rieron aquel día y lo que pesaban sus tres hermanas. Se dio cuenta de lo que se parecían, tanto que a veces daba miedo. La misma naricilla acabada en una bolita respingona, los ojos grandes y marrones y el pelo muy oscuro.

–Te estás perdiendo tu propia fiesta –hizo notar la joven. Cuando los dos matrimonios se levantaron de la mesa del fondo, Irene salió de la barra a recoger la mesa. Tomás la siguió con la mirada y ella se sintió profundamente incómoda –Seguro que a Raquel no le hace mucha gracia. Estaba muy impaciente por conocerte.

–¿La rubia? Bah –dio un trago lento al café y observó el local con detenimiento. Frente a la pared de la puerta se alzaba la barra, ocupándola casi en su totalidad. A continuación, el baño. La estantería del fondo, tras la barra, con la máquina de café y las botellas. El televisor, en la pared de la derecha, sobre la puerta del almacén, estaba colocado en un estante sujeto con dos escuadras metálicas. Una miniatura de la Virgen del Pilar lo custodiaba a su izquierda, mientras que a la derecha del aparato

colgaba un pendón del Real Zaragoza. Irene pasó la bayeta por la mesa y comprobó la hora. Qué raro, el Mantecas no aparecía.

–Hola –dijo una voz al fondo. Ambos se volvieron. Inmaculada había hecho aparición en el Titán a través de la puerta de la cocina y miraba a Tomás con curiosidad. Su hermana le había contado lo que sucedió aquel día en el jardincillo de Interfacultades y durante el regreso a casa. Parecía decepcionada; quizá esperaba que Tomás se pareciera a Sean Connery, su ídolo en aquel momento. Estaba claro que Tomás no se parecía a nadie famoso.

–Hola –respondió Tomás educadamente –¿Qué tal?

–Bien, aquí estamos. Trabajando, ya ves –Irene volvió a entrar en la barra y dirigió una mirada asesina a su hermana. No comprendía muy bien qué estaba sucediendo y no le gustaba que la situación escapara a su control –¿Y tú?

–Bien, aquí estoy. Haciéndoos trabajar, ya ves –contestó él. Inma se acercó un poco más y se dispuso a secar los vasos.

–¿Se han dormido?

–Maricarmen no, está leyendo. Paloma se ha quedado frita en seguida –la pequeña revoloteó un poco más hasta que consideró que no debía hacer sufrir más a su hermana y se dispuso a entrar de nuevo en la cocina. Sin embargo, antes de hacerlo, se volvió –Tú eres Tomás, ¿no?

El chico asintió y ella desapareció con una sonrisa de triunfo dedicada a su hermana. Ésta no supo si el chico había superado o no el examen correspondiente. Entonces, entró en el establecimiento una vecina de la misma calle, con cara de preocupación.

–¿No está tu padre, chiquilla? –Irene la reconoció de inmediato, del mercado y del bar. Negó con la cabeza, encogiéndose de hombros –Está el Mantecas en la bodega del Terminillo, como una cuba.

Irene se sorprendió tanto que se le cayó el trapo al suelo. Tomás la miró un segundo antes de volver la vista de nuevo a la mujer. La joven murmuró unas palabras de agradecimiento y se quitó el delantal mientras la vecina salía de nuevo a la calle. Inma volvió a asomarse, intrigada.

–¿Qué pasa?

–Está el Mantecas borracho en la bodega de la Calle del Terminillo; voy a buscarle, quédate aquí.

–Sí, mi comandante –Inma se puso rígida y le pasó el abrigo y la bufanda que Irene había dejado sobre la mesa de la cocina. Le guiñó un ojo cuando los recogió –No tengas prisa, esto está todo controlado.

Irene miró de reojo a su hermana pero no dijo nada. Salió del Titán acompañada por Tomás.

–¿Vienes? –preguntó con decisión. En realidad, se lo estaba pidiendo. Tomás asintió con la cabeza y se subió el borde de la bufanda. Cruzaron la calle bajo la escasa luz de las farolas y en pocos segundos se habían quedado helados.

–¿Quién es *El Mantecas*? –preguntó con curiosidad. Dicho por él, sonaba raro, como si fuera un título nobiliario.

–Se llama Martín y es el mejor amigo de mi padre; y mi padrino –matizó con orgullo –No suele beber, excepto un par de cervezas a media tarde. Y jamás va a otro bar –la chica caminaba deprisa y preocupada, con la sensación fría y tenaz de que aquella insólita borrachera estaba muy relacionada con la discu-

sión de esa misma semana. El Mantecas jamás se había emborrachado, al menos que ella recordara. Recorrieron la Calle de Delicias casi a oscuras, con una densa niebla sobre ellos, en silencio. Irene daba vueltas y más vueltas a sus propios pensamientos. Qué extraño era todo. Ella había renunciado a una fiesta porque no estaba interesada en el anfitrión y él mismo, en persona, se había presentado en su propio bar. Para rematarla, iba con ella a recoger al amigo de su padre, borracho en una taberna. Cabeceó para sí misma sin darse cuenta de que Tomás la observaba.

–¿Dices algo? –ella se volvió de pronto, sorprendida al verse interrumpida –Parece que vayas hablando con alguien que sólo está en tu cabeza.

–Es que no dejo de pensar en qué extraño es todo esto. Se supone que yo no quería ir a tu cumpleaños –se quejó con aspereza. Tomás no respondió inmediatamente, pero tampoco pareció molesto.

–Mi cumpleaños fue ayer, hoy es el de Andrés, mi compañero de clase. Fue idea suya la de invitar a Raquel. Creo que le gusta mucho; debe ser una leyenda –reconoció con sinceridad –No me van las celebraciones, para serte sincero. Por eso tampoco estoy con los demás.

–Entonces... ¿quién pensó que fuéramos nosotras? Yo no conozco a ese tal Andrés.

–Pero Adela sí –Irene abrió la boca, muda –Su hermano es amigo de Andrés, del instituto. Por eso Andrés invitó a Adela, para que fuera Raquel. Y por eso yo supe que tú no venías.

Irene resopló aún más, visiblemente enfadada. Apretó el paso y giró a la derecha en el cruce con la Calle Daroca. Tomás también aceleró, confundido.

–¡Eh! Que yo no te he hecho nada, que voy a ayudarte, por si no te has dado cuenta –protestó en un tono casi infantil. Irene escuchó la respuesta sin detenerse.

–No te pedí que te pararas a hacerte el simpático el otro día. Y tampoco tenías derecho a venir a molestarme –farfulló entre dientes. El chico lo oyó con toda claridad y se detuvo, cosa que ella no hizo. Se quedó plantado junto a la vieja parroquia y la vio desaparecer entre la niebla y la mortecina luz de las farolas.

Cuando Irene llegó a la taberna, el aire era denso y pesado. Le picaron los ojos del contraste de temperatura y del humo. Olía a vino, un olor rancio y pegajoso. Vino dulzón, de mesa; vino blanco, de cocina. Coñac, whisky y ginebra. Algo de café sin moler y muchísimo tabaco del fuerte. Puros, cigarros, pipas. Las enormes barricas metálicas que se encontraban en la pared de la derecha parecían gigantes en comparación con los hombres que había distribuidos por las mesas. Grupos de cuatro o cinco, sentados en torno a tapetes verdes de juego. Guñote, mus, rabiño o incluso póker. El silencio era la tónica general, pues los buenos jugadores lo hacen sin decir una sola palabra, sólo con mirarse a los ojos. Cuando Irene se hubo adaptado a este nuevo entorno buscó por las mesas, con la mirada, a Martín. Lo encontró acodado en la barra, con la frente hundida en el hueco del brazo izquierdo flexionado.

–Martín –lo agitó un poco del hombro y el hombre alzó la cabeza lo indispensable.

–Irene –le apestaba el aliento a cazalla y a ron, pero esbozó una sonrisa torcida. El camarero de la barra miró a la chica con interés e hizo un gesto con la cabeza que indicaba que el Mantecas llevaba así mucho rato.

–Vamos, Martín, vamos a casa. ¿Hay que pagar algo?

–No, déjalo, hace casi media hora que se tomó la última y la pagó al momento –la chica asintió con agradecimiento y tiró del Mantecas. Apenas podía mantenerse en pie y abultaba casi el doble que ella. En cuanto abrió la puerta de la taberna, Irene comprendió que no podría llevarlo sola hasta la Plaza de Huesca. Le dieron ganas de echarse a llorar sin saber por qué, quizá por la rabia o por la sorpresa, cuando sintió que el cuerpo del amigo de su padre pesaba menos. Volvió la cabeza, asustada, para ver cómo Tomás pasaba el brazo izquierdo del Mantecas por encima de sus propios hombros, dejando a Irene cargo del lado derecho.

–¿A dónde vamos? –preguntó el chico con una sonrisa. Irene rompió a llorar, intentando sonreír. No dijo ni una palabra, solo indicó el final de la calle con la barbilla y el extraño trío comenzó una lenta caminata de regreso sobre sus propios pasos.

–*Eresh* una buena chica, Irene, lo sé –iba diciendo el borracho, con la cabeza hundida sobre el pecho –No hace falta que *hagash eshto*.

–No digas tonterías, Mantecas. Mi padre no te habría dejado así –intentó cortar ella. No estaba preparada para un monólogo ebrio en semejante situación.

–Tu madre shí. Ella *esh* de otra manera. Tu padre no quiere verlo, no le *gushta* que yo *she* lo diga.

–¿Por eso estás así, Martín? –la chica sintió de pronto la curiosidad de saber por qué su padre y su mejor amigo habían discutido –¿Por qué discutiste con papá?

–Tu padre me *preshtó* dinero para una deuda. Pero todavía no puedo *devolvérshelo*.

–Vamos, sabes que a mi padre esas cosas no le preocupan. Eres su amigo, no le importa que tardes un poco –intentó consolarle ella. Tomás seguía en silencio.

–Pero tu madre quiere que *she* lo devuelva ya. Y *Shalvador* es un mandao –se notaba a la legua que le costaba hablar. Seguramente tendría la lengua pegada al paladar, rasposa como la suela de un zapato –Prométeme una cosa, Irenita. Prométeme que cuando te *cashesh* no *tratarásh ashí* a tu marido.

Irene parpadeó varias veces y miró a Tomás sin comprender nada. Él se encogió de hombros.

–*Reshpecto* a ti, muchacho –el Mantecas miró al joven un momento –Más te vale que la *tratesh* bien, porque esh lo más parecido que tengo a una hija. Y como le *hagash* algo... no *vash* a tener mundo *pa'correr*.

Ella sintió que se sonrojaba un instante y agradeció la escasa luz y la bufanda que ocultaba sus mejillas. Tomás asintió muy serio, dando a entender que no iba a menospreciar aquel consejo.

Cuando por fin dejaron a Martín en la puerta de su diminuto piso y les dio con la puerta en las narices, alegando que hacía más de treinta años que nadie le arropaba por la noche, Tomás e Irene se miraron en silencio durante varios e interminables minutos.

–Gracias –dijo ella al fin. Lo acompañó de un suspiro de alivio sincero al que el joven sólo respondió con un ademán de cabeza –No habría podido con él.

Bajaron a la calle con los hombros resentidos por el peso del pastelero y caminaron unos cuantos metros más.

–Bueno, yo...creo que mejor me voy. Quizá me estén esperando
–se excusó Tomás. Irene pareció contrariada, pues se mordió el labio inferior con impaciencia.

–Lo siento –reconoció por fin –Te he tratado fatal y sólo intentabas impresionarme. Perdona, es que no me lo esperaba. No me esperaba lo del otro día, en la puerta de Magisterio, y tampoco esperaba que fueras a aparecer así de pronto en el bar de mi padre –bajó los brazos, deteniendo sus gestos, derrotada
–Ahora eres libre de pensar que soy idiota.

–No –replicó él –Sólo bastante orgullosa. De hecho, fue lo primero que me advirtieron de ti.

–¿Quién?

–Se dice el pecado, pero no el pecador –Tomás sonrió abiertamente y ella secundó su sonrisa, mucho más relajada. Vaya. Después de todo, sí que era cierto que el famoso Tomás Orden no estaba interesado en Raquel. Pobre Raquel. Había perdido, por goleada, aquella imaginaria competición. Irene sonrió internamente, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta. Sin embargo, sintió que para terminar de ser completamente sincera consigo misma tenía que preguntar algo.

–Una cosa. ¿De verdad te has negado a hacer la mili?

Tomás soltó una carcajada e Irene observó cierto rubor en su rostro, pálido por el frío.

–La verdad es que no.

–Pero... ¿entonces? –quiso saber ella, muerta de curiosidad. Tomás se miró los zapatos, visiblemente avergonzado.

–La verdad es que no veo absolutamente nada con el ojo izquierdo –reconoció. Ella le miró como si se tratara de un chiste, pero al ver que la actitud de él no variaba en absoluto intuyó

que era verdad. Se acercó lentamente y alzó ambas manos, hasta quitarle las gafas. Observadas al trasluz, comprobó que el cristal derecho era de aumento, pero que el izquierdo era un cristal normal y corriente. Después, sin soltarlas, colocó una de sus manos enguantadas en el ojo derecho de Tomás. Movi6 los dedos de la mano que le quedaba libre y se dio cuenta de que 6l no seguía ning6n tipo de movimiento con la pupila. Parpadeaba y movía el ojo, pero no seguía ning6n rumbo concreto.

A6n en silencio, Irene le destapó el ojo y le devolvi6 las gafas. Tomás se las puso deprisa y ella dedujo que veía poco. Extrañamente, se sintió aliviada al comprobar que el hecho de que 6l no fuera tan fantástico como Raquel creía aumentaba su interés en 6l. Como si al saber la verdad, a Raquel fuera a parecerle menos interesante y ella se sintiera menos amenazada. Qué extraño, pensó. Ni siquiera le conocía.

Al día siguiente, con el Titán atestado de domingueros ociosos, Irene se encargaba de colocar las botellas de refresco vacías en las cajas de plástico que traía el distribuidor. Luego las colocaba sobre la barra e Inma y Maricarmen las iban llevando hasta el almacén. Paloma iba y venía, sin más.

–Me han contado lo que pasó anoche con Martín –dijo Salvador descorchando una botella de vino. El jaleo del Titán no impedía que los que estaban tras la barra mantuvieran una conversación más o menos decente. Irene y su padre habían adquirido cierta práctica en coordinar movimientos y pedidos para evitar desplazamientos innecesarios a lo largo de la barra y las estanterías. La chica se agachó y cogió dos vasos que acercó a su padre balanceándose sobre una sola pierna –¿Lo llevaste a casa?

–Sí. Iba bastante contento, la verdad –accionó la caja registradora mientras abría el grifo del agua. Su padre lanzó la bayeta con

un gesto lento que hizo que ésta cayera dentro de la pila mientras Irene sacaba el cambio de la caja, la cerraba y se giraba a la pila para cerrar el grifo –Me contó por qué discutisteis.

–¿Me pones otro pincho de tortilla?

Salvador cogió dos platos del aparador y tomó el cuchillo.

–Le dije que a ti no te importa que le cueste devolverte el dinero –repuso su hija mientras alargaba la mano para coger uno de los pinchos que su padre acababa de preparar –Porque no te importa, ¿verdad?

–No, no me importa. Martín es como mi hermano y sólo es dinero.

–Pero a mamá no le parece bien.

–Ya conoces a tu madre –Salvador abrió tres botellines de refresco de naranja y puso una bandejita con cacahuets salados –Por norma general, todo le parece mal. Dice que hay cosas que no se le pueden consentir a nadie, ni siquiera a un amigo.

–¿Necesitamos ese dinero?

–Pues hombre –suspiró él –no nos va tan mal, pero no nos sobra. A mí no me importa tener que coger el 33 para bajar al centro, pero tu madre es muy señora cuando se pone, ya me entiendes.

Irene asintió sin responder y retiró cuatro vasos de tubo llenos de dedazos y marcas de carmín barato.

–Cóbrame, anda.

–Papá, la cuenta de Francisco –llamó ella. Sonó el teléfono en el otro extremo y se dispuso a cogerlo. Para cuando llegó al aparato, había dejado de sonar. Oyó voces en la cocina y adivinó que lo habrían descolgado allí.

–¿Y cómo subiste tú al Mantecas hasta su casa, si pesa media tonelada? –al girarse de nuevo al bar, encontró a su padre con las manos en las caderas, intrigado.

–Me ayudó un amigo.

–Ah –paladeó las palabras lentamente –Un amigo. Claro. Eso lo explica todo. Supongo que el amigo tiene nombre.

–Se llama Tomás y es muy simpático. Te caería bien.

–Tráemelo y ya decidiré yo, gracias –hizo un vago gesto con la mano y su hija sintió como de pronto se le erizaban todo el vello de su cuerpo. No supo si de miedo o de nerviosismo.



–Qué razón tenías, Martín, qué razón tenías –suspiraba Salvador. Casi dos meses después del incidente de la bodega de la calle del Terminillo, la tarde de la Cincomarzada, Martín y Salvador escuchaban la radio devorando media tortilla de patata con calabacín bien regada de cerveza.

–¿En cuál de todas las cosas?

–Las niñas, que sólo te quieren para que les consientas sus caprichos y luego te rompen el corazón –le recordó con agudeza. Martín sonrió de oreja a oreja. Le encantaba tener razón, era un vicio indiscutible. Recordaba a aquel chaval de pelo largo y negro que le llevó casi a rastras hasta su casa acompañando a Irenita Valdés. Debía de ser el tema que angustiaba a su amigo –La niña, que se ha echado novio.

–¿Te sorprende?

–Pues claro. Es mía –replicó como un niño ofendido. Pinchó un trozo de tortilla y clavó el tenedor con fuerza contra el plato desportillado. Su amigo cabeceó ligeramente pero no dijo nada.

Algo en su sonrisa hizo que Salvador comenzase a sospechar
–¿Le conoces?

–¿Yo?

–¡Le conoces! –alzó el tenedor con gesto triunfal –¡¡Tomás!!

–¿Perdona? –Martín alzó una ceja con incredulidad.

–El chico que la acompañó aquella noche que te llevó a casa, Tomás. Tiene que ser ése. “*Es muy simpático, papá, te caerá bien*” –imitó a la perfección la voz de su hija y su amigo finalmente estalló en carcajadas. Salvador bufó, dejando caer el tenedor sobre plato, malhumorado.

Se escuchó un leve carraspeo a sus espaldas y ambos se volvieron. En la puerta del local estaba Irene. Con un bolso de bandolera y una cazadora ligera, parecía ir a algún sitio.

–Ha venido Tomás a recogerme, vamos al cine –tosió un poco incómoda y finalmente se aclaró la voz, decidida. Se volvió hacia la calle y habló misteriosamente –Ven, anda, entra, voy a presentarte a mi padre.

Salvador se puso en pie justo cuando Tomás cruzaba la puerta del Titán. El chico temblaba, eso saltaba a la vista. Valdés lo miró de arriba abajo, pero le tendió la mano con gesto amistoso.

–Encantado, chaval –respondió con lentitud. Martín inclinó la cabeza levemente y Tomás comprendió que no lo había olvidado –He oído hablar mucho de ti.

–Lo mismo digo, señor –Tomás escupió las palabras con miedo y mucho respeto y Salvador no pudo evitar sonreír malévolamente.

–Pasadlo bien, anda –señaló la puerta con la barbilla y Tomás dejó salir todo el aire que había acumulado en aquel intermina-

ble minuto. Una vez que estuvieron en la calle, Salvador alzó la voz –¡¡Irene!! Que se me ha olvidado decirte una cosa, entra.

La chica regresó al Titán retorciendo la cinta del bolso. Su padre estaba serio como el cura el día del sermón, a pesar de que Martín todavía parecía estar disfrutando de una de las mejores películas de los hermanos Marx.

–Que digo yo, que si no pensaste en mí cuando decidiste enamorarte del chaval éste –susurró su padre. Irene palideció y torció la boca hacia abajo.

–No, la verdad...

–No. Claro que no. Vamos a ver, ¿tu padre no era barbero? –ella asintió –¿No ha dicho tu padre siempre que hay que llevar el pelo bien cortado, que si no se parece cualquier cosa menos un hombre? –Irene volvió a asentir –Mira: tú lo traes otro día, yo le corto el pelo... y me lo presentas otra vez, ¿vale?

IV. PEDRO Y MARCOS

Irene no pudo convencer a Tomás para que se cortara el pelo y Salvador dio un largo suspiro cuando asumió que no podía hacer nada por evitarlo. El joven se convirtió en un asiduo del Titán; iba y venía como si fuera su propio bar. El Mantecas sentía unos celos estúpidos al ver que Salvador le prestaba más atención, como si fuera un señorito importante.

–No digas tonterías, Martín, hombre –le reprochaba su amigo
–¿No ves que ni siquiera le gusta el fútbol?

Fue por aquella época cuando las hijas de Salvador le regalaron el carnet de socio del Real Zaragoza y el hombre se marchaba al estadio de la Romareda armado de un bocadillo de calamares y una manta azul oscuro. Martín le acompañaba encantado con sus nuevas rutinas. Podía disponer de su amigo a solas durante casi 100 minutos cada dos semanas.

La llegada de Tomás a la familia Valdés marcó un punto de inflexión en la relación entre las cuatro hermanas. Mientras Paloma, que apenas tenía nueve años, lo veía como alguien que imponía respeto y no se atrevía a hablar en su presencia, para Maricarmen era el único joven que había entrado en su casa. En el colegio de monjas no había chicos y los que iban por el bar no eran así. Inmaculada, sin embargo, acogió al novio de su hermana con tanto entusiasmo que parecía que la afortunada era ella. El hecho de que Irene tuviera novio formal significaba que dentro de cuatro años, sería *ella* la que saldría al cine. En realidad, Inma estaba convencida de que ella no iba a tener sólo un novio. Soñaba con conocer muchos chicos, con salir de noche, con viajar por todo lo ancho de este mundo y conocerlo todo. Quería ser una *chica Bond*, quería acción en su vida, quería

hacer grandes cosas, leer todos los libros y ver todas las películas del mundo.

Durante el verano de 1974 las cuatro hermanas se marcharon a casa de la hermana de Martín, al Pirineo, quien las acogió con entusiasmo. Sólo habían oído hablar de ella, pero sus padres querían cerrar una semana para marcharse a la playa en agosto y no podían irse todos juntos. Luisa no se parecía en absoluto a su hermano mayor. Alta, muy delgada y muy morena, había recuperado la casa de sus abuelos, una casa de pueblo, grande y oscura. Mientras Paloma y Maricarmen se bañaban en el arroyo cercano e Inma refunfuñaba por sentirse apartada del mundo, Irene se dedicó a pasear por la casa, entrando en todas las habitaciones.

–Dice Martín que tienes novio –la voz de Luisa le sorprendió cuando hojeaba la colección de Julio Verne que encontró en el aparador de la sala de estar. Irene se sobresaltó y al barrer con la mirada la habitación, su vista cayó sobre una fotografía muy antigua colocada en un viejo marco de plata.

–Sí, se llama Tomás –Irene sonrió con educación y volvió a dejar el libro en su sitio, queriendo acercarse a aquella fotografía.

–Puedes quedártelo, si quieres –señaló el libro con la barbilla e Irene dudó un momento antes de volver a cogerlo. *El Chancellor*. Una historia de un naufragio donde los supervivientes acaban devorándose los unos a los otros. Irene solía estremecerse al pensarlo cuando lo dio en clase de Literatura en el instituto –Es de mis favoritos.

–¿No te resulta un poco... macabro? –alzó una ceja inquieta, pero Luisa se limitó a reír. Irene dio dos pasos hacia la librería, examinando la imagen en la distancia. Creyó ver un parecido absurdo con alguien que conocía y se mordió la lengua.

–Todos nos devoramos a nosotros mismos, Irenita. Da igual dónde estemos –se acercó lentamente, con la mirada fija en los ojos oscuros de la joven –Eres igual que tu padre.

–¿Conoces a mi padre? –Irene dejó de pasar las páginas del libro, muerta de curiosidad. Hacía dos meses, Luisa se había presentado en casa de Martín, en una visita tan fugaz que ni siquiera le dio tiempo a pasar por el Titán. Irene había oído hablar muy poco de ella, así que creyó que su padre tampoco tendría una gran relación con Luisa. Suponiendo que en los últimos diecinueve años apenas sí se habían visto... ¿de dónde sacaba Luisa aquella comparación? Incapaz de encontrar una respuesta, señaló al marco de plata con un dedo –¿Quién es?

–Es mi padre. Murió cuando yo era muy niña –tomó la fotografía del estante y sonrió con cariño. Irene siguió mirando la imagen sin saber muy bien qué decir –No sé cuantos años tendría, pero ya era muy guapo.

Luisa giró sobre sus talones con elegancia y se marchó. Irene se quedó parada con el libro entre las manos. Abrió la tapa trasera, confundida. Allí había una simple firma. Reconoció la letra y volvió la mirada a la puerta. La mujer había desaparecido.

–¿Por qué no me habías dicho nunca que tu hermana tiene una fotografía de mi padre? –Irene y Tomás estaban en la pastelería del Mantecas. El pastelero miraba fijamente a Irene, cuyos ojos oscuros parecían escudriñarle el cerebro en busca de cualquier paso en falso –Dice que es *su* padre.

–Lo sé –respondió Martín con simpleza. Parecía dudoso, inseguro. Finalmente, se pasó la mano por la calva resoplando –Está claro que si no te lo cuento yo lo averiguarás tú sola, ¿no? Preguntarás a quien sea para que te lo explique.

Irene asintió.

–Prométeme que no se lo vas a contar a tu padre. Jamás –la joven alzó las cejas y Tomás apretó de pronto su mano con aprensión. Martín los miró alternativamente a ambos y ladeó la cabeza señalando la trastienda –Entrad, vamos.

Una vez hubo servido tres tazas de café, Martín se sentó a la mesa con ellos. Irene observó atentamente al amigo de su padre. A veces le resultaba curioso que la gente que la rodeaba parecía distinta si mirabas con detenimiento sus facciones. Incluso se podían apreciar rasgos invisibles. Martín parecía estar tan contrariado y tan estupefacto que todos sus gestos eran contradictorios e inestables. Ya no parecía aquella sólida roca de apoyo, aquel gran amigo fiel, el eterno optimista, el vividor, el despreocupado. Un brillo oscuro en sus ojos, casi apagado, desentonaba con la idea que Irene tenía de él.

–Luisa y tu padre son hermanos –Tomás tuvo que dejar la taza de café sobre la mesa, atónito. Irene parpadeó dos o tres veces, con la boca semiabierta, sin comprender –No, si vas a preguntarme si yo también, la respuesta es no.

–¿Pero cómo...?

–Tu padre nació en el 27, si no me fallan las cuentas, ¿verdad? –la chica asintió con decisión –Cuando empezó la guerra, la familia Valdés tuvo que trasladarse en busca de un lugar más estable y más seguro. Supongo que sabes que los controles en los caminos mermaron mucho aquellos grupos de gente que iba y venía camino del exilio o de la paz. Por aquel entonces, cualquier paraje perdido era bueno para fusilar a alguien –Martín desechó su café y tomó un vaso de whisky, para llenarlo hasta la mitad sin añadirle hielo –No sé cómo Pedro Valdés, tu abuelo, fue condenado a muerte. No sé de qué se le acusó, ni dónde, ni

cómo. Pero sobrevivió. No te sorprendas tanto, Tomasito –apuntó –Cuando el pelotón dispara, no todas las balas hacen blanco. Si no estás muerto y aún estás lo bastante loco como para querer vivir, puedes tirarte bajo los cadáveres y rezar para que no den el tiro de gracia.

–¿Eso hizo mi abuelo? –preguntó Irene, incapaz de estarse callada –¿Sobrevivió a un fusilamiento?

–No sé nada más de aquello, pero un día aterrizó en mi pueblo con un balazo en una pierna, hecho un cerdo y con hambre de al menos veinte días. Mi madre le dejó dormir en el pajar. Mi padre había muerto al poco de nacer yo y el pueblo era muy pequeño, mucho más que ahora. Nadie iba a buscar a un fusilado en un pueblo perdido del monte. No, no lo hicieron –bebió un trago largo y calló. Cuando retomó el hilo, Irene había dejado de acariciar la mano de Tomás para tomar la de Martín –Aún no había terminado la guerra cuando nació Luisa. Por aquel entonces, eran muchas las mujeres que morían en el parto y en pleno invierno, con medio metro de nieve, ningún médico iba a acudir a ayudar a mi madre. Cuando Pedro, que en realidad no se llamaba Pedro, se repuso de la pérdida decidió bajar a Zaragoza. No podíamos quedarnos en el pueblo, sin trabajo, sin nada que comer y sin dinero.

–Y conociste a mi padre –dedujo Irene –¿Por qué Pedro no regresó con su familia?

–A Pedro le dieron por muerto. Tu abuela, tu padre y sus hermanas se habían ido, siguiendo lo que habían pensado antes de su muerte. Pedro no podría volver a su ciudad y pasearse tan ricamente por la calle. Tarde o temprano, alguien le reconocería. El mundo es muy pequeño, Irene. Además, ignoro el tiempo que pasó desde el fusilamiento hasta que llegó a mi casa. Quizá llevaba dos meses huyendo. Puede que más.

–Entonces, mi padre creyó que estaba muerto de verdad. ¿No pidieron el cadáver?

–A esa gente nadie les pedía un cadáver, Irenita –Martín bajó el tono de voz –Los hombres se iban y no regresaban. Nadie hacía preguntas. Tu padre no las hizo. Yo no las hice. Cuando conocí a Salvador, en el año 41, no recordaba a su padre. No tardamos en hacernos amigos, en salir juntos por el barrio, ya sabes. Venía por la pastelería y como yo me encargaba del público, no conoció a mi padre inmediatamente. Además, dudo que se hubieran reconocido. La familia Valdés no llegó a Cataluña, según me contó Salvador. Se quedaron en Zaragoza cuando enfermó una de tus tías y ya decidieron establecerse aquí. A Pedro no se le pasó por la cabeza que su familia hubiera cambiado de planes, creo yo. Podían haberse encontrado muchas veces y sin embargo no sucedió ni una sola.

«Pedro murió a finales del 47, cuando Luisa tenía apenas ocho años. De pronto, yo me había quedado completamente solo en el mundo y tenía una hermana de quien hacerme cargo. Me la llevé de vuelta al pueblo, donde sabía que la hermana pequeña de mi madre podría darle de comer, hasta que yo pudiera traerla de regreso. En la casa de mi madre encontré muchas cosas viejas. En el viejo armario de su habitación había un paquete. Tenía que limpiar y adecentar la casa, así que revisé todas las cosas para desechar lo que no sirviera. Aquel paquete tenía la ropa que Pedro trajo el día que llegó a mi casa. Lo sé porque tenía el agujero de la bala en la pierna y la sangre seca a lo largo de todo el pantalón. Supuse que no la tiró porque aún pensaba en regresar con sus hijos. En el bolsillo de la camisa encontré una foto. Era Salvador. Al principio no lo entendí, pues yo era demasiado joven para comprender lo que sucedió en la época en la que Pedro llegó a mi casa, pero después fui atando cabos.

Tuve que preguntar en el pueblo, poniendo como excusa que no sabía si había hecho bien enterrando a Pedro en Zaragoza. Una mujer me contó que Pedro tenía otra familia a la que había tenido que renunciar si quería sobrevivir.»

–Se lo contaste a mi padre...

–No –Martín negó rotundamente –Pedro abandonó a su familia, a tu padre, para iniciar una vida conmigo. Tuvo una hija con otra mujer y fue con nosotros con quien eligió quedarse. Jamás habló de tu padre, Irene. ¿Cómo crees que yo hubiera podido ir y decirle que fui su sustituto durante ocho años? Salvador era un crío cuando su padre desapareció; y yo más.

–Pero Luisa...

–Si Luisa no hubiera nacido, quizá hubiera podido contarle a tu padre que Pedro llegó a mi casa, que lo hizo por protegerle a él. Pero Pedro se volcó en Luisa y ahora sé porqué. Tu padre era el más pequeño de sus hermanos y el único varón de la familia. Creo que Pedro siempre pensó en él y siempre se culpó por no regresar. Salvador no lo hubiera entendido.

–¡Claro que lo hubiera hecho! –exclamó Irene, indignada –Sabes que mi padre lo hubiera comprendido. Sólo tenías que explicárselo igual que me lo estás contando a mí, Martín.

El Mantecas negó con la cabeza, en silencio, terminándose el vaso de whisky. Le temblaba el labio inferior y Tomás observó que estaba a punto de echarse a llorar.

–¿Crees que no lo he pensado, Irene? ¿Crees que no sé que quizá lo mejor hubiera sido contarle la verdad? Regresé a la ciudad y me hice cargo del negocio de mi padre cuando tan sólo tenía diecisiete años, Irene. No tenía ni padre, ni madre ni perro que me ladrara por las noches. ¿Sabes quién estuvo allí? Tu

padre. Tu padre y sus hermanas me ayudaron. No tuve lo que había que tener, no, es cierto. Pero esa gente era feliz. Por el amor de Dios, Irene, Salvador tenía clarísimo que su padre estaba muerto. ¡Para él era toda una batalla decirlo! “*A mi padre lo fusilaron en la guerra*” Parece que lo estoy oyendo. Tenía una vida de verdad. Había conocido a Benita y estaba completamente enamorado. Yo no era nadie para decirle nada. No me correspondía a mí, sino a Pedro.

–Mi abuelo no se llamaba Pedro –confesó Irene seria y súbitamente rígida –Se llamaba Francisco.

Martín asintió.

–Para mí siempre fue Pedro, Irene. El único padre que conocí. Tu padre siempre será mi hermano, aunque Pedro y Francisco no hubiesen sido la misma persona.

Quedaron en silencio, mirando a la mesa. El vaso de cristal apenas brillaba, sucio y rayado por el paso de los años. Las tazas de café con sus manchas indelebles. La mesa siempre llena de migas, con piques de los cuchillos, con harina reseca y pegada. En aquella misma mesa se sentó una vez Francisco Valdés; probablemente al otro lado de ese tabique estaba Salvador. Irene cerró los ojos con fuerza, procesando lo que Martín acababa de contarle.

–Has dicho que Luisa iba a regresar a Zaragoza cuando fuera más mayor... –comenzó Tomás, pensativo.

–Mi tía la envió a Huesca a un internado de monjas. Estaba más cerca que Zaragoza, así que no me opuse. Luisa tenía fotos de Pedro y rezaba por él todas las noches. Si algún día Salvador llegara a ver aquellas fotos... –alzó los ojos –Mi hermana es una desconocida para mí, Irene. Solo vivimos juntos durante unos años, así que apenas recuerdo lo que significa tener una familia.

–Lo siento, Martín –confesó Irene finalmente –De verdad. No tenía que haberlo preguntado. Luisa me dijo que era igual que mi padre y pensé que era un poco raro, pero no me había imaginado esto.

Martín sonrió.

–A Luisa le encantan las fotos. Miró todos mis álbumes cuando estuvo aquí antes del verano. Vino al médico, a no sé qué –se levantaron de la mesa mientras oscurecía en la calle. El olor a pan y pasteles seguía inundando el local. Martín tomó una bolsa de magdalenas y se la tendió a Irene sin una palabra. La joven la cogió con una sonrisa, justo antes de recordar algo.

–Luisa me regaló un libro de Julio Verne. *El Chancellor*.

–Era el favorito de Pedro. Se lo regalé yo.

–Es un *pijo* y un racista –Inma se subía las medias a toda prisa, visiblemente cabreada. Irene ya estaba poniéndose la bufanda mientras su hermana todavía no había terminado de vestirse. Desde que ambas iban a la universidad, Irene siempre llegaba tarde. Aquel día, Inma estaba particularmente enfadada. Al parecer, un tal Marcos le caía especialmente mal. Un tipo gracioso y vacilón. Un niñato de amplio bolsillo. No es que se conocieran mucho, pues el tal Marcos era ingeniero e Inma había empezado Medicina, pero la relación parecía ser tensa y novelesca.

–¿Quieres darte prisa? Tengo clase –Irene puso los ojos en blanco. Inma rebuscó en el fondo del armario, a la caza de unas botas negras y una cartera para los libros –Olvídate del chaval éste ya, que me estás poniendo la cabeza como un bombo.

–Es que no lo soporto, de verdad. Todo el día diciendo que si esto, que si lo otro –bufó la otra –Estoy harta de él. Aunque sea ingeniero.

Irene prefirió no decir nada. No lo pensó en ese momento, pero lo cierto es que cuando pocos meses más tarde Inma comenzó a hablar bien de Marcos, el instinto femenino le susurró cierta sugerencia en el oído. Su hermana pequeña respondería con un sonrojo de lo más sincero e Irene simplemente elevaría los ojos al cielo. Marcos ni era pijo ni era racista. Era rico, eso sí. Y se marchó a Barcelona en busca un futuro brillante. Pero eso fue mucho tiempo después, cuando ya había nacido Teresa.

De cómo cambió de idea Inma respecto a Marcos San Juan, Irene tenía muchas teorías. Nunca fueron de secretismos la una con la otra. Mientras Irene podía discutir con Tomás (pacífico y calmado por naturaleza) y llegar a casa seria y callada, Inma despotricaba de Marcos casi con violencia, pinchando la cena como si trinchara al pobre chaval. Pero se le pasaba en seguida. Inma era así con todo, aunque Irene no lo entendiera.

Lo que Irene tampoco entendió nunca es que Inmaculada decidiera dejarlo todo y probar suerte en Barcelona sólo por seguir a Marcos. Se decía a sí misma que su hermana se estaba equivocando, que volvería porque *como en casa en ningún sitio*. Pero Inmaculada estaba satisfecha y orgullosa. Feliz. Así que Irene asumió que ella estaría equivocada; pero se guardó de decírselo a su hermana, para no darle la satisfacción de sentirse victoriosa.

A finales de 1978, con Marcos asentado en casa de los Valdés, Maricarmen en plena adolescencia callada y retraída, Paloma mirando el mundo con los ojos abiertos y Martín temeroso de

que el tema de Pedro saliera a la luz, Tomás le pidió a Irene que se casara con él.

Salvador elevó los ojos al cielo.

—Ya era hora, Pelanas. Ahora tendrás que cortarte el pelo —confesó descorchando una botella de champán.

V. HERENCIA Y DESCENDENCIA

Cuando Irene apaga el ordenador, suena el teléfono. Justo en el momento preciso en el que acciona con el pie el botón rojo de la regleta de enchufes que hay en el suelo bajo la mesa del ordenador, el timbre agudo del aparato rompe el silencio. Echa una mirada rápida a la pantalla de cristal líquido y descuelga en silencio.

–Hola, soy yo –Adela sigue sin decir su nombre cuando llama. Para qué, además, si sabe de sobra que Irene lo tiene registrado en la memoria –¿Cómo lo llevas?

–Lo llevo, sin más –responde su amiga en voz apagada. Son casi las once de la noche y se oye la televisión en el salón. Tomás estará viendo alguna serie de ciencia ficción o algún documental del espacio. Ella, por su parte, tiene que terminar unas actas para el instituto y no le cunde nada el tiempo. Pasa horas delante del ordenador sin ver nada y se siente completamente inútil.

–¿Has hablado con Teresa?

–No. La iba a llamar ayer, pero al final no me dio tiempo. No sé, tampoco sé qué decirle.

–Pues dile que lo sientes.

–Es que no lo siento.

Adela queda en silencio e Irene sabe qué está pensando. Que tiene que llamar a Teresa y no enfadarse con ella por querer proteger su pasado. Decirle que no le importa que quiera hacerse cargo de las cosas de la abuela Benita, su propia madre. Que aunque no quiere nada, porque no quiere llenarse la vida de vidas que no son la suya, no le parece mal que Teresa quiera recordarlo todo. Porque su familia es como un árbol de historias, con unas raíces dispersas, un tronco firme y alargado. Unas

ramas muy separadas con muy pocas hojas. Muy distantes, muy lejanas. No es de grandes dramas, no han pasado grandes cosas. Pero poco a poco, ésas pequeñas cosas que crean fisuras han acabado rompiendo lazos y separando historias.

Paloma, por ejemplo. Su independencia y su libertad, su hija, sus errores y sus desavenencias. O Inma, con su visión de un mundo lejano, de una línea perfecta que lo separa todo. Una línea llamada Marcos.

Irene sigue mirando la pantalla del teléfono fijamente. Un rato después, cuando ha terminado de hablar con Adela Marquerie, su amiga del instituto, abre la agenda de teléfonos del aparato y busca un número. Está a punto de marcar el número de Teresa cuando cambia de idea y cuelga el auricular. Oye pasos a su derecha y vuelve la cabeza. Tomás lleva un libro de la mano y la mira con curiosidad. En ese momento, suena el teléfono.

Es Teresa.

–¿Qué te parece el novio de tu hermana? –preguntó Salvador terminando de fregar el suelo. Maricarmen le dirigió una mirada dudosa.

–Es raro. Es más raro que Tomás –confesó finalmente. Salvador soltó una risita malévol y Benita entró en ese momento. Se había roto la tubería del baño y éste estaba completamente inundado. Habían estado achicando agua para que no se hiciera una gotera en el bar mientras llegaba el fontanero, que parecía que no iba a llegar nunca.

–Vamos, vamos, más deprisa, hombre –les apremió Benita –que a este paso no acabáis en la vida. Sólo nos faltaba esto: una boda el sábado y se rompe la tubería.

Se marchó maldiciendo por el pasillo y Maricarmen se echó a reír. En el cuarto de al lado, Irene e Inma tenían el armario abierto. Estaban sacando cosas de la primera, mirando si merecía la pena tirarlas o no, o si realmente las quería.

–¿Quieres los libros de Enid Blyton? –Inma señaló una pila de libros sobre la cama. Paloma permanecía tumbada en la cama de Irene, ya que la de Inma estaba recogida debajo, en el canapé –Yo no.

–¿Me los puedo quedar yo? –preguntó Paloma inocentemente. Irene se encogió de hombros y se los acercó. Miró a su hermana con indulgencia y la idea de que Paloma era *pequeña* se le cruzó por la mente. Tenía doce años y ella, su hermana mayor, estaba a punto de casarse. Como mínimo, tenía que estar sorprendida. Maricarmen no se había manifestado abiertamente, pero Irene creía conocerla bien. Seguramente pensaría que las estaba abandonando o algo parecido. Nada más lejos de la realidad. O quizá sí. No se sentía huyendo, sólo dando un paso adelante.

–Si quieres algo más sólo tienes que pedirlo.

–¿Se puede? –la cabeza de Maricarmen se asomó un poco por el hueco de la puerta entornada. La joven entró despacio y se sentó junto a Paloma, con los pies colgando por el borde de la cama. La colcha rosa y blanca le parecía ahora un eufemismo, una caricatura extraña –¿Vas a volver?

Irene se volvió de pronto y sintió la mirada grave de Inma en su nuca.

–¿Por qué dices eso? – se sentó entre sus hermanas pequeñas, preocupada – Tomás y yo nos casamos, no podemos vivir aquí, no cabemos.

–Pero ¿vas a volver o no?

–No voy a volver a vivir aquí, si eso te preocupa, Paloma. Eso no significa que me vaya para siempre, que no vaya a venir jamás

–Paloma pareció más satisfecha, pues asintió en silencio y se bajó de la cama. Maricarmen permaneció un rato más en el cuarto de sus hermanas mayores.

–Podrías irte tú también –dijo señalando a Inma. Su hermana no pareció muy convencida –Así podría dormir aquí.

Irene soltó una carcajada mientras seguía vaciando el armario.

–Ya verás como luego te aburres sin nosotras. Además, Inma no va a irse ahora, acaba de conocer a Marcos.

–¿Y por qué no podría irme? –Inma pareció ofendida.

–Pues porque no tienes casa, ni dinero. Mamá no dejaría que te marcharas de casa así como así, sin casarte ni nada.

–Eso es una tontería.

–Ésa es la realidad, Inma. ¿De qué ibais a vivir? –Inmaculada dobló las camisetas que Irene sacaba del cajón con el ceño bien fruncido, molesta y disgustada –No digas estupideces. Os acabáis de conocer.

–Lo que tú digas –cerró la puerta del armario de un golpe y se marchó de la habitación.

Benita y Martín no se llevaron nunca demasiado bien. Ninguna de sus hijas se lo había planteado seriamente, dado que no era asunto suyo la relación que sus padres mantenían con sus amigos. En la época en la que Irene y Tomás se casaron los nervios parecieron reavivar antiguos roces y abrieron de nuevo viejas disputas. Paloma permanecía ajena a ciertos temas, pero sus hermanas mayores descubrieron en ese momento que no todo

había sido siempre tan fácil, ni todas las decisiones que se tomaron fueron las correctas.

Así, Irene descubrió que Benita no aprobaba la deuda entre Salvador y Martín. El oscense no estaba en condiciones de devolverles el dinero a los Valdés y Benita consideraba que Salvador no había hecho lo suficiente para recuperarlo. Irene no se metió por medio, pues tenía bien vívida en la memoria la gloriosa borrachera del Mantecas, pero mantuvo siempre su propia opinión.

Como Salvador no consiguió convencer a Martín de que necesitaban aquel dinero, Benita asumió el papel de cobradora y alimentó con malas miradas y hoscos gestos al Mantecas durante los años siguientes. Martín hizo caso omiso siempre que pudo, hasta la boda de Irene.

Cuando Irene se casó, al término del verano del 78, Martín comenzó a desaparecer de la vida de Salvador. Su amigo notó cierto distanciamiento, pero con dos manos menos tras la barra el trabajo no le dejó demasiado tiempo para reflexionar. El dinero de la deuda comenzó a llegarle a través de Irene, que recibía mensualmente un pago irrisorio que transmitirle a su padre.

Valiente tontería que siguiéramos enfadados. Recordaba la frase de su padre con tanta claridad que a veces creía volver a oírlo. Pero la influencia de Benita sobre su marido era mucho mayor.

Irene y Tomás se instalaron a unas cuantas manzanas del bar, donde los pisos no eran tan caros. Era el barrio de ella, donde había nacido y donde había crecido y Tomás, que decía de sí mismo que no eres de donde naciste, sino de donde te sientes una parte, no tuvo mayor inconveniente. La que asumió la partida de la primogénita de otra forma fue Benita. Al principio, el hecho de que su hija se casara fue motivo de alegría. Una boca menos, menos ropa, menos gastos... pero derivó en menos ayuda y más trabajo.

–¿No podrías venir a echar una mano? –exclamó airada durante una disputa.

–¡No! –replicó Irene, atónita –¿Cómo puedes pretender que venga a ayudaros a vosotros? ¡Voy a tener mi propio trabajo! ¿Vas a venir tú a mantener mi casa?

–Bastante tengo con mantener la mía.

–Pues entonces –espetó su hija intentando dar por cerrado el tema –Mamá, no voy a estar aquí toda la vida para ayudarte. Tienes más hijas.

–Tus hermanas tienen que estudiar –contestó Benita con simpleza.

–¿Qué? –Irene dejó caer lo que llevaba en las manos –¿Y yo? Cuando yo *tenía que estudiar* tú me dijiste que lo que *tenía que hacer* era ayudar a mis padres. He pasado más horas aquí dentro que ninguna de mis hermanas. ¿Y ahora resulta que ellas tienen que estudiar? ¡No te importó lo que yo quisiera!

–Es diferente. Ahora sois cuatro y cuando tú empezaste la universidad Paloma era muy pequeña –Irene sintió una bofetada de ira contra la cara y apretó los dientes todo lo que pudo. Tomó aire muy despacio durante unos minutos, intentando calmarse.

–Me da igual, mamá. Me voy a casar y me voy del bar. Inma y Maricarmen son lo suficiente mayores. Podrás dejarles el trabajo a ellas.

Salvador calló en aquel momento y calló en muchos más. Inma permaneció escondida detrás de la puerta y cuando Irene se casó y se marchó y a ella le tocó pasar más horas tras la barra, comprendió lo que su hermana intentó hacerle entender a su madre.

También comprendió sus propias ganas de huir.

Irene y Tomás se casaron en la misma iglesia en la que ella fue bautizada. Una boda pequeña y sencilla. Pocos invitados, una comida ligera y una luna de miel en Baleares. Tomás aprobó las oposiciones para dar clases en un instituto de la ciudad. A Irene, un año menor que él, le costó un poco más, pero no encontró grandes dificultades. Dos sueldos pequeños, un piso diminuto y oscuro... la vida de Irene y Tomás comenzó a perfilarse por sí sola. Entre Inmaculada y Marcos hubo disputas, lágrimas, peleas, portazos y cartas rasgadas en mil pedazos. Más de una vez Inma se presentó en casa de su hermana mayor con dos enormes ojeras bajo los ojos.

–Es idiota –mascullaba la mayor entre dientes. Pero Inma siempre volvía.

Poco después de las navidades de 1979, Irene fue al Titán a contarle a su padre que iba a ser abuelo. Benita alzó los brazos al cielo y murmuró entre dientes que ella “*ya lo sabía*”. Para Inma fue como un enorme regalo de Navidad. Maricarmen alzó una ceja, un tanto inexpresiva, y Paloma se quedó tan impactada que Irene no sabría decir si se alegraba o no.

Fue una madrugada de abril cuando sonó el teléfono en casa de los Orden Valdés. Lo cogió Tomás, para evitar que Irene se levantara en plena noche. Era Salvador.

–Siento llamar a estas horas, Tomás, pero es importante. Pásame a Irene, por favor –el chico tendió el auricular a su mujer, que llegó al salón apoyándose en el sofá.

–¿Qué demonios pasa, papá?

–Es Martín. Me acaban de llamar del hospital. Le ha dado un infarto.

Irene no recordaría, ni siquiera horas más tarde, cómo llegaron hasta Urgencias su padre y ella, en el coche de Tomás, que

estaba frío de quedarse aparcado en la calle y no quería arrancar. Martín estaba tendido en una cama, inmenso como sólo él era, con un pijama verde pálido y la cara tan blanca como el estuco de la pared. Parecía dormido, como si soñara una desagradable pesadilla. Inma llegó por la mañana, después de haber abierto el bar. Para entonces, el Mantecas no se había movido lo más mínimo y Salvador permanecía inmóvil junto a su cama sin arquear siquiera una ceja.

Martín murió a las diez de la mañana del doce de abril de 1980, con cincuenta años de edad y un profundo sobrepeso. Irene se preguntó durante el resto de su vida si en algún momento fue consciente de que estaban allí, de que su amigo del alma no se movió del lado de su cama en las horas que pasó en aquel lugar. O si hubiera querido contarle que, de forma poética y metafórica, sí fueron hermanos.

El Mantecas se llevó a la tumba la deuda con Salvador y aunque ni siquiera Benita se atrevió a decir nada, era evidente que aquello no era nada bueno. Salvador bajó los toldos del Titán, como si los dejara a media asta. Luisa llegó del pueblo antes de comer y el entierro fue por la tarde. Cuando terminó el oficio religioso y los funcionarios de Torrero hubieron colocado el ataúd y la lápida, Salvador, Irene y Tomás se quedaron solos. En letras color cobrizo podía leerse, casi como si fuera una solemne jugarreta:

Pedro Aguados

1947

Martín Aguados

1930-1980

Irene miraba fijamente las palabras, pretendiendo desfigurarlas y cambiarles el significado. Hubiera deseado que Martín quisie-

ra ser enterrado en su pueblo. Pero ahí estaba, en el mismo lugar que su abuelo, mientras Salvador permanecía con la cabeza gacha, ajeno a todo. El cementerio es un lugar silencioso para todo el mundo. Aquel día no iba a ser la excepción. Un sol tenue, tímido de brillar con demasiada alegría en un momento tan triste, asomaba a última hora de la tarde. Salvador permaneció allí durante a lo que Tomás le pareció una eternidad. De pronto, el hombre sacó un puro del bolsillo de la parca gris y lo encendió sin decir una palabra. Fumó despacio, mirando a la nada, en un ritual solemne de aspecto sagrado. Cuando se lo terminó, lo dejó caer al suelo sin mover la vista de la tumba del Mantecas.

–Cuando murió Enrique, el antiguo pescadero, el Plumón, el Mantecas y yo nos fumamos un puro. Era más malo que malo. Cuando murió Plumón, Martín y yo nos fumamos otro, bastante mejor. Éste –señaló el que sostenía entre los dedos – es el mejor puro que me he fumado nunca –guardó silencio durante un momento y se aclaró la garganta –Prométeme una cosa, Pelanas. El día que yo me muera, te fumarás tú uno por mí, aunque sea solo, de noche y en silencio. Los cobardes éstos no han querido esperarme.

Irene dio a luz a finales de agosto de aquel mismo año. Teresa pesó casi tres kilos y medio y lloró como una posesa durante su primera semana de vida. Salvador la recibió como un milagro, una compensación por la pérdida de su amigo. Para Inma fue la señal de los cielos de que nadie escapa al paso del tiempo y sintió de pronto un miedo atroz a perder sus ganas de vivir y a acabar en un piso pequeño y oscuro rodeada de niños pequeños y babosos. Maricarmen y Paloma acogieron el hecho de ser tías como si en realidad volvieran a ser hermanas. De hecho,

Paloma, que nunca tuvo hermanos pequeños, sentía que Teresita era un pequeño ser de compañía y diversión. Durante la baja maternal, como Tomás siguió trabajando y no le daba tiempo a regresar a casa a la hora de comer, Irene y Teresa pasaban gran parte del día en el Titán. Alejada de la cocina, en el rincón más apartado, el capazo azul oscuro descansaba sobre los bidones de cerveza. Mantener los horarios de las comidas de la pequeña y las siestas no fue nada fácil, ya que hasta allí llegaban los ruidos del local y las voces de la gente. Con el tiempo, Teresa llegó a dormir en cualquier sitio, por mucha luz o ruido que hubiera. Felipe bromearía, años más tarde, diciendo que podría caerle un meteorito sobre la cama que no sentiría el más mínimo malestar.

Ni siquiera había cumplido Teresita tres meses cuando llegó a casa de Tomás e Irene una carta del notario de Martín: ella debía estar presente en la lectura del testamento. Para sorpresa de Irene y de Luisa, que se creía la única beneficiaria, el Mantecas había vendido la pastelería a un inmigrante argentino. La venta estaba a nombre de María Irene Valdés Rupérez. Martín detallaba que con aquel dinero Irene debía saldar la deuda con Salvador y quedarse con el resto. Podía gastarlo en lo que quisiera, siempre y cuando fuera para ella, Tomás y los hijos de ambos. El notario tenía también en su posesión una caja de madera oscura y pequeña que entregó a Irene y Tomás y que, al parecer, debían abrir en privado.

Una vez en casa y con Teresa reposando la cena, fue Tomás quien la abrió. Contenía un puro sobrante de su boda y un manojito de fotografías. Con el puro venía una nota dedicada a Tomás; a Irene se le hizo un nudo en la garganta al pensar que su padre estaba equivocado y que el Mantecas había previsto que si moría antes, alguien debería fumar en memoria de su amigo. Las

fotografías eran de Pedro Aguados, Francisco Valdés. Irene las miró una por una y supo que Martín no quería, bajo ningún concepto, que Salvador supiera la verdad. Volvió a guardarlas en la caja y ocultó ésta en lo profundo del armario.

Teresa creció muy deprisa, para disgusto de su padre. Pasó de usar patucos de lana y beber en biberón a manejar ella sola la cuchara de plástico que regalaban con los cereales. Gateaba por la cocina del Titán y robaba croquetas de las fuentes antes de ser sacadas a la barra. Usaba las pinturas de cera para hacer garabatos sobre los bidones de cerveza y las paredes del almacén y cuando tuvo la suficiente habilidad, desenroscaba los tornillos de las banquetas. Montaba castillos de piezas de colores bajo la mesa de formica y saltaba sobre el sofá de su casa desobedeciendo deliberadamente un número bastante elevado de normas.

Inmaculada acababa de terminar la carrera el día que Teresa estaba montando una torre con botes de plástico vacíos en la cocina del bar. Estaba sentada sobre las rodillas de Paloma y Maricarmen estudiaba en el otro extremo de la mesa. Irene ayudaba a Benita a secar los platos y Tomás estaba fuera, en la barra, con Salvador. Su suegro le hablaba de fútbol. Tomás sólo asentía de vez en cuando, intentando no parecer estúpido.

–Me voy a Barcelona –exclamó con una enorme sonrisa. Irene supuso que Inma no había pensado en cómo reaccionaría su madre. Error. La reacción de una madre es lo primero a tener en cuenta en todas las decisiones que tomes a lo largo de tu vida. Curiosamente, Irene no quiso verlo hasta que nació su hija.

–¿A qué? –preguntó Paloma con gesto ingenuo. Hasta Maricarmen dejó caer el lápiz y se quitó las gafas, sorprendida.

–A vivir, ¿a qué si no?

–¿Y eso por qué? –preguntó Benita abandonando las empanadillas a su suerte en el fuego.

–Marcos dice que allí hay más trabajo para él, un amigo de su padre le ha ofrecido un puesto en su compañía. Es una gran oportunidad. Nos vamos la semana que viene.

Irene, Paloma y Maricarmen cerraron los ojos muy despacio. Teresa miró a Inma con emoción y Benita dejó caer la cuchara de madera al suelo.

–¿Cómo que *os vais la semana que viene*?

La disputa dio que hablar durante semanas, dado que medio barrio estaba en el bar aquel domingo por la mañana. La orquesta de gritos derivó en una sinfonía de chillidos, portazos y golpes con el trapo sobre la mesa y la pared. Inma se marchó igualmente con Marcos a la semana siguiente, a un piso de alquiler compartido con dos franceses y una portuguesa que apenas hablaban castellano. Se marchó con dos maletas y su padre le envió el resto de las cosas por correo. Benita no acudió a despedirla e Inma no pidió tampoco una disculpa. Dos meses más tarde llamaría a Irene llorando de rabia, de soledad y de miedo, pero no regresó. Todos los comienzos son duros, todas las decisiones implican sus riesgos. Igual que Salvador dejó la cuchilla y la navaja para tirar cañas y poner cafés, a su manera todas sus hijas renunciaron, en algún momento, a toda una vida. Inma decidió no flaquear y no quiso darle el gusto a nadie de parecer débil o arrepentida. No regresó a vivir a Zaragoza y jamás se quejó de haberse marchado. Quizá Irene esperaba que así fuera. Quizá en el fondo se sintiera abandonada. O tal vez ella

soñó en su momento con hacer algo parecido, pero el tren que pasó por su andén llevaba a otro destino diferente. Hay veces que no hay que cuestionarlo todo. Sólo importa seguir caminando y disfrutar del viaje.

VI. VÁSTAGOS

Fernando, el primer nieto, llegó al comienzo del verano de 1984. Inmaculada llevaba un año en Barcelona y sólo había vuelto por Navidad. Salvador cobró el dinero de la deuda de Martín sin hacer preguntas e Irene se guardó mucho de contarles que el dinero procedía de la venta de la pastelería y que el resto estaba bien invertido en un piso nuevo en construcción. De alguna forma, sabía que hacerlo traicionaba la memoria del Mantecas. Si el pastelero no había querido hacerlo público, no sería ella quien lo hiciera. Bien pensado, muchos secretos en poco tiempo. O tal vez ella era la única en quien Martín creía poder confiar, seguramente por el distanciamiento con su padre y por la confesión de la verdad de Pedro. Es extraño cómo cambian las cosas cuando uno no presta atención. Puedes despistarte un momento y encontrar tu sitio ocupado cuando regreses. O quizá haya un regalo bajo tu almohada y un ramo de rosas sobre el sofá.

Para Salvador, un nieto varón era una bendición. Cuatro hijas y una nieta empezaba a sonarle castigo divino. Pero Fernando era un niño callado y retraído. Teresa saltaba de acá para allá, sin hacerle caso a nada ni a nadie. Podía quedarse con cualquiera de sus tías o sus abuelos sin echar de menos a sus padres, ni notar que sus padres no estaban. Comida, carantoñas y risas. No le hacía falta nada más. Pero Fernando estaba hecho de otra pasta. Tenía que tener a su madre en el radio de acción o si no entraba en llanto desesperado. Se le fue pasando con los años, pero solía ir siempre pegado a las piernas de su madre, tirando de su falda con el pulgar metido en la boca. Teresita, locuaz, parlanchina, cabezota y terca iba al colegio con los ojos cerrados negándose a despertar. La llevaba Paloma todas las mañanas cuando iba camino de clase.

A Paloma no le gustaba estudiar. Cuando Maricarmen empezó Empresariales, Paloma llegó a la conclusión de que también ella tendría que seguir el camino de los libros. Vivía, según su madre, enfadada con el mundo. Apenas recordaba la vida con Irene viviendo en casa y sin la pequeña Teresa esparciendo las ceras de colores por su escritorio. Tomás llevaba en la vida de los Valdés desde siempre y Paloma no tenía otra referencia de realidad. Su mejor amiga, Ángela, le decía que era una tonta y una simple. Paloma adoraba leer. Colgaba fotos de paisajes sacadas de revistas en la pared de su habitación y acudía al cine con frecuencia. Cuando Inma se marchó de casa, Maricarmen se mudó al cuarto de las hermanas mayores y entonces Paloma se dio cuenta de la cantidad de espacio inútil que tenía la gente a su alrededor de forma habitual.

Pasó de dormir en una cama plegable recogida en un armario a tener un colchón de noventa centímetros, mesita de noche, escritorio y armario propios. La cama plegable acabó en el piso de Inma y Marcos, junto con los juegos de sábanas que Salvador aseguraba que eran de su madre. Cuando se vio sola en aquel cuarto, tan grande pese a no haber crecido, Paloma creyó ser otra persona. Ya no era la hermana pequeña hija del dueño de un bar. Ahora tenía una hermana profesora, un cuñado objetor de conciencia y una sobrina parlanchina. Y, por supuesto, una hermana médico que lo dio todo por amor y se marchó nada menos que a Barcelona a vivir con un ingeniero sin haberse casado con él. El sueño de todo barrio obrero, vaya. O al menos así lo veía ella. A veces, Paloma pensaba que sus hermanas le habían hecho crecer demasiado deprisa. Que si ellas no se hubieran marchado, si no fueran tan mayores, Paloma hubiera podido ser niña más tiempo.

Mientras paseaba a Fernando pasillo arriba, pasillo abajo, en la penumbra de la casa de su hermana, quería dar marcha atrás y verse a sí misma en la misma situación.

–Supongo que ya sabes lo de tu hermana –Benita sacó dos vasos de cristal y los dejó sobre la encimera. Irene detuvo sus pasos y la miró con interés.

–¿Qué hermana?

–Maricarmen –su madre siguió sacando más vasos y más platos del armario sin cambiar su aspecto misterioso y decepcionado. Como Irene no reaccionaba dejó de manejar la vajilla y apoyó las manos en las caderas –Se ha echado novio.

–¿En serio? –a pesar del tono descontento de Benita, Irene no pudo evitar sonreír –¿Qué pasa, que es otro Marcos?

–Quita, quita, que con un niño rico en la familia tenemos más que de sobra –abrió el horno para sacar una bandeja que contenía dos tortillas de patata y tomó el cuchillo de sierra con fuerza. Irene retrocedió instintivamente. Quizá el juicio de que Marcos era un niño rico había sido precipitado; Inmaculada no se atrevió a contarle a su madre que el padre de Marcos no le dio ni un céntimo cuando se marchó a Barcelona. Estuvo a punto de desheredarle, decía Inma.

–Pues entonces no le veo el problema –Irene llenó dos jarras de agua en el fregadero y sacó el cubo de la basura para tirar las pieles de las patatas y los restos de pan rallado que quedaban en la encimera –No es pijo y no lleva el pelo largo.

–Es judío.

Irene sujetó el cubo con más fuerza y los nudillos se le pusieron blancos. Ladeó la cabeza, rebuscando algo que le indicara el motivo del enfado de su madre.

–Mamá... es judío, no un extraterrestre. Además, ¿qué más dará si aquí no somos de nada?

–Somos del Real Zaragoza –dijo la voz de su padre a su espalda –¿Te parece poco?

–Papá... –Irene rodó los ojos y le tendió el plato con el queso y el jamón.

–Que a mí me da igual si es judío, chino o caníbal. Pero que digo yo, chicas, que no era tan difícil encontrar uno normalito en este barrio, ¿no? Uno es *raro*, el otro es pijo y el otro es judío

–Salvador puso mucho énfasis en adjetivar a Tomás e Irene notó que su madre sonreía a sus espaldas.

–Tomás no es *raro*; Se cortó el pelo porque tú se lo pediste.

–No, bonita –Salvador alzó un dedo amenazador –Querrás decir que *le* corté el pelo. Y no es el tema del que hablamos ahora. Daos prisa, que la niña tiene hambre.

Ese viernes por la noche Inma y Marcos habían llegado de Barcelona a pasar la Semana Santa. Las cuatro Valdés, los dos padres, los dos yernos y los dos nietos se sentaban a cenar en la cocina del Titán con la puerta abierta para controlar el local. Sólo quedaban dos vecinos apurando una cerveza ya pagada, y el sonido de la campana de la puerta alertaría de nuevos clientes. Fernando, sentado en una trona de madera entre Inma y Maricarmen, devoraba un trozo de pan con sus encías diminutas mientras su hermana se atiborraba de calamares y croquetas. El plato del jamón se vació dos veces hasta que Tomás se negó a levantarse de nuevo para cortar más. Cayeron dos botellas de tinto de la casa que se prolongaron con la chorrada de

whisky del café, bien acompañado de mazapán catalán. Salió a colación el tema del novio judío, de quien nadie recordaría el nombre a la mañana siguiente e Irene observó en la distancia a toda su familia. La cocina de aquel bar comenzaba a hacerse pequeña para ellos. Los pasos de su padre eran cada día más lentos y más cansados.

Cuando desplegaron el sofá cama, ya de madrugada, Inma y ella se pusieron al día de los últimos acontecimientos. El teléfono era caro y las llamadas no eran muy frecuentes. Inmaculada vivía en ese mundo particular suyo, tan lejano y tan ideal. Habían ido a Berlín en tren nocturno, hospedados en un albergue de unos jóvenes polacos que los metieron en el mismo cuarto que media docena de turcos malolientes llenos de chinches. Se colaban en el tranvía, robaban barras de pan y olvidaron la cámara de fotos en un banco junto a un estanque. Inma parecía feliz de verdad, hablando aquí y allí de otros sitios y otra gente. Irene no le preguntó por el lado oscuro. Por lo ancha que es la cama cuando quien duerme a tu lado te da la espalda. Inma tampoco lo hizo. Se limitó a hablar de lo bueno y a escuchar lo bueno de su hermana. A admirar a sus hijos, su casa pequeña y cuidada. Sus fichas de alumnos, sus libros de historia, sus cuadros en la pared y sus fotos de estudio.

Hablaron largo y tendido de sus padres, del aquel bar tan pequeño por fuera y tan grande por dentro. De Paloma y sus ganas de volar, del novio de Maricarmen, tan novedoso en aquel sitio. No pasó mucho tiempo hasta que Maricarmen dejó de salir con aquel chico y luego con otro y con otro. A Salvador no le gustaba nunca ninguno. Quizá por eso la chica esperó a que su padre hubiera muerto para casarse con un divorciado diez años mayor que ella y que tenía dos hijos de un anterior matrimonio.

–Hola, enano.

El sonido de la voz de su hermana le hace sonreír y Fernando estira las piernas sobre la mesa del despacho. Son las doce de la mañana de un día cualquiera del verano de 2013 y Teresita está, al parecer, aburrida.

–¿Tú no trabajas nunca o qué?

–Me dieron la baja ayer –respondió ella. Fernando asiente en silencio. Puede imaginarse el calor que hace en Zaragoza en julio y los sofocos que le dan a su hermana cuando está embarazada. Desde donde él está se ve el mar y el cielo. Entra la brisa por la ventana entreabierta y no es, desde luego, un calor insoportable.

Fernando vive en Valencia, en una ciudad costera donde estudia ecosistemas submarinos para una empresa que se dedica a fabricar suministros de limpieza para acuarios y zoológicos. Según Nuria, el *tito* Fer construye casas para los peces. Él nunca ha querido explicárselo mejor, porque de más niña era feliz imaginando que los peces viven en mansiones en el fondo del mar, incluso con piscina.

–¿A qué debo el honor de tu llamada? –se recuesta para atrás en el sillón frente al ordenador y cierra los ojos. Puede imaginarse a Teresa sentada en el sofá, a lo largo, con los pies descansando sobre un cojín azul con flecos amarillos –¿No estarás de parto?

–No te llamaría así de alegre si estuviera de parto, ¿no crees?
–Teresa suspira y echa la cabeza para atrás con el mismo gesto que su hermano ha hecho al otro lado de la línea –Hablé ayer con mamá.

–Oh, cielos. Ya decía yo que había sentido temblores en las capas freáticas –se burla su hermano pequeño. Carraspea con

ligereza, esquivando una colleja imaginaria. Teresa las da muy fuertes y muy rápidas –¿Cómo fue?

–Bueno, mejor de lo que esperaba. Nada, en realidad. Me contó que está terminando las actas de los finales. Que los mayores son unos vagos que le recuerdan a ti –sonríe con malicia – Que papá está estudiando sueco con el vecino ése del octavo...

–¿El sueco es sueco *de verdad*? –Fernando abre los ojos, sorprendido –Yo creía que lo decíais en broma.

–Pues no. Es sueco de la misma Suecia. Y habla sueco y se viste sueco y come sueco. Y tu madre no quiere ni oír hablar de echarle un vistazo a las cosas de la abuela.

–Pues que no lo eche.

–Joder, Fernando, no seas así tú también, hombre. Que tengo una barriga de aquí a Mallorca y tengo que estar con lo mío y con lo de los demás.

–¿Qué pasa, Teresa? –sentencia finalmente su hermano. Adivina, por el tono de su hermana, exasperado y decepcionado, que algo no marcha bien.

–Pues resulta que se muere la abuela y se vende el piso. ¿Y quién va a mirar la parte del piso que es de mamá? Teresa. ¿Quién lo recoge todo y le pregunta a las tías de quién es cada cosa? Teresa. Porque la tía Inma no ha puesto un pie aquí desde el entierro. Y a Julia no se le puede pedir nada porque siempre tiene muchas cosas que hacer. Resulta que me molesto en mirar las cosas de mamá, que qué más me dará a mí lo que sea suyo y lo que no, y encima se cabrea conmigo porque si verdes las han segado...

–¿Verdes las han qué?

–¡No me interrumpas! –Teresa blande el teléfono en alto, sin percatarse de que sigue sola en casa, embarazada de ocho meses y sin nadie que le indique cuándo debe calmarse –Que yo no quería que mamá estuviera enfadada para siempre con la abuela, coño ya, y va la otra se muere y tu madre ahí sigue, como la estatua de la Libertad.

–¿Con un libro bajo el brazo?

–¡No, de piedra! –ambos se echan a reír y Teresa se calma

–¿Qué crees tú que pasó?

–Pues lo mismo que tú, Teresa. Lo que pasó, sin más. ¿No crees?

Teresa bufa desde su sofá y junta mucho las cejas como cuando era pequeña. Entonces siente un dolor punzante justo en el centro del abdomen, abajo. Se produce de forma repentina, sin avisar y sin más preámbulos. Cuando se quiere dar cuenta, está aferrándose el vientre con ambas manos y el teléfono se le ha escurrido al sofá. Abre y cierra los ojos, sorprendida y asustada, hasta que encuentra un momento de alivio para respirar y recuperar el inalámbrico.

–Oye Fernando, que mejor te llamo luego que estoy de parto. Si te das prisa, creo que llegas a tiempo. Dale un beso a Quique si no viene contigo y dile que es mi cuñado favorito.

Cuelga el teléfono sin llegar a escuchar la respuesta de su hermano.

Carolina empezó a trabajar en el Titán en verano. Tenía muchas asignaturas pendientes y las dobles matrículas eran demasiado caras para su familia. Se trataba de una chica pelirroja, bajita y regordeta que cuidaba a los niños del tercero durante las vacaciones. Salvador había colocado el cartel de “*Se necesita cama-*

rero” en las ventanas del bar después de Semana Santa, cuando Inma acababa de marcharse con Marcos en ese coche grande y oscuro.

No se sentía abandonado, pues ningún padre debería sentirse así cuando sus hijos emprenden el vuelo, pero sí notaba cierto vacío a todas horas. Sentía las manos cansadas y viejas, la voz temblorosa y cascada. Le pesaban las piernas, le dolían los ojos del humo del tabaco y de la cocina. Se graduó la vista y empezó a usar gafas de continuo. La barba, blanca y pelada, comenzó a perder fuerza y sintió que la piel del cuello comenzaba a aflojarsele. Contratar a alguien en el Titán fue idea suya y de Benita. Su mujer, que seguía ahí al pie del cañón tantos años después.

Parecía casi irreal a veces, pero era tan cierto como el doloroso pinchazo en el juanete cuando se quitaba las alpargatas al caer la noche y meterse en la cama. Benita, que seguía haciendo croquetas para los vecinos, ahora hacía raciones dobles para su familia. Para Irene y Tomás, que pasaban por allí a cenar los viernes por la noche. Para Teresa, que comía en el bar todos los días porque sus padres no llegaban hasta mucho más tarde. Para Fernando, que les quitaba el rebozado escrupulosamente convencido de que no era comestible. En algún momento, las cosas extraordinarias se hicieron normales. Dejó de sorprenderle que sus nietos crecieran rápidos y veloces y se acostumbró a las peleas infantiles por una caja de lápices de colores o por un coche de juguete que era exactamente igual que otro.

Durante aquel verano, Tomás, Irene y los niños fueron a la playa con Inma y Marcos. Allí, frente al mar, el mundo quedaba pequeño y lejano. Sumergidas en el gentío veraniego, rodeadas de gritos y de juegos la vida podría pasar por un cuadro inerte y

espléndido. Con los brazos en jarras, los ojos cerrados de cara al sol, Inma rompió el silencio una mañana:

–Marcos y yo nos casamos.

Irene se puso frente a ella, abrió el ojo derecho, se puso una mano sobre la frente a modo de visera y permaneció callada durante unos instantes. Rompió una ola a sus pies y ambas hermanas se miraron. Tomás leía Kafka bajo la sombrilla y Marcos hacía castillos de arena para Teresa y Fernando.

–¿Por qué? –preguntó Irene por fin. Inma volvió a cerrar los ojos y orientó su rostro al sol, dejándose acariciar por la sensación de plenitud que le producía aquel momento.

–Porque ya es el momento –respondió con simpleza.

–¿Antes no lo era? –quiso saber su hermana sin mover ni un músculo.

–Antes era antes. Ahora es ahora, Irene. No hace falta que todo el mundo haga las mismas cosas en el mismo orden, ¿sabes? No tienes que tachar cosas de una lista de tareas pendientes –sonrió abiertamente y su hermana se colocó a su lado, imitando su postura y sus gestos –Estoy embarazada.

–¿Os casáis por eso?

–No. Nos casamos porque nos queremos. Una firma en un registro no va a cambiar eso. Tu marido es filósofo. Que te lo explique él.

–No necesito que nadie me lo explique. Soy capaz de entenderlo –replicó Irene en tono neutro. Inma sonrió levemente, más para ella que para su hermana. Permanecieron así mucho rato, hasta que Teresa hizo llorar a su hermano y la vida reanudó su marcha salpicada de castillos de arena.

Cuando Inma llamó para anunciar que se casaba, Benita pensó que eso la haría volver a casa. Pero no fue así. Fueron ellos, todos los demás, los que tuvieron que irse allí, a Barcelona, a ver a la recién nacida Sara un año más tarde. Cuando la vio por primera vez, Benita sintió que volvía a sucederle algo extraordinario. Llamó al Titán, donde estaban Carolina y Paloma a cargo del bar y dijo que se quedaba una temporada. Mandó de vuelta a Salvador, que se quedó atónito y emocionado y ella se quedó en casa de su hija y su yerno. Cuando regresó parecía otra. La misma Benita con otra perspectiva de una vieja historia.

Marcos dejó de ser el niño delicado de la casa. Incluso llegó a ser llamado *Marquitos* cariñosamente en alguna (escasa) ocasión. Irene escuchaba a su madre hablar maravillas del señor San Juan, ingeniero, todo un caballero. Se mordía la lengua para no reírse, intentando imaginar qué diría su hermana si las oyera en ese momento. También pensaba que quizá sus padres hablaran cariñosamente de Tomás cuando ella no estaba presente. De hecho, *lo sabía*.

Sara no trepaba por la barra del Titán imaginando que reptaba por la barriga de un gigante bonachón. No robaba croquetas de las bandejas ni probaba los pepinillos a escondidas. Venía sólo de vez en cuando, siempre mirándolo todo desde atrás. Teresa y ella se llevaban bien, a pesar de la diferencia de edad y la distancia. Para la mayor era como una hermana pequeña, que la admiraba y la seguía a todas partes. Sara siempre quería jugar con Teresa, quería atraer su atención y hacer todo lo que ella hacía. Las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano eran largas temporadas que podían pasar juntas, las primas y las hermanas. Cuando Inma volvía a la ciudad se quedaba en casa de Irene y las dos niñas compartían cama y juegos.

Fue una época que Teresa siempre recordaría con inmenso cariño. Las carreras por el pasillo, las cenas multitudinarias en la cocina del bar, los gritos de Benita cuando descubría que faltaba chocolate en la nevera de su casa. Duchas de dos en dos, excursiones a la piscina, polos de vainilla tirados al sol en el parque y juegos de cartas inventados por ellas mismas. El futuro no era más que las cartas del banco que llegaban a final de mes. El mundo no existía más allá de los toldos rojo y negro.

VII. ATARDECERES

Maricarmen se fue de casa varias veces. El novio judío de cuyo nombre nadie pudo acordarse jamás cayó en el olvido de la misma manera que entró en el Titán: sin previo aviso. Hubo un abogado, un médico, un profesor. Fue este último el que pareció ser el último, pero cuando a los dos años las cosas no funcionaron Maricarmen regresó a casa, jurando que jamás volvería a dejar su vida por un hombre.

Paloma seguía allí. A regañadientes, con el trapo de cocina en una mano y el libro de contabilidad de una gestoría en la otra. Seguía sin gustarle estudiar pero no pensaba pasarse la vida tirando cañas. Irene miraba de lejos a su hermana, callada y respondona. Silenciosa, críptica e indiferente. Paloma llevaba toda la vida mirando por encima de la barra. Seguramente sabía más de las personas que ellas mismas. Se le daba bien observar. Irene a veces pensaba que su hermana era más un espectador que un actor en su propia vida.

Las vacaciones en la playa se asentaron como una costumbre. Benita y Salvador se compraron un apartamento en la costa Brava y se marchaban quince días al año, dejando el Titán en manos de Carolina. La joven, eficiente y responsable, desempeñó aquel papel que las Valdés habían representado durante tantos años atrás. Teresa comenzó a volver sola del colegio, pasando por la panadería del mercado para comprar el pan. Comía en la cocina, siempre con los abuelos, y hacía los deberes sentada sobre la pierna derecha flexionada, vigilando muy cerca el arroz con leche casero.

Irene y Tomás hicieron su primer gran viaje el mismo año que nació Beatriz, 1988. Dos años menor que su hermana Sara, Beatriz trajo consigo un sentimiento nuevo para su madre, Inma.

De pronto, ella sintió la necesidad de estar cerca de su madre, de pasar tiempo con ella y recuperar la familia que en un momento creyó no necesitar. Lo achacó al miedo a envejecer lejos de sus raíces, o de pensar que sus hijas no tendrían una vida como la que tuvo ella. La infancia de las niñas, lejos de sus abuelos y de sus primos, se le antojó de pronto fría y distante. Quiso volver pero Marcos no lo permitió. Benita, colérica y protectora, llamó por teléfono escupiendo inmundicias, maldiciendo a los San Juan, tan señoritos y tan remilgados.

Una noche de invierno, poco después de que Irene y Tomás regresaran de París, Inma llamó al timbre de su hermana mayor. Ninguna de las dos sabía decir, en ese momento, si llovía o no, ni qué día de la semana era; sin embargo, años más tarde, ambas tendrían grabada aquella semana a fuego sobre la memoria. Tomás abrió el sofá cama para Inmaculada y rebuscó en el trastero hasta encontrar la cuna de Fernando. Sara se introdujo en la cama de Teresa en silencio y su prima le hizo sitio sin ni siquiera despertarse. Amaneció de forma gris y lenta, con más miedo que pereza, y el espejo le gritó a Inma en forma de ojeras azuladas y redondas.

Inma sirvió cafés y pinchos durante siete días. Siete interminables días que su hija mayor pasó sentada en una silla de la cocina del bar haciendo caligrafía en un cuaderno de cuadrículas azules. El séptimo día Marcos cruzó el umbral de la puerta y Salvador detuvo su mano sobre el grifo de cerveza. Paloma retiró la mano del cuenco de los pepinillos, sin soltar la pinza metálica con la que los sacaba, dirigiéndole una mirada helada y furiosa. Marcos se pasó la lengua por el labio de abajo, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha pero la mirada fija y levantada. Tragó saliva varias veces antes de pronunciar el nombre de su mujer.

Fue Benita quien asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Sin soltar el cazo, la mujer miró fijamente a su yerno y vio tanto miedo y tanta soledad que apretó con fuerza el utensilio que llevaba de la mano en lugar de ablandarse.

Dos horas más tarde Tomás cerraba el maletero del coche de Marcos y éste arrancaba en la Calle Don Pedro de Luna con el petardeo del tubo de escape como banda sonora. Irene seguía en la acera, abrazándose a sí misma mirando al suelo. Supo en ese momento que Inma no volvería a intentar regresar.

–Me llevo a la chica al fútbol –Salvador se caló la visera de pana con ímpetu y le dio dos vueltas a la bufanda de cuadros. Teresa pasó por debajo de la barra del bar con dos coletas en la parte baja de la cabeza.

–¿Y eso? –Irene alzó la vista del libro que leía junto a la ventana, al fondo del local. Miró a su hija con desconfianza y Teresa parpadeó repetidas veces, aparentando ingenuidad –¿Estás seguro, papá?

–Claro que sí, cariño. A la niña le gusta el fútbol, ¿a que sí?

Teresa asintió sin decir una palabra. Su madre volvió a mirar al libro todavía en silencio.

–Bueno, está bien. Pero no le fumes encima y ten cuidado con lo que dices, que luego se lo aprende todo –aleccionó a su padre con el rostro severo y los vio marcharse de la mano sonrientes.

–¿Qué es lo que no tienes que decir? –preguntó ella una vez estuvieron fuera del local.

–Cosas malas, supongo –respondió él encogiéndose de hombros. Apoyó una mano en la coronilla de su nieta y esbozó una

sonrisa cómplice. Teresa jugaba con los chicos de su colegio a la hora del recreo. Decía que las niñas no sabían divertirse. Ellas se quedaban en los bancos del hall jugando a los cromos o intercambiando papeles de colores. Ellos, por el contrario, salían al patio a jugar un rato. Les daba el sol y se quitaban los abrigos, que dejaban colgados de las escuadras de las porterías del campo de fútbol. Gritaban juntos, hacían equipos y se pegaban ante un gol dudoso. Al principio nunca cogían a Teresa. Ninguno quería una chica en el equipo. Decían que las niñas no sabían jugar, que lloraban en seguida, que no se tiraban a por el balón para no hacerse daño y que nunca remataban de cabeza.

Teresa corría tras el balón como alma que lleva el diablo y sacaba de esquina con fuerza y dirección. Pablo, su mejor amigo, la elegía siempre para su equipo, pues siempre era capitán. Pero un día Teresa falló una parada y Pablo y ella dejaron de ser amigos. Teresa solía contarle estas cosas a su abuelo, a la hora de comer, mientras Benita le ponía agua oxigenada en las rodillas peladas y raspadas.

–Tienes que dejar de hacer el bruto, Teresa, te vas a romper las piernas un día de éstos –decía en tono enfadado, a pesar de que nunca se enfadaba. Peor suerte corrían los calcetines, que siempre acababan agujereados y manchados de sangre. Irene renunció a ellos y Teresa aplaudió el día que vio a su madre tirar los calcetines grises del uniforme del colegio al cubo de la basura.

Ahora, camino del estadio con su abuelo, Teresa estaba convencida de que podía seguir así para siempre. A Tomás no le gustaba el deporte, así que no podría ir con ella a los partidos. Pero el abuelo era *El Abuelo*, ese abuelo que servía cortezas y cacahuetes a sus amigos los viernes por la tarde. Teresa podía presumir de abuelo, no como el tonto de Pablo, que era un llorica y un mal perdedor.

–Oye, abuelo.

–Dime –Salvador sacó el mechero plateado del bolsillo de la trenca y encendió un cigarrillo sin dejar de caminar.

–¿Es verdad que vas a vender el bar? –preguntó Teresa casi con miedo. Su abuelo la miró un momento pero no adoptó un tono grave, sino que intentó quitarle hierro al asunto.

–Pues claro. ¿Quieres comprarlo tú?

–No, no tengo dinero. Lo que quiero es que no lo vendas –repuso la niña con obviedad –¿Por qué vas a venderlo? ¿Ya no te gusta?

–Uf, Teresita –se rascó la frente con la uña del dedo gordo de la mano izquierda, raspando por debajo de la visera –Tu abuelo se hace mayor, ¿sabes? No puedo trabajar toda la vida.

–Pero si dejas de trabajar vas a aburrirte mucho...

–¿De dónde te sacas eso? –rió divertido y le tendió la mano para cruzar la calle. Teresa miró a ambos lados de la acera antes de poner el pie decidida sobre el asfalto.

–Porque no sabes hacer otra cosa. El día que vendas el bar te aburrirás tanto que tendrás que comprarte otro –amenazó muy seria.

–No. El día que venda el bar dormiré más, veré más la tele y pasaré más por tu casa. Incluso me iré a la playa para celebrarlo.

–A ti no te gusta playa –se burló la pequeña –Sólo me lo dices para que me calle. Pero yo lo sé y tú también: el día que vendas el bar, te morirás del aburrimiento.

–Supongo que no te hace ninguna gracia que venga Marcos
–observó Irene poniendo el mantel sobre la mesa del salón de la casa de sus padres. Benita estiraba del otro lado, con el rostro serio y los labios apretados.

–Pues no, como comprenderás. No me hace ninguna gracia que ése venga a comer a mi casa por Navidad después de lo que le hizo a tu hermana...

–Mamá, ya lo han arreglado.

–¿Has visto tú a Inmaculada? ¿Ha vuelto, que era lo que ella quería? –Irene negó en silencio y su madre emitió un sonido de reprobación con la boca, a través de los labios cerrados –Si no le hubiéramos dado tanta manga ancha al señorito, ahora no estaríamos en este plan. Poniéndole la mesa, esperando que llegue con los brazos abiertos.

–Mamá...

–Que yo no digo nada, hija –protestó de nuevo –Que lo mío es ver, oír y callar. Pero que hay que aguantaros cada una...

–Mamá, no empieces, de verdad. Que bastante tiene Inma con lo suyo para que tú echés más leña al fuego, ¿no crees? Además, es Navidad y vienen las niñas, que es lo que tú querías.

–Pero podían venir sin él.

Irene suspiró en silencio una vez más y comenzó a distribuir los tenedores alrededor de la mesa. En el fondo, disfrutaba haciéndolo, aunque fuera sólo para comprobar que eran cada día más. Inma y Marcos llegaban esa tarde, justo a tiempo para cenar en Nochebuena. No habían vuelto mucho desde que Inma hiciera las maletas e Irene no tenía muy claro por qué. Seguramente estaban arreglando las cosas, tenían asuntos pendientes o lo que fuera. Benita y Salvador no lo llevaban bien. Marcos se

había convertido de pronto en un ser cruel, un mal marido y un mal padre. Irene nunca contó nada a su hermana, dispuesta a evitar que a oídos de su hermana llegaran las barbaridades que se decían en la cocina del bar.

–No la defiendas, hay cosas que no tienen excusa –oyó decirle una vez a su madre. Irene lo dudaba. Sus hermanas eran suyas y sólo suyas. Quizá sus padres podían mirarlas desde la experiencia y decidir si obraban bien o mal, pero Irene sentía que, en cualquier caso, uno tiene familia para que le apoye cuando la necesita. Aunque se esté equivocando. Los años noventa iban a entrar por la puerta grande en casa de los Valdés: Salvador y Benita acababan de comprar un piso frente a las huertas del psiquiátrico y se habían deshecho del pequeño apartamento sobre el Titán. El ayuntamiento quería reformar el Paseo de Calanda y tirarían aquel viejo bloque de pisos pequeños y oscuros. Eso incluía el propio bar.

Irene y Tomás llevaban ya tres años viviendo en su nuevo piso, cerca del Hospital Miguel Servet. Más lejos que el otro, pero suyo propio. Grande, espacioso, luminoso. En el cuarto de invitados seguía habiendo un sofá cama para Inma y Marcos y Sara y Bea dormían con Teresa en su cama nido.

Carolina había aceptado seguir en el Titán hasta que éste se cerrara definitivamente, llegada la jubilación de Salvador. La chica seguía estudiando y trabajando en el local, donde iba a recogerla su novio, un dibujante de tiras cómicas de pelo rizado y rubio.

Inmaculada vino embarazada de tres meses, cosa que nadie sabía. Benita la vio llegar y rompió a llorar inmediatamente. Los reproches se le acabaron al instante y no se hizo un comentario sobre el intento de separación en todas las vacaciones.

Teresa volvió del colegio y pasó por debajo de la barra para meter la mano en el bote de cacahuets salados que había sobre la estantería.

–Hola Teresa.

La niña se metió en la cocina sin saludar a su abuelo. Carolina miró a Salvador con preocupación y el hombre dejó el trapo sobre el borde del fregadero y entró tras su nieta. Teresa estaba desabrochándose los cordones de las botas, con la cartera de la escuela arrinconada junto al paragüero. Benita miró a su marido a través del humo de la cocina y después dirigió la mirada a la niña.

–Hola, Teresa, no me has dicho nada.

Ella masculló algo en tono duro y llevó las botas que acababa de quitarse al patio interior, junto con la cartera. Regresó para dirigirse al baño, pasando junto a su abuelo sin mirarle a la cara. Salvador puso los ojos en blanco, exasperado.

–Es igual que su madre –vocalizó en silencio a su mujer.

Benita soltó una carcajada y azuzó las judías blancas en la olla. Salvador tomó impulso para levantarse, visiblemente cansado. Se quitó las gafas para frotarse los ojos más cómodamente y las dejó apoyadas sobre la mesa. Teresa volvió con las manos húmedas.

–Ven aquí, anda, que llevas sangre en ese codo –su abuelo la atrajo hacia él y la niña rehuyó la mirada, enfadada –¿Vas a estar sin hablarme toda la vida?

–Tú sabrás –replicó ella furiosa.

–Oye, Teresa, estoy teniendo bastante paciencia contigo, ¿no crees? –ella negó, tozuda. Salvador suspiró de nuevo y se sentó en la banqueta con las manos apoyadas en las rodillas y una ceja alzada a modo de sorpresa.

–Sé que no te gusta que me jubile, pero no puedes esperar que trabaje como un esclavo toda mi vida, ¿no?

–Pero no quiero que lo vendas –protestó Teresa.

Tenía once años cuando supo que su abuelo vendería el Titán al año siguiente. Se enfadó tantísimo que estuvo dos semanas sin dirigirle la palabra. El abuelo era un caprichoso y un consentido. Sólo se le ocurría a él vender el bar. En el momento en el que el local desapareciera, Teresa tendría que comer en el comedor del colegio con Andrea, la niña nueva, que además de pija tenía un perro negro que la iba a recoger a clase por la tarde como si fuera un mayordomo con esmoquin.

–Pero es que no puedo tener el bar y no trabajar en él. No se puede. Además, tienen que derribar el edificio para hacer uno nuevo. Éste es muy viejo, cariño. Tiene que vivir aquí otra gente. A mí me duelen los pies y la espalda.

–¡Pero yo no quiero ir al comedor! –exclamó de pronto ella, con dos torrentes salados sobre las mejillas.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Mamá. Dice que si vendes el bar me tendré que quedar en el cole a mediodía y yo no quiero. La comida es mala y a mí me gusta comer con vosotros –Salvador se echó a reír con sinceridad, lo que no hizo más que aumentar el enfado de su nieta.

–Oye, podemos hablar con mamá. Quizá deje que te vengas a comer a casa conmigo. A nuestra casa. Podría ser, ¿no te parece? Prometo que iré a buscarte al colegio todos los días. Luego

cogemos el pan y nos vamos a comer. Y para cuando lleguen tus padres ya hemos terminado.

Teresa sorbió con fuerza, mirando a su abuelo sin levantar del todo la cabeza.

–Bueno, vale. Está bien.

–Ahora lávate la cara otra vez, marrana. Y quítate la sangre que llevas en el codo, que mira que te digo que no hagas el bruto y tú nunca me haces caso.

–Es Andrea, que es tonta y se ha metido conmigo.

–¿Te has defendido?

–Pues claro. No sabes los arañazos que llevaba ella...

Salvador se echó a reír de nuevo en ese momento, aliviado. Teresa sería para siempre su ojito derecho. La niña bonita que asomaba la nariz por encima de la barra mientras a su espalda escondía un puñado de pepinillos en vinagre. Por Teresa cambió el cuarto de baño y puso un inodoro en condiciones. Por Teresa dejó de fumar a la hora de comer y merendaba croissants con chocolate amargo. La niña, la viva imagen de su madre, fue siempre una brisa fresca entre las paredes del Titán. Una canción alegre y pegadiza. Daba luz a los deslustrados azulejos y puso música a los momentos más callados.

Cuando llegó el momento más crucial en sus vidas, a finales del verano del 92, abuelo y nieta se quedaron a solas en aquella cocina. Todos habían comido allí. Hubo gambas, vino del bueno y cava. Vino Inmaculada con Marcos y sus tres hijas. Maricarmen no trajo acompañante y Paloma derrochó toda su simpatía y su buena fe. Tras la sobremesa y la partida de cartas, Benita fregó la sartén grande, la de la tortilla de patata, y la envolvió en papel de aluminio. Se lavaron las copas de Águila

por última vez y Tomás las secó una por una con el trapo gris de rayas azules. Teresa permaneció a su lado, haciendo lo propio con los cubiertos. Ambos guardaron silencio, mirando al local vacío sin atreverse a volver la cabeza.

–Aquí me enamoré de mamá –dijo él de pronto. Teresa sintió de pronto un agudo picor en los ojos y sacudió la cabeza. No le gustaba cuando su padre se ponía en ese plan, pero había tanto sentimiento en sus palabras que no podía negarle ese momento de sinceridad –No importa qué haya mañana en este lugar, Teresa. Lo que importa es cómo lo conservas en tu memoria.

Teresa soltó el trapo y huyó corriendo al interior del local. Se lanzó en brazos de su abuela y lloró desconsolada durante mucho rato. Después Paloma la convenció para fregar el suelo con ella, como algunas noches de viernes y sábado, mano a mano con una sola fregona. Cuando terminaron, la luz de la tarde había caído casi por completo en la calle Jordana. Al día siguiente vendría el funcionario del Ayuntamiento a casa de los abuelos. Recogería las llaves y aquella esquina dejaría de ser *su sitio*.

Benita salió con un suspiro de alivio, pisando la acera grisácea como si fuera otra calle, en otra vida. Inma se llevó a sus hijas y a Fernando a casa de Irene y Maricarmen desapareció calle abajo, en dirección al centro de la ciudad. Teresa deslizó su mano en la de su abuelo, queriendo pegar los pies al suelo y no moverse de allí. Irene la miró en silencio y asintió muy despacio, empujando levemente a Tomás.

Aquella fue una de las tardes más memorables en la vida de Teresa Orden Valdés. Su abuelo le enseñó a jugar al guiñote, a cantar las cuarenta y a sacar el as de triunfo en el arrastre para llevarse las diez de últimas. Sobre las mesas agujereadas por llaves y por golpes, con la superficie contrachapada brillante en

círculos donde se posaron tantos vasos, Teresa dejó caer los brazos para dedicarse tan sólo a mirar. Pasó los dedos por la barriga de la barra, se aupó para bajar a Naranjito y desanudó la medida de la Virgen del Pilar, verde olivo, que abrazaba una de las escuadras del estante del televisor. Pasó por debajo de la barra y se encaramó sobre el fregadero para mirar por encima de la encimera, a la misma altura a la que una vez soñó servir pinchos de boquerones con aceitunas. No había botellas en los estantes, ni café en el molinillo junto a la máquina. El bote de los cacahuets permanecía vacío y no había ni rastro de la lata de pepinillos. La foto de las cuatro hermanas Valdés había sido retirada y ahora reposaba sobre la cómoda de Benita, en el piso nuevo frente al futuro parque Delicias.

–¿Algún día se me olvidará esto? –preguntó de pronto. Se volvió a mirar a su abuelo, que permanecía acodado en el rincón del *Reservado Camareros*. Lo vio con los ojos brillantes y las ojeras enrojecidas y se sintió responsable de hacerle llorar.

–¿Podrías olvidar cómo te llamas?

Teresa no necesitó contestar para saber su propia respuesta. Torció la boca en un gesto sabio y saltó de nuevo al suelo, despidiéndose de la visión panorámica del Titán. Encontró un posavasos olvidado en uno de los estantes más bajos y lo recogió angustiada. Después volvió a pasar por debajo de la barra y a deslizar la mano en el interior de la de su abuelo.

–¿Ya estás listo? –le preguntó con valentía. Salvador asintió en silencio, con los ojos menos brillantes y la tez menos congestionada.

Apagaron la última luz y cruzaron el umbral a la vez.

VIII. KARMA

Jubilado, pensionista y feliz, Salvador comenzó a frecuentar el parque para jugar a la petanca. Podía pasar más tiempo en la playa, incluso viajar a casa de Inma. Tenía cinco preciosos nietos de quien cuidar y a quien consentir caprichos. Sólo fue a recoger a Teresa durante dos semanas, hasta que ella decidió que prefería volver sola a casa.

En contra de lo que Teresa pensó el día que se marchó del Titán por última vez, los años pasaron muy deprisa. Comenzó a olvidar cosas y los detalles empezaron a perder fuerza en su memoria. Conservaba el posavasos en su estantería, junto a los libros del colegio. Fernando apenas recordaba nada de aquel bar. A Teresa aquel sentimiento le provocaba impotencia e incredulidad. De todos los primos, la única que recordaría todo sería ella. A veces ese pensamiento le hacía zozobrar. Por mucho que Sara y ella hubieran jugado, por más que Fernando se escondiera en el almacén y Beatriz trepara a los bidones de cerveza, no podrían recordarlo más tarde. No era un pensamiento alentador. Quizá por eso Teresa siempre trató de recordarlo todo. Una por una, quiso retener para siempre todas las etapas de su vida. Quería ser capaz de mirar atrás y poder sentir las cosas como si volviera a vivirlas. Aquel propósito la acompañaría siempre en su camino y más de una vez le causó tanta frustración que perdió el sentido del objetivo.

Una noche de 1994, cuando Teresa y Fernando ya estaban acostados, alguien llamó al timbre. Irene estaba corrigiendo redacciones del Medioevo y Tomás leía tumbado en el sofá. Abrió ella, que siempre estaba más activa que él.

Era Paloma.

Irene alzó una ceja, sorprendida, antes de hacer pasar a su hermana al salón.

–¿Qué pasa? Son las once de la noche, Paloma.

–Ya. Es que no podía ir a casa... –Tomás cerró el libro con cuidado, mirando a su cuñada por encima de él. La vio tomar aire con dificultad, como si respirar fuera una ardua tarea que requiriera toda su energía –Estoy embarazada.

Tomás cerró el libro de golpe y su mujer se dejó caer en el sillón. Ahora comprendían las ojeras asustadas de Paloma. El rehuir de sus miradas y el temblor de sus manos.

–¿Quién es el padre? –preguntó Irene con calma.

–¿Eso es lo único que te importa? –chilló su hermana desesperada.

–No, pero es lo primero que querrán saber tus padres –razonó sabiamente. Paloma cayó de inmediato.

–No lo sé. Salimos a cenar, las compañeras de la facultad y un grupo de amigos de una de ellas. No sé cómo se llama. No he vuelto a verle –se sentó en una esquina del sillón, sintiéndose arrinconada –No sé qué hacer.

–¿Has pensado algo?

–Quiero tenerlo. Pero no quiero que él sepa nada. Solo fue una noche, nada más...

–Esa parte no me interesa, Paloma –Irene se acercó a su hermana y se sentó junto a ella, rodeándole con un brazo –Tienes que contárselo a papá y mamá.

–Me van a matar...

–Bueno, es un riesgo que tienes que correr. Para empezar tienes que volver a casa o llamarán a la policía, si no la han llamado ya. Si quieres, puedes esperar a mañana para contárselo.

–¿Vendrás?

–¿Para qué? –Irene sintió la mirada taladrante de Tomás en la nuca y se arrepintió de haber abierto la boca. Asintió con la cabeza, derrotada –Sí, iré. Pero hablarás tú.

–Gracias –murmuró Paloma con dejadez.

Irene cerró los ojos, en un gesto de aceptar su agradecimiento. Paloma tenía veintinueve años y era completamente libre de hacer lo que le placiera. Otra cosa era lo que a sus padres iba a parecerles.

Al día siguiente, Irene acudió a casa de sus padres después de comer. Dejó a Teresa y a Fernando en casa, haciendo los deberes bien vigilados por su padre y llamó al portero automático sin mucha convicción. Por el tono de voz de Maricarmen, algo no marchaba bien. Cuando llegó arriba, la noticia ya se sabía. Paloma no había podido esperar o no había sabido disimular y cuando Benita le preguntó qué pasaba, se lo había contado todo.

Para Irene, la bronca más grande que jamás había sucedido en su familia era la relacionada con Inma y su huida con Marcos. Ahora rectificó aquella puntuación. Visto lo visto, el hecho de que Tomás llevara el pelo largo cuando la conoció no era más que una pequeña tontería.

Benita tachó a Paloma de inconsciente e irresponsable. Inmadura, irrespetuosa y egoísta. Salvador habló del padre de la criatura como el peor delincuente de la historia del crimen. Maricarmen permanecía apoyada en la puerta, entornando los ojos de vez en cuando. Había comenzado a salir, en secreto, con

un divorciado mucho mayor. No se supo hasta varios años después, pero tenía su lógica que, en aquel momento, ella no quisiera abrir la boca. No fueran a repartir leña para todas, como cuando eran pequeñas.

El embarazo de Paloma fue sonado entre los más cercanos a la familia. Las cosas habían cambiado mucho, cierto, pero las miradas que la joven recibía por la calle no eran ni halagadoras ni reconfortantes.

Julia Valdés vino al mundo el día de la Virgen de Agosto de 1995. Era pequeña y rubia, la única rubia que tendría nunca esa familia. Cuando se le pudieron ver los ojos descubrieron que eran azules. Un azul cielo tan claro y tan suave que a Benita se le cayó el alma a los pies.



La habitación tiene la ventana abierta y entra la brisa de la tarde. Afortunadamente, Irene ha convencido a la familia de Felipe para que se marchen a casa y Teresa puede disfrutar de un poco de paz. Daniel está dormido junto a ella, en una incubadora. Es pequeño, diminuto y ligero. Teresa está en la sala de las incubadoras porque no aguantaba más sin verle. No hay mucho personal y puede estar tranquila y relajada. Mirar a Daniel le produce satisfacción y miedo a partes iguales. Felipe está tan emocionado como cuando nació Nuria. Le ha llevado un ramo de flores y una caja de bombones de chocolate negro y amargo. Ha hecho un montón de fotos del recién nacido y de ella, con esa cara de cansancio que lleva y ese pijama azul que tan horrible les parece a ambos. Nuria estaba muy impactada cuando ha ido a verles. Para empezar, su hermano le ha parecido demasiado pequeño y llorón y su madre no le ha hecho gran caso. Menos mal que estaba el abuelo allí para quedarse con ella, porque

todo el mundo ha encontrado a ese pequeño ser mucho más interesante.

A Teresa siguen sin gustarle los hospitales. Aunque sea para algo “bueno” como es dar a luz. El primer recuerdo que tiene de ellos se remonta a cuando nació Fernando. Visualiza a su hermano pequeño con un pijamita azul y un gorro naranja. Los dedos pequeños manchados de algo amarillo que resultó ser desinfectante. Tenías las uñas largas y afiladas y los puños apretados con furia.

El siguiente momento que recuerda en un hospital es de cuando se golpeó la cabeza con el radiador del salón de los abuelos, jugando con Sara, Bea y Lorena. Calcula que tendría unos diez años, pues el Titán todavía estaba abierto pero Lorena era muy pequeña.

También recuerda ir al hospital a ver a Paloma y a Julia cuando ésta nació. También era pequeña y arrugada, pero no se parecía en nada a Fernando.

Después tiene un extraño vacío en la memoria y el siguiente punto luminoso de sus recuerdos también está relacionado con un hospital. En aquella ocasión recuerda que Fernando tuvo que quedarse en la cafetería con Tomás, pues no le dejaron subir. Fue lo que ella llamó el principio del fin.

El abuelo estaba tendido en una cama, rodeado de tubos, con la mirada perdida. Si no recupera esta imagen, Teresa no revive el momento en el que su madre se sentó junto a ella en el sofá una noche y, apagando la televisión con el mando a distancia, le obligó a mirarla.

–El abuelo está enfermo.

Fueron solo cuatro palabras que removieron el viejo Titán que permanecía en su interior. Tenía quince años y aún no era cons-

ciente de que la gente moría a su alrededor. El recuerdo de la habitación de hospital desencadena una serie de escalofríos y de flashes que se desordenan en su subconsciente, impidiéndole saber qué fue primero.

Con doce años, Teresa se ponía colorete sobre las mejillas en las ocasiones especiales. Con catorce le mangó a su tía Paloma unos zapatos de tacón negros y brillantes y se los ponía a escondidas en casa para mirarse al espejo. Con dieciséis tiró las faldas de tablas a la basura y se deshizo de los cuentos de *Los Cinco*. Enmarcó la letra de *A Galopar*, de Alberti y la colocó en la pared de su habitación. Compró el disco de *Paco Ibáñez en el Olympia* de París, aquel acústico del 65, para después leer las obras completas de Miguel Hernández. Mientras tanto, su abuelo se apagaba lentamente. Él le sujetó los clavos para el marco de Alberti, que fabricaron caseramente con un marco viejo de una foto de comunión.

Una noche de junio de 1997 Teresa salió con sus amigas. Había remodelado su vestuario, incorporando ponchos acabados en flecos de colores y pañuelos tipo Arafat para combinar con zapatillas desgastadas, siempre sucias, siempre rotas. Regresó a casa muy tarde. Era el cumpleaños de Andrea, aquella niña pija que fuera con ella al colegio, y la fiesta se prolongó más de la cuenta. Cuando llegó al portal y miró arriba, vio las persianas subidas. Comenzaba a amanecer y el miedo se apoderó de ella. Si tan sólo hubiera llegado media hora antes, su madre no se habría enterado.

Cuando abrió la puerta del piso y vio la puerta del cuarto de su hermano abierta supo que nada iba bien. Recorrió el pasillo en silencio, intentando apartar una tensión invisible que comenzó a asfixiarla en cuanto puso un pie en él. Descubrió la silueta de su padre fumando un puro en la terraza y dejó caer los hombros,

presa de una pena incontenible. Fernando estaba allí, sentado en una silla mirando a la nada. No necesitó preguntarlo para saberlo. Lo sentía allí, un peso triste y frío asentado de pronto como una losa en su interior.

El abuelo había muerto.

En el Titán que Teresa conservaba en su memoria se apagó la última luz y sintió cómo dejaba los toldos a media asta.

Julia siempre fue la niña mimada. Rubia, de cara ovalada y pálida, se convirtió en una especie de pequeña princesa que recibió la atención de todos durante toda su vida. Teresa nunca lo llevó demasiado bien. Adoraba a su familia, de eso no había ninguna duda, pero ciertas cosas deberían tener un límite.

Cuando Salvador murió, Maricarmen se fue a vivir con su novio el divorciado. Benita y Paloma se quedaron solas con una niña pequeña. La primera, viuda y envejecida. La segunda, sorprendida y exasperada. Criar a Julia acabó siendo cosa de todos y tal vez por eso, todos se sintieron siempre responsables. Quizá más mano dura, como el abuelo hubiera dicho, le hubiera hecho más bien que mal cuando todavía estaban a tiempo.

Teresa conoció a Felipe en el tren de los viernes a las nueve, cuando regresaba de Madrid para pasar el fin de semana en su casa. Ella estudiaba arquitectura y solía llevar un cilindro para transportar planos colgado de un hombro, como un karkaj. Al principio sólo se fijó en él por la barba de tres días que parecía raspar el cuello de la gabardina. Le calculó cuatro años más que ella y se sentó a su lado, sólo por curiosidad. Tardó un mes en cruzar una palabra con él pero le bastó para saber que Felipe la había observado en la distancia.

–Hola –le saludó en tono formal.

–Hola –respondió él con una inclinación de cabeza. Teresa cerró los ojos, intentando parecer interesante –Coges mucho este tren.

Teresa abrió los ojos, sorprendida.

–Sí, voy a casa los fines de semana –sonrió, satisfecha de sí misma.

Él era abogado y viajaba a Zaragoza cada fin de semana a ver a su novia. El dato decepcionó a Teresa hasta el punto de que comenzó a coger el tren anterior.

Pero su historia en común fue siempre como los laberintos: caminos sin salida y caminos de regreso. De alguna manera, todo lo que hacía le devolvía a él. Cuando en uno de aquellos viajes acabaron juntos, solos y revueltos en uno de los retretes del tren, Teresa creyó estar viviendo una de las historias más románticas de la humanidad. Pero al poner el pie derecho en el andén de la estación del Portillo apenas media hora después y ver cómo Felipe abrazaba a su novia la enfermera como si nada hubiera sucedido, supo que la historia dolía tanto como para partirla en dos.

Teresa y Felipe fueron y vinieron en ese tren durante un año. Se sentaban cada uno en su asiento y a mitad de viaje acaban encontrándose en algún lugar a medio camino entre un vagón y el otro. Sólo mientras el tren estuviera en marcha Teresa sentía que aquello era suyo. Una noche, sin embargo, la joven salió de fiesta con sus amigas del instituto. Conoció a Carlos, vacilón, simpático y ocurrente y olvidó las manos de Felipe y su sonrisa de anuncio de dentífrico. Dejó de coger aquel tren y empezó a viajar por la mañana, para comer con Carlos y aprovechar más el fin de semana. Cuando dejó a Carlos, cansada de tanta simpatía y tan poca sensatez, tomó el tren de las nueve y encontró

a Felipe sentado junto a la ventana. La barba, raspada y picante, seguía allí. En aquella ocasión se limitó a mirarle, sin acercarse demasiado. Lo vio bajar, intentando que él no la viera a ella, y observó que nadie fue a recogerlo a la estación.

En el viaje de vuelta se sentó a su lado, ocupando un sitio que no era el suyo y aquella noche no la pasó en su casa.

Fue Felipe quien dejó a Teresa dos meses después, cansado de tanta juventud y tan poca responsabilidad. Teresa conoció a Miguel. Y después a Lucas. Y luego llegaron Fran, Héctor y Raúl.

Y un día al salir de la escuela, rozando el verano de cuarto de carrera, encontró a Felipe apoyado en un Opel Negro, reluciente y aerodinámico. Tenía los brazos cruzados, llevaba un traje gris oscuro, con la camisa negra y la corbata azul. La barba estaba completamente afeitada pero mantenía una perilla oscura y un fino bigote. Teresa subió a su coche, ilusionada, para descubrir que ya no existía aquella novia enfermera que lo recogiera en la estación, así que él ya no hacía aquel trayecto.

–Por si hace mucho que no me ves –era la primera alusión a sus encuentros en el tren. Teresa no quiso decirle que en realidad ya no le buscaba. Le hubiera olvidado si no fuera porque se dormía pensando en él, en su aliento a chicle de menta y sus ojos oscuros cargados de dudas. Esta vez fue él quien pasó la noche en casa de ella, rodeados de pruebas de esfuerzo hechas con varillas de aluminio unidas por gomas elásticas, en aquel cuarto lleno de fotografías pegadas en la pared, acuarelas de viajes fugaces por un mundo en ocasiones demasiado pequeño para su gusto. El posavasos del Titán seguía allí, bajo un vaso de tubo que Teresa birló de algún bar alguna noche memorable.

Cuando terminó la carrera y salió del salón de actos de la escuela sintiéndose libre y ligera como un pajarillo, Felipe la esperaba

de nuevo junto a su coche negro. Le abrió la puerta para que subiera y después la cerró él mismo.

Como si quisiera asegurarse de que Teresa no iba a volver a escapar.

Mientras Teresa abría su mundo y ensanchaba horizontes, Fernando comenzaba a salir del cascarón. Sumergido en una familia repleta de mujeres, a excepción de su padre, Fernando no se consideraba ni tímido ni simple. Heredó de Tomás el carácter observador y analítico y lo miraba todo siempre desde varios ángulos, como si pudiera rodear ciertos aspectos de su vida y enfocarlos de otra manera.

Fernando estudió en Valencia capital. Había seguido siempre los pasos de su hermana, de quien aprendió maldades y lecciones a partes iguales, y cuando le llegó el turno de darle una orientación a su vida no lo dudó demasiado. Se instaló en un piso de alquiler con dos compañeros de la universidad y comenzó a despegarse, poco a poco, de sus padres. A Teresa le encantaba ir a visitarle para ir a la playa. Salían juntos de fiesta y ella presumía de hermano pequeño. Fernando medía cinco o seis centímetros más que ella y tenía los ojos claros como su padre. El pelo rizado al igual que su hermana, oscuro como el carbón.

Conoció a Enrique a través de Teresa. Ella acababa de terminar la carrera y Felipe le consiguió una entrevista con un estudio de arquitectos en pleno centro de Madrid. Recién salida de la universidad y con experiencia laboral nula, la joven se sintió internándose en la jaula de las fieras. Los dueños del estudio resultaron ser de la edad de Felipe, unos tíos simpáticos y visionarios que estaban haciéndose camino a base de ferias expositivas y congresos de poca monta. Firmaron un contrato para aquel

verano y al curso siguiente pidieron alumnos en prácticas. Enrique Morlán resultó ser un alumno brillante y tranquilo. Trabajador, callado y eficiente, a Teresa le cayó simpático a los cinco minutos. Sólo se llevaban un año y habían oído hablar uno del otro a través de amigos comunes. Un fin de semana que Fernando pasó con Teresa, en Madrid, se juntaron en el mismo grupo.

La homosexualidad de Fernando nunca fue ni un secreto ni un problema para la relación de ambos hermanos. Teresa adoraba a Fer por encima de todo en el mundo, ni siquiera Felipe hubiera podido separarlos. Según ella, Fernando era de esos tíos que hacen que, cuando te enteras de sus inclinaciones, te des de cabezazos contra la pared. Vio en los ojos de su hermano un brillo especial cuando los presentó en un bar de tapas.

–Quique, ven, que te presento a mi hermano. Fer, éste es Quique, el de las prácticas.

Se dieron la mano con una correcta educación y a lo que Teresa quiso darse cuenta, estaban enfrascados en una interesantísima conversación sin prestarle ningún tipo de atención a ella. Los observó de lejos el resto de la noche, hasta que decidió dejar de vigilar a su hermano y sonsacarle a la mañana siguiente.

–¿Qué te pareció Quique?

–¿El de prácticas? –Fer se encogió de hombros, dudando –Es majo. Un pelín raro, pero es majo.

–Ya –masculló ella con desconfianza –Es guapo.

–¿Tú crees? –respondió su hermano mientras terminaba de cerrar su equipaje –No me fijé mucho, la verdad.

–Pues él no te quitó el ojo de encima –insinuó ella deleitándose con el momento. Fernando ladeó la cabeza, mirándola con soca-

rronería. Hizo un gesto de sentirse descubierto y le dio un pescozón a su hermana mayor.

Fueron varias las veces que Fernando volvió a Madrid a ver a Teresa y siempre acababan llamando a Quique. Por eso Teresa no se sorprendió el día que su hermano le llamó para decirle que, esa vez, no iba a su casa, sino a la de él. Cuando Quique terminó la carrera se marchó a Valencia con Fernando. Ese mismo día, Teresa descubrió que estaba embarazada.

IX. TEMPESTADES

–¿Tú quieres niños? –había preguntado Felipe sin previo aviso. Teresa, pelo corto muy rizado, piel morena y ojos cerrados, completamente desnuda, alzó la cabeza de debajo de la almohada. Estaba tumbada bocabajo en la cama de él, con un brazo rodeándole, sumergida en las sábanas negras. Felipe vivía alquilado en un ático en la zona de Bravo Murillo. No era un palacio, ni lo sería nunca, pero a ella le bastaba.

–Ni de coña –respondió con sinceridad.

Felipe fumaba hierba muy despacio, mirando fijamente al techo. Tenía treinta años y tumbado al lado de ella podía sentir que tan sólo eran veinte. Querían estar así toda la vida, tumbados en una cama en la penumbra sin hacer otra cosa mas que sentirse uno junto a otro. Ella, recién salida de la facultad y con un trabajo precario en un estudio de arquitectura. Él, pleiteando como abogado de oficio en los juzgados del barrio del Pilar. No hubiera sido el sueño de ninguno de los dos, de habérselo planteado, pero tampoco podían pedirle mucho más a la vida.

Fue aquella mañana cuando Teresa se mareó después de comer, en la oficina. El estudio estaba en un séptimo piso cuya terraza interior daba a un patio de luces con un pequeño jardín. Comía allí con varios compañeros porque Felipe tampoco tenía tiempo de comer en casa. Aquel día tuvo que sentarse con las piernas en alto el resto de la tarde y por la noche, cuando se lo contó a Felipe y él sacaba la hierba del cajón de la mesita, le hizo la gran pregunta.

–¿No estarás embarazada?

Teresa no quería niños. Quería hacer miles de cosas antes de ser madre. Su propia madre, a su misma edad, ya estaba esperándola a ella. No, Teresa quería hacer muchas más cosas. Los

niños para más tarde. Como Paloma, por ejemplo. La idea de estar embarazada no se le había pasado por la cabeza a pesar de aquel sentimiento tan extraño que la perseguía a todas horas desde hacía unos días. Faltaba una marca en su calendario menstrual y realmente no había querido pensarlo.

Se levantó de la cama y le arrancó el porro de la boca a su novio. Lo aplastó contra el cenicero, apagándolo.

–Se acabó fumar –ordenó con un dedo levantado. Rebuscó en el armario hasta encontrar unos pantalones y un jersey y se vistió sin dar más explicaciones.

–¿Dónde vas? –Felipe salió detrás de ella, atónito.

–A la farmacia –cerró de un portazo y apoyó la cabeza contra la puerta. Necesitaba pensar y con Felipe ahí no podía hacerlo. Nunca había estado segura de que fuera a ser *él*. Teresa no había creído nunca en el amor. Creyó en él cuando conoció a Felipe, en aquel tren. Pero sólo le duró un mes, hasta descubrir que estaba con otra. Si así de fácil era desenamorarse, entonces, menuda mierda de sentimiento. Pero todos los caminos le habían llevado a Felipe. Jamás sintió con nadie lo que sintió a su lado y se acostumbró a aquella rutina tranquila y pacífica. Sabía, siempre lo supo, que nunca estaría conforme con nada. Que lo más satisfactorio era conseguir algo que realmente se desea, pero que luego la realidad es aburrida y desalentadora.

Teresa no se consideraba una persona triste, pero no quería verse a sí misma haciendo cosas que hacen las personas tristes. Cuando subió de la farmacia y el test de embarazo dio positivo, se dejó caer en la cama, exhausta.

–Oye, he cambiado de idea –Felipe alzó una ceja, sin entenderla –Sí quiero niños.

Hoy no llueve, pero Teresa así lo siente. Está parada frente a la lápida de su abuela Benita sin saber qué decir. Realmente tampoco tiene claro por qué ha ido, pero era necesario. Escucha pasos detrás de ella y se vuelve. Fernando la ha llevado con el coche hasta el cementerio y le ha dicho que iba a quedarse en el vehículo. Pero su hermano es muy listo y sabe que Teresa no siempre necesita exactamente lo que pide, sino lo contrario. Le pasa un brazo por encima de los hombros, rodeándole el cuello, y le besa la coronilla.

–¿Qué hacemos aquí? –pregunta muy bajito.

–No lo sé –responde ella cerrando los ojos. Benita quería conocer a Daniel y no ha podido ser. Iba a ser bisabuela por segunda vez y aunque no era realmente consciente de ello sí lo había comprendido.

Fernando alza la vista y lee la lápida. Hay tres nombres escritos en ella. En dieciséis años han tenido que añadir dos nombres más en aquella placa de mármol. Por eso a él no le gusta subir al cementerio, porque parece que da mala suerte morirse.

–Enhorabuena –dice una voz tras ellos. Ambos hermanos vuelven la cabeza y descubren a Julia parada a pocos metros de ellos. La joven está seria, pero sonrío levemente. Deposita dos besos en las mejillas de su prima y otros dos en las de su primo, sin ningún otro tipo de contacto. La vida no se ha portado bien con Julia pero a ella siempre ha parecido darle igual. Obstinada, cabezota e impulsiva, hizo siempre lo que consideró oportuno y ahora que está completamente sola es probable que desaparezca, aún más, de la vida de su familia.

Julia es huérfana desde los diez años. Desde que aquel autobús impactó con un camión lleno de coches en una curva muy cerra-

da. Teresa siente escalofríos cuando recuerda que el abuelo se apagó lentamente y Paloma ni siquiera tuvo tiempo de parpadear. Desde aquel día, Julia vivía con la abuela. Irene intentó que se quedara con ellos, pues Benita no estaba ya como para cuidar de una niña preadolescente con delirios de grandeza, pero Julia se negó. Irene era una versión mala de su propia madre. Le negaba todas las cosas que ella podía desear y con las que su madre ni siquiera protestaba. Tal vez sólo fuera un segundo helado después de comer o una hora más de televisión pero para la pequeña Julia aquello representaba una esclavitud.

–Pensé que irían todos a verte al hospital y estarías un poco harta –dice con suavidad. Teresa asiente, agradecida. Julia no le cae especialmente mal, lo que pasa es que no la conoce. Pasaron muy poco tiempo juntas y tampoco tenía un carácter muy parecido. Teresa tenía quince años cuando nació Julia y ésta sólo tres cuando la mayor se marchó a estudiar a Madrid. Se respetan, se cuentan cosas triviales y se llaman de vez en cuando.

–No sabía que ibais a venir –continúa en un esfuerzo de romper el silencio. Fernando se encoge de hombros.

–Se nos ocurrió sobre la marcha, yo tengo que volver a trabajar mañana.

Teresa mira fijamente a Julia y ésta rehúye la mirada esquivándose en el flequillo rubio. Entonces, a Teresa se le asienta un dolor continuo y grave en lo profundo del pecho y reconoce que todo es diferente a como se lo hubiera podido imaginar.



Felipe y Teresa compraron un piso cerca de los padres de ella, en Zaragoza. Irene y Tomás recogieron durante varias semanas

panfletos de pisos en venta o alquiler y visitaron varios de ellos para hacer un sondeo por la zona. Nuria nació en Madrid, en La Paz, en junio de 2005 pero a los tres meses sus padres estaban instalados definitivamente de nuevo en Zaragoza. Felipe tenía un conocido con bufete propio que quería ampliar plantilla y Teresa estaba en plena baja maternal, así que no les costó demasiado hacer las maletas y regresar. La familia de Felipe lo tomó de otra manera, pero Teresa nunca tuvo demasiado en cuenta terceras opiniones.

Irene había conseguido una plaza fija como profesora en un instituto de la ciudad, impartiendo Historia y Geografía en la secundaria e Historia del Arte en Bachillerato. Era un instituto pequeño, lleno de chicos de barrio con las miras cada vez más amplias. Tomás, filósofo y ético, daba clases en la facultad y seminarios culturales con una asociación juvenil.

Maricarmen y su novio el divorciado, Ricardo, se casaron por el juzgado en abril de 2004, justo antes de que él fuera abuelo. Ricardo tenía dos hijos varones mayores que Teresita que nunca supusieron ningún problema en la relación de su padre. Inmaculada y Marcos iban por la ciudad dos o tres veces al año. Disipada, independiente y despreocupada, Inma llamaba semanalmente a su madre pero no regresó para quedarse. Siempre había que ir a verla. Había que insistirle en pasar un par de días juntos por Navidad o incluso para las vacaciones del verano. Benita no se deshizo del apartamento en la costa y en julio acudía allí en compañía de Paloma y Julia.

Paloma, con su trabajo de siempre y su vida de siempre, vivía una existencia callada y tranquila. Cuidaba de su madre y de su hija, preparaba la cena para todos los viernes por la noche y salía de cuando en cuando al cine con alguna compañera. Irene no volvió a conocerle pareja alguna y sobre el padre de Julia,

nada se supo nunca. La niña era feliz así. Sí que preguntó, cuando era muy pequeña, porqué ella no tenía un papá. Para entonces, Tomás era lo más parecido que tenía a un padre y eso le bastaba. Pero cuando Julia pretendió ser mayor demasiado pronto y Tomás no actuó como un tío, sino como un padre sobreprotector, la idea dejó de gustarle.

Aquel año, el de 2005, Paloma pudo coger unos días de vacaciones en octubre y se llevó a Benita y Julia a la playa para el puente del Pilar. Tomaron el autobús el sábado, día ocho, para llegar allí antes de comer. Desgraciadamente, hizo un tiempo horrible toda la semana y decidieron regresar antes de que terminara la semana siguiente. La carretera estaba mojada y el tráfico era lento y complicado.

Un camión que transportaba turistas en dirección al sur giró demasiado en una curva y al conductor no le dio tiempo a enderezar el vehículo. El autobús patinó intentando esquivar el choque, que se presumía leve, y acabó impactando de forma lateral, arrastrando todo el costado izquierdo contra el otro vehículo.

La carretera estuvo cortada seis horas, hasta que pudieron retirar por completo todos los restos del accidente. El conductor del autocar murió en el acto, llevándose la cabina la peor parte. El conductor del camión resultó ileso, como gran parte de los pasajeros del lado derecho del autobús.

Paloma falleció en un hospital comarcal a causa de una hemorragia interna producida cuando la carrocería del autobús se plegó sobre ella. Julia no recordó nada jamás, salvo que era incapaz de tomar un autobús. Benita iba sentada al otro lado del pasillo. Salió sana y salva, excepto por la conmoción traumática que la dejó sin palabras durante varias semanas.

El personal de la Guardia Civil que se dispuso a contactar con familiares telefoneó a casa de Irene, el número de contacto que figuraba en la documentación de Benita, para informar de lo sucedido. Inma acudió también, directamente desde Barcelona, al ser el único médico de la familia.

Para cuando las tres hermanas hubieron llegado, Paloma ya había muerto.

Julia estaba sentada en una silla de plástico de la sala de espera de la planta destinada la UCI, tambaleando las piernas de atrás a delante, en silencio. Llevaba una tira amarillenta de desinfectante sobre una ceja y la mirada le reposaba en el vacío, en un punto perdido del estuco de la pared. Irene se agachó frente a ella pero la niña ni siquiera parpadeó.

–Julia –llamó muy bajito –Julia, ¿me oyes?

Ella alzó los ojos, aquellos ojos claros, tan grandes y tan rebeldes y a su tía se le encogió el corazón. Tomás no estaba allí e Irene lo necesitó de pronto. Quería tener cerca su presencia y su olor. Sus ojos desiguales, con aquella mirada tan profunda y tan sincera. Tomó la mano de Julia, temblorosa. Se imaginó a Teresa en la misma situación y tuvo que morderse el labio inferior. Quería gritar.

–Es mamá –dijo la niña antes de que Irene abriese la boca de nuevo –Se ha muerto, ¿verdad?

En ese momento, Irene supo que Julia sería siempre algo excepcional. Que no podría volver a mirarla a la cara sin revivir aquel momento. Tendría siempre en la retina su imagen de niña desvalida y en el oído su voz serena y clara. Cuando se lo contó a Teresa, estando ésta sentada en el sillón de casa y con Nuria dormida como un tronco en el cuarto de al lado, no sintió más

paz. Teresa revivió de nuevo y con total intensidad el momento en el que supo que Salvador había muerto.

Recordó su propósito de no olvidar nada jamás y aquella noche rebuscó en todos sus álbumes fotográficos hasta encontrar una imagen nítida y actual de su tía Paloma. En todas ellas, Paloma lucía su sonrisa quieta de ojos silenciosos, aquel gesto observador y pasivo que parecía decirle que aunque no estuviera, siempre estaría en algún rincón observándolo todo.

Teresa quiso recordarla así, secando vasos tras la barra de su Titán interior, esperando seguramente a que su padre decidiera echar a los últimos clientes para subir a casa y terminar un día más.



Teresa colocó una foto de Paloma en la estantería sobre la tele. Tenía una de Fer y Quique, una de la boda de sus padres y otra de la de sus suegros. Durante un tiempo no se atrevió a hacerlo, pues Julia siempre iba a su casa para ver a Nuria y más de una vez le había oído decir que Nuria estaba allí para equilibrar el universo. Teresa no siempre quiso creerla.

Meses después del entierro de Paloma, Benita habló con Irene sobre la custodia de Julia. La mayor de sus hijas pensaba que lo mejor para la joven era vivir con alguien que pudiera ejercer de padre o de hermana. Benita no lo creía así.

–Julia ha vivido conmigo toda su vida.

–Mamá, tú ya no tienes edad para cuidar de una niña. Julia tiene diez años y dentro de dos querrá salir con chicos y volver a casa de madrugada. No estás en condiciones de preocuparte así por nadie. Deja que se quede en mi casa, estará bien, ya lo verás.

–Tú tienes tus hijos, Irene. Eres abuela y tienes un trabajo. No me digas lo que tengo que hacer con lo que me queda de vida. Cuando tu hermana trabajaba, la que se quedaba con la niña era yo. Y no os necesité a ninguno, ¿verdad? –Irene negó, derrotada –Déjamela a mí, ya verás como no está tan mal.

Al principio, Benita y Julia comían en casa de Irene todos los días. Luego, dejaron de hacerlo pero la chica iba a su casa por la tarde, a revisar los deberes. Después quedó relegado a los fines de semana y un poco más adelante apenas sí se veían. Julia prefería la compañía de Teresa, Felipe y Nuria a la de sus tíos. Incluso cuando venía Fer, Julia llamaba a su primo para que le acompañara a algún sitio.

Con la llegada de Nuria, Teresa comenzó a asentar su mundo y a disipar sus dudas. Había sido madre muy joven, seguía pensando, le quedaban tantas cosas por hacer... Nuria jamás frenó los sueños de su madre. Felipe y ella hacían y deshacían maletas, cogían aviones y trenes y viajaban por Europa con lo justo en el bolsillo. Mandaban postales desde pueblos perdidos en las montañas de Italia y Teresa comenzó a pegar fotografías de su hija en el futuro cuarto de ésta.

–No deberíais hacer ésas cosas con una niña tan pequeña –le reprochaba su madre. Teresa hacía oídos sordos. Inma reía por lo bajo cuando veía a su hermana llevarse las manos a la cabeza cuando Teresa contaba peripecias variadas. A Irene le costó varios años comprenderlo, pero al final lo consiguió. Como en una ocasión le dijo su propia hermana, frente al mar:

–No todo el mundo tiene que hacer las mismas cosas en el mismo orden.

Y así era. Teresa e Inma parecían compartir aquel afán de quemar los cartuchos de la vida de otra manera, siguiendo un orden

aleatorio e impredecible, cuando Irene siempre había mantenido que había que seguir una estructura lógica y coherente.

Cuando Irene y Tomás se hubieron quedado solos, una nueva dimensión había aparecido frente a ellos. La universidad no fue un reto sólo para sus hijos, que se marcharon con intención de pasarlo bien y así lo hicieron, sino que ellos mismos experimentaron de nuevo una sensación de juventud y libertad. Irene podría decir que ahora sabía lo que sintió su padre cuando ella se casó, o cuando nació Teresa. También era consciente de que algunos cauces volvían de nuevo a sus orígenes, como gigantes círculos que volvían a cerrarse. Los problemas comenzaron a ser otros, los gastos económicos también se modificaron y las pequeñas rutinas se transformaron en otras más domésticas, más pequeñas.

Una mañana, Irene salía de la clase de 3^oC cuando vio pasar a Julia en compañía de unas compañeras. El grupo, compuesto por cuatro o cinco chicas, no le era desconocido. Julia tendría quince años y ya apuntaba como mala estudiante y peor alumna. No hacía los deberes, no ponía interés en los exámenes y tampoco estaba muy interesada en caerle bien a los profesores. Era una de esas chicas que asumen en la adolescencia el papel de víctima incomprendida.

Las observó mientras se metían al baño, con la mochila demasiado baja, tapándoles el trasero, todas vestidas con pantalones claros y botas de tacón. Irene siguió su camino con paso decidido y en el rellano de los ascensores, muy cerca de la puerta de los lavabos de chicas, se topó con Adela Marquerie, su amiga de la universidad y actual profesora de literatura. Durante el tiempo que duró la conversación, Irene observó que ninguna de las chicas salía del cuarto de baño. Frunció el ceño, molesta.

–¿Has visto salir a alguien de ahí dentro? –preguntó por fin. Adela siguió su mirada hasta la puerta y negó con la cabeza
–Perdona, voy a ver qué pasa.

Se separó de Adela y entró en el baño. Demasiado conocido era para todo el profesorado que las jóvenes se metían en el cuarto de baño a fumar a escondidas en aquellos recreos en los que hacía un frío de mil demonios en la calle. Una niña de primero intentaba reordenar un montón de cuadernos y un par de chicas de segundo de bachillerato se ajustaban la sombra de ojos frente al espejo. Las tres la miraron de reojo y sólo una saludó. Con paso firme, se dirigió al urinario del fondo y avistó, por las sombras en el suelo, que no había sólo una chica. Y menos usando el inodoro. Llamó a la puerta alto y claro.

–Salid ahora mismo, chicas. Y apagad ese maldito cigarro –no le gustaba tener que hacer eso. No, porque tenía que hacerlo todas las semanas. Cuando no eran las mayores, que se iban al baño a pintarse y hablar de chicos, eran las pequeñas, que aprendían a sujetar un cigarrillo mientras se quemaban los costados de los dedos.

La puerta se abrió y la chica del rímel azulado pestañeó cual mariposa antes de dirigirse a zancadas hasta la puerta.

–Ahí quietas, todas. Ahora mismo vais a dirección y habláis con Paco –señaló hacia fuera con el brazo estirado en posición horizontal. La chica de los ojos pintados puso cara de asco y mascó un chicle con la boca muy abierta, en un gesto innecesario. Le siguió la rubia de las raíces negras y la alta del escote que ocultaba un gran número de granos en la espalda bajo una imponente capa de maquillaje reseco. Julia iba a salir sin mirar a su tía, pero ésta se lo impidió.

–Ven un momento, jovencita –su sobrina la miró con poca simpatía. Al menos, no se peinaba como un maniquí ni iba enseñando toda su anatomía cuando iba al instituto. Paloma nunca había sido así. Julia no tenía de quien aprenderlo –Tú también vas a dirección, ya lo sabes. Y hablaremos en casa.

Julia rodó los ojos dando a entender que le daba absolutamente igual y giró sobre sus talones, dándole la espalda a Irene. Su tía la vio salir del baño y alzó los ojos al cielo, maldiciendo. No recordaba que Teresa hubiera sido tan difícil en su adolescencia. Teresa fue como un torbellino toda su vida. Puro impulso, pura convicción. Le ponía tanto énfasis a todo lo que hacía que nunca supo si alguna vez creyó estar a disgusto. Cambiaba con las modas, con las amigas que iba haciendo, que cada una era de una cuerda diferente, pero siempre mantuvo aquel carácter fuerte y pasional. Julia parecía viajar a la deriva.

–Mamá, la he pillado fumando –repitió Irene al teléfono. Benita no le estaba haciendo caso. La niña esto y la niña lo otro. Y no seas tan dura con la niña, Irene, que la chiquilla ya tiene bastante.

–Todas las niñas fuman hoy en día cuando van a clase. Luego se les pasa, ¿no? Son cosas de la edad.

–No son cosas de la edad, mamá, ¿podías hacerme algo de caso? Es la tercera vez en dos semanas que va a Dirección. Lleva castigada sin patio más de un mes y no hace nada para evitarlo.

–Sois muy exigentes en ese instituto, hija...

–¡¡Mamá!! –Irene blandió el teléfono en un acto propio de sus genes. Casi podía ver a sus hermanas, a su madre y a su hija hacerlo de la misma manera – Tienes que castigarla. Si no te importa cómo le vayan las cosas en el instituto, entonces tenemos un problema.

–Mira, Irene, me parece muy bien que te molestes tanto pero ya vale, ¿no? –Benita adoptó aquel aire soberbio y ofendido que sacaba a su hija de sus casillas –Julia es cosa mía y se acabó. Yo no dije nada cuando malcriabas a tus hijos, te dejé que hicieras lo que quisieras con ellos, ¿no es así? Pues ahora déjame en paz, que sé bastante más que tú en esto.

–¿Qué? ¿Que yo malcriaba a mis hijos? ¿Cómo puedes decirme eso, mamá? –Irene se apartó del auricular con rabia –Eras tú la que les consentía todos los caprichos y yo la que tenía que decirles que no a todo. Te encantaba decir delante de ellos que no debía de ser tan dura.

–Hija, no has aprendido nada. Les prohibías estupideces pero no supiste ser fuerte en las cosas importantes. Como cuando se empeñaron en marcharse, que qué se les habría perdido a ellos fuera de la ciudad. Y dejar que la niña se marchara con el hombre ése, por favor, que le saca tantos años, sin ni siquiera casarse.

–Inma tampoco se casó con Marcos cuando se marchó con él –atacó ácidamente Irene.

–Tu hermana tenía otras preocupaciones en la vida. Además, se casó cuando se quedó embarazada, ¿no? No veo que Teresa tenga intenciones de casarse.

–¡Deja a mi hija en paz, mamá! Es bastante mayorcita como para saber lo que quiere y no es en absoluto desgraciada. Deberías preocuparte más por Julia, que te está tomando el pelo y tú no te enteras de nada.

–¡A mí ni se te ocurra hablarme así! Seré vieja pero sigo siendo tu madre, así que haz el favor de callarte –colgó el teléfono con furia y dejó a Irene con la respiración acelerada y los ojos demasiado abiertos.

Julia suspendió todas las asignaturas de aquel curso y Benita tuvo que pagar a varios profesores particulares para que le dieran clases de refuerzo aquel verano para presentarse en septiembre. Sin embargo, al cumplir los dieciséis, decidió que dejaba de estudiar. Abandonó las clases y se buscó un trabajo en una cafetería. En cuanto tuvo algo de efectivo a su disposición, Benita fue incapaz de pararle los pies. Para cuando la abuela decidió pedirle ayuda a Irene, ya era demasiado tarde.

X. EL TITÁN INTERIOR

Nuria tenía el pelo liso y castaño oscuro, como su padre. La sonrisa muy ancha, los ojos saltones y redondos. Comía como una lima y aún así era sorprendentemente delgada y ágil. Trepaba a los columpios de su barrio como si fuera un auténtico mono y acababa con la ropa manchada de arena y hierba. Adoraba leer cuentos con las páginas muy grandes, de ésos que había que leer sentada en la cama con las piernas cruzadas para mantenerlos abiertos. Prefería los coches y las construcciones a las muñecas, igual que su madre. Pidió una bicicleta para su sexto cumpleaños y daban largos paseos por el Parque Grande los domingos por la mañana.

Julia se echó un novio macarra, con un pendiente en una oreja y una moto que hacía rugir en los semáforos para que la gente lo mirara. Le sacaba tres años y le gustaba exhibir un coche rojo, de segunda mano, que había ido decorando con el tiempo. Lunas tintadas, faldones luminosos, interior metalizado... para alguien como Julia, que se acercaba al sol que más calor daba, resultó ser una persona atrayente y absoluta. Se llamaba David pero le llamaban D y no ayudó lo más mínimo para que Julia sentara la cabeza. Él, que llevaba años parasitando en su casa chupando del bote, estaba encantado con tener una novia facilona y sin más ataduras que una abuela que despuntaba una leve demencia.

Se escaparon juntos de casa y Julia no dejó ni una mísera nota. Benita lo descubrió cuando entró en su cuarto para pasar la escoba. El armario estaba vacío. No había nada en los cajones, salvando un paquete de preservativos vacío y una foto de Paloma. Llamó a Irene, desesperada, y más tarde a la policía. Cuando dos días después seguía sin saberse nada de ella, Irene explotó.

Le echó en cara a su madre su orgullo y su ceguera. No había sabido ver que Julia se le escapaba de las manos, que no podía decirle a todo que sí sólo porque la pobre hubiera perdido a su madre. La tachó de inconsciente, irresponsable, mala madre y peor abuela. Furiosa como estaba, Irene pidió a Felipe que iniciara trámites legales para adoptar ella misma a Julia. Al menos, hasta que tuviera los dieciocho, alguien tendría la sartén por el mango.

Benita sufrió un derrame cerebral aquella noche. Su cabeza explotó de pronto, sola en casa. La encontró Maricarmen, que llamó por la mañana sin obtener respuesta hasta que, presa de la preocupación, fue directamente a la casa. A Irene se le cayó el alma a los pies y se encerró a llorar a solas en su habitación durante horas. Inmaculada la llamó por teléfono avisando de que iba para la ciudad y la siguiente vez que sonó el teléfono, era Julia.

D la había llevado a un local donde se juntaba con sus amigos. Le había dicho que podía dormir allí y se había marchado. Buscando una manta con la que abrigarse, Julia había encontrado varias navajas y una bolsa de pastillas. A lo largo del día siguiente pasaron por allí muchos chavales. Alguna cara le sonaba del barrio, pero otros eran completos desconocidos. La mayoría iba a comprar, otros ofrecían mercancía de otra clase. Al tercer día se marchó y al llegar a casa descubrió que la abuela no estaba. No había comida echa y el suelo estaba sucio y la ropa sin planchar.

Irene se sintió culpable durante mucho tiempo. La bronca que recayó sobre Julia superó con creces cualquier otra que los Valdés hubieran conocido. Julia lloró y lloró durante horas, gritando maldiciones contra su tía y contra el mundo. Se encerró en casa de la abuela y en silencio absoluto, recogió todo ella

misma. Planchó la ropa e hizo la compra. Ordenó su cuarto, enmarcó la foto de su madre y consultó el estado de su cuenta bancaria. La pensión de orfandad no era ninguna maravilla y Benita tampoco tenía una gran pensión, pero podía hacer algo con aquel dinero.

Cuando Benita salió del hospital había perdido por completo la movilidad de la parte derecha de su cuerpo y le costaba formar frases coherentes. Julia la llevó de nuevo a casa y exigió a Irene el permiso de cuidarla y quedarse con ella. Contrató a una enfermera para que la cuidara mientras ella no pudiera y se matriculó en un ciclo de Formación Profesional.

–Creo que te debo una disculpa –admitió Irene una tarde que fue a ver a su madre. Julia estaba sentada en el sillón, leyendo un libro con la música puesta mientras Benita miraba un programa de la tarde en la televisión –Lo estás haciendo muy bien. Si necesitas algo, si quieres salir algún día... yo podría venir a quedarme con ella.

–Estamos bien así, tía, no te preocupes –Irene se sentó a su lado y echó un vistazo a las fotos de Paloma que había sobre el protector del radiador.

–No me porté bien contigo, pero sé que tu madre hubiera querido que fueras feliz haciendo algo que te gustara –le pasó la mano por el cabello con ternura –Siempre voy a tener un hueco para ti en casa, ya lo sabes.

–No tienes que portarte bien ahora sólo porque te sientas culpable. La abuela no estaba bien antes de que yo me fuera –Julia cerró el libro con fuerza, negándose a mirar a su tía –No estaba bien porque se le empezaban a olvidar las cosas y a veces me aprovechaba de ello. Yo tampoco me porté bien con ella.

Tía y sobrina quedaron en silencio de nuevo. Irene recordaba sus tiempos de camarera, limpiando vasos y tirando cañas, cuando quería dejarlo todo y vivir por sí misma. Recordó las ganas que tenía a veces Inma de marcharse para siempre y dejarlo todo atrás y quiso sonreír pensando que también Julia había hecho las cosas al revés.

–Menudo sitio para reunirse –Irene ha llegado al cementerio en el autobús urbano y no esperaba encontrarse allí a sus hijos. Julia también está allí y los tres miran fijamente la lápida de Salvador, Benita y Paloma.

–Ha sido casualidad –se defiende Julia. Fernando asiente. Le da un beso a su madre sin separarse de su hermana.

–¿Dónde está papá?

–Con Nuria, en el parque con la bici. Quique se ha quedado con Felipe y Daniel –Teresa asiente y suspira, cansada. Los dos últimos años han sido muy largos y muy complicados. La repentina muerte de Benita los dejó a todos tan sorprendidos que no supieron reaccionar. Ahora Julia se ha alquilado un apartamento de dos habitaciones y entre Maricarmen, Irene e Inma han vendido el piso de la abuela. Lo han repartido entre cuatro, dado que la parte de Paloma es para Julia, pero no ha sido tarea fácil. Nunca lo es.

Teresa, Felipe, Nuria y el recién llegado Daniel siguen con su vida tranquila pero dinámica. Maricarmen ha vuelto los ojos más a sus hermanas desde que murió su madre y últimamente su marido y ella los invitan mucho a comer a su casa. Han vuelto a la época de juntarse a cenar los viernes por la noche. De perseguir niños por el pasillo de casa, niños que roban croquetas, que

meten la mano en el bote de los pepinillos y niegan haberlo hecho.

En el Titán interior de Teresa se han vuelto a encender las luces. La televisión sigue encendida, solo que ahora es digital y tiene treinta canales y Naranjito ha vuelto a su trono. La cocina es de inducción y las sillas metálicas de tornillos sueltos han sido sustituidas por banquetas de madera ecológica prensada. Sigue habiendo pinchos de tortilla, raciones de ensaladilla rusa y empanadillas de atún. Desde la cocina se oyen los pasos cansados del abuelo, que protesta cuando la gente se harta de comer y no deja propina. En las estanterías metálicas del almacén hay hueco para el carro de Daniel y sobre el barril de cerveza reposa su cuco azulado y supersónico.

Todo vuelve a oler a calamares y boquerones en vinagre y Teresa puede sacarle la anchoa a las aceitunas para comérsela, dejando la aceituna vacía y abandonada. Es Salvador quien se las come, sabedor de que Teresa no puede ni olerlas.

Los cuatro miran fijamente la lápida y finalmente Irene, que se oculta tras unas gafas de sol oscuras que esconden unos ojos enrojecidos y picantes, habla de nuevo:

–Voy a llamar a Inma para quedar este fin de semana. He pensado que podíamos ir al apartamento de la playa. No cabemos todos, pero hay varios hoteles por allí cerca. ¿Qué os parece?

–Creía que no queríais volver allí –dice Fernando, obvio y clarividente. Julia toma aire muy despacio. La abuela y ella se negaron a volver allí pero Maricarmen sí lo ha seguido utilizando. Estuvo alquilado una temporada hasta que la crisis dejó los alquileres por los suelos y nadie podía permitirse pasar tres meses en la playa sin mover un dedo.

–Podemos intentarlo –dice ella misma, mirando fijamente a su tía
–Seguramente habrá muchas cosas que tirar y habrá que limpiarlo todo. Creo que podré pedir un par de días en el trabajo.

Ante la buena disposición de Julia, Teresa también opina.

–A Nuria le vendrá bien cambiar de aires. La playa le gusta mucho. Creo que podré convencer a Felipe –sonríe abiertamente y Fernando tuerce la boca.

–Yo tengo que volver mañana a Valencia pero puedo coger el primer tren del viernes a mediodía. No creo que Quique tenga grandes planes para este fin de semana.

Irene traga saliva y asiente.

–¿Sabéis algo de las primas?

–Sara me llamó ayer. Acaba de romper con su novio y no hizo más que llorar. Seguro que se apunta. Otra cosa es que a Marcos le parezca bien...

Irene disimula una sonrisa malvada e imita la voz de su madre a la perfección.

–Bah, al niño pijo todo le parece mal...

Julia se echa a reír con disimulo, recordando la manía que le tenía Benita a Marcos. Por un momento se siente relajada y aparta de ella ese sentimiento de culpa que la persigue día tras día desde hace dos años. Observa que Irene se ha quitado las gafas y la mira de forma neutra y simple. Julia suspira aliviada, sintiéndose más ligera.

Fernando ha dado dos pasos en dirección a la salida. Un cementerio no es el lugar más indicado para pensar en los vivos.

–Id yendo al coche, ahora voy –dice Irene mientras se separa del grupo. Quiere pasar por la tumba de los Aguados, Martín y

Pedro, antes de marcharse. Seguramente, Martín querrá saber que todo está volviendo a su sitio, aunque sea a las malas.

Teresa también se queda rezagada frente a la tumba del abuelo. Tararea, por lo bajo, el himno del equipo de fútbol de su abuelo y cuando acaba sonrío con sinceridad. Respira profundo, aspirando el aroma a pulpo a la gallega y cardo con almendras y rememora el sabor de los cacahuets salados.

Ve a su abuelo poniendo dos cañas con limón y oye el sonido de la cafetera al estropearse de nuevo. Irene suelta una maldición y Tomás acude a ayudarla sin que ella se lo pida. Inma ha colgado un poster del Che en la cocina, bajo el reloj, y Paloma pela patatas con el ceño fruncido. Maricarmen seca las copas de Águila con un trapo gris de rayas azules y Benita parlotea con la tortilla mientras ésta chisporrotea en la sartén. El Titán está lleno de gente. Huele a nuevos tiempos y nuevas caras. Cuatro hijas, tres yernos, seis nietos y dos bisnietos. No está mal para un barbero que no sabía tirar una caña.

Teresa sube los toldos hasta arriba, dejando que entre el sol e inunde todo el local y sale a la calle a apoyarse en la pared, satisfecha.

SEGUNDA PREMIO

Hola. Me llamo Mario y soy sonámbulo

Por Mariano José Colás Blasco. Zaragoza. 1987.

Hola. Me llamo Mario y soy sonámbulo.

La Real Academia Española de la Lengua me define como “persona que mientras está dormida tiene cierta aptitud para ejecutar algunas funciones correspondientes a la vida de relación exterior, como las de levantarse, andar y hablar”.

Tiene su gracia. A veces me levanto, digo cosas, o grito. Es divertido. Lo malo es que nunca me entero de lo que hago, siempre me lo tienen que contar otras personas. Es lógico: estoy dormido.

Todo empezó cuando era un niño. Mi madre se pegó algún que otro susto cuando vio a su pequeño, de apenas cinco o seis años, quedarse de pie en la puerta del cuarto de estar, con los brazos caídos, mirada perdida, y sin decir nada. Entonces ella, según me contaba, me decía: venga, a la cama. Y yo, sorprendentemente, me iba a la cama. Qué obediente, ¿verdad? Si es que en el fondo los sonámbulos no somos tan malas personas.

Fuimos al médico. “Mire, que mi hijo se levanta por las noches con cara de tonto y habla..., pero no se da cuenta porque parece que está dormido..., y me preocupo, a ver si nos va a salir raro o algo...”, le debía de contar mi madre al médico –yo por aquel entonces no tenía uso de razón–. “Lo siento señora, pero lo de la cara de tonto de su hijo no tiene remedio. Afortunadamente, lo del sonambulismo sí. Se le pasará con la edad, en los niños pequeños es normal ver episodios frecuentes de bla, bla, bla...”, le tranquilizaba el médico.

Muy convincente debió resultar el médico, un hombre muy agradable por cierto, para que hasta más de diez años después no se volviera a hablar del tema en mi casa. Se tomaba como algo normal.

“Pues ayer vaya la que tenías montada en tu habitación: unos gritos, unas risas...”, es un ejemplo de muchas conversaciones de desayuno que tuvimos. Eso cuando les despertaba o se daban cuenta, claro. No nos olvidemos de que yo estaba dormido.

Hasta que un día me empecé a preocupar. Yo ya tenía pelicos allí abajo –en las piernas– y mostachillo en la zona del bigote, y ya, cómo decirlo, ya no me sentía tan niño. “Se le pasará con la edad...” eran unas palabras que retumbaban tanto en mi mente como en la de mi madre. La pobre seguía pegándose unos sustos tremendos cada vez que me ponía a gritar así sin más de madrugada, o cada vez que salía corriendo de la habitación; a eso debe ser que no se acostumbra nadie.

Una vez me acuerdo que me topé con ella en medio del pasillo; ¡casi la tiro! Yo tenía un sueño recurrente, en el que parecía que se me caía el techo de mi habitación encima. Entonces, como alma que lleva el diablo, salía corriendo de la cama hacia el pasillo arrasando con lo que me encontrara en mi frenética carrera. Una vez fue ella. Pobre. Aún nos reímos de aquello. Bueno, ahora ya no; ha pasado demasiado tiempo.

Entonces llegó un punto de inflexión en mi vida: mis primeras vacaciones con mis amigos y sin mis padres. Fue un cambio en mi vida, como lo es también en la de todos los chavales jóvenes. Y en la de los padres: “dónde vas, dónde vas a dormir, dame los teléfonos de los padres de tus amigos, no bebas, no aceptes caramelos de desconocidos, ten cuidado...” Los padres más osados y valientes, apretando los dientes y cerrando los puños para infundirse fuerza, mientras te miran frunciendo el entrecejo y con una voz solemne, como si fueran a anunciar la muerte de un jefe de Estado, y con una gota de sudor corriendo por su frente, se atreven a decir en estos momentos: “Hijo, toma una caja

de preservativos... y úsalos.” Infelices... No saben que la televisión e internet, para entonces, ya nos han proporcionado toda la información que necesitamos sobre esos temas.

Allí me iba yo, con mis amigos, con mi mochila, con mis preservativos, que por cierto me los tuve que comprar yo –maldito rácano mi padre–, a coger el autobús hacia Salou: la “Meca” vacacional de los zaragozanos. Entonces me empezaron a entrar unas dudas: ¿Y si me levanto por la noche? ¿Y si me pongo a gritar como un descosido? Decidí poner en alerta a todos, por si las moscas. Ya se sabe, el que avisa no es traidor. Me tomaron a cachondeo, es normal. Ellos verían... Me quedé más tranquilo, la verdad.

Como era de esperar, pasó. Una semana da para mucho. Y cómo pasó. Ahora veréis.

Un día a mitad de la semana, cuando me levanté para comer, a eso de las dos, noté algo raro en las caras de mis amigos. Lo achaqué a la resaca, que es muy jodida. Pero en cuanto mi compañero de habitación, tirado en el sofá, abrió la boca, lo entendí todo.

“Oye cabrón, la última vez que duermo contigo –dormíamos los dos en una cama doble–, vaya susto me has pegado esta noche. De repente, vas y te levantas corriendo, empiezas a gritar y a dar voces por la habitación. Yo, cagado. Al principio me quedo quieto en la cama, pero cuando te paras y te quedas de pie mirándome con cara de loco, yo, sin saber qué hacer, preferí venirme corriendo al sofá. Cabronazo...”

Nos reímos un montón mientras lo contaba. Al fin y al cabo, era algo gracioso.

Ahí quedó la anécdota de las primeras vacaciones, pero como joven inquieto que era, todavía me faltaban por vivir muchas más. No me iba a quedar en casa por miedo a mí mismo.

Durante meses seguí con mis breves episodios: me levantaba, hablaba, gritaba... Pero nunca pasaba de ahí. Entonces me apunté a un intercambio con el instituto. Me daba miedo decir nada, porque eran capaces de denegarme la plaza. Por tanto, me callé.

El intercambio era con Dinamarca. Primero vinieron ellos aquí, y después fuimos nosotros allí.

En Dinamarca, me alojaron en la casa de mi compañero de intercambio, en la habitación de su hermana. Lástima que su hermana estuviera trabajando en Copenhague...

He de decir que mientras estuvieron ellos aquí no hubo ningún hecho relevante. "Sonámbulamente" hablando, claro.

Yo, como os podéis imaginar, estaba cagado: ¿Y si la lío aquí, a miles de kilómetros de mi casa, con gente que no conozco, y que para colmo apenas me entiendo con ellos? Me acuerdo que pensaba que llamarían a la policía si hacía algo. Ya me veía en una cárcel danesa y desnudándome para el Interviú para pagar el abogado.

Al final de la semana me quedé con la duda de si había tenido algún episodio o no. Era gente reservada. Majos, pero reservados. No me dijeron nada. Pero aunque hubiera pasado algo creo que tampoco me lo hubieran dicho.

Los días pasaron, los meses también, y llegó inexorablemente el verano siguiente. Había que preparar la semanita en la playa, por tanto empezamos a mirar alojamientos, transporte, etc. Acordamos dormir en casa de unas amigas que tenían un apar-

tamento en un pueblo al lado de Salou. Coste, por tanto, igual a cero. La cosa prometía.

Yo ya me había olvidado de mi “hándicap” cuando una mañana me desperté al lado de una mujer, un hecho totalmente corriente y ordinario que presentaba una constante en mi desordenada, loca y azarosa vida, pero que en aquel momento me desconcertó. Levanté las sábanas y constaté que estábamos vestidos. Yo con mis calzoncillos y ella con su pijama.

Me resultó raro porque yo aquella noche me había ido solo a la cama. Y de repente ahora aparecía con un bello ejemplar hembra de “homo sapiens” junto a mi quemado cuerpo por el sol. ¿Qué es lo que había ocurrido exactamente? Había que ponerse a investigar.

Después de mis incisivas inquisiciones –un par de charlas mientras se hacían los macarrones– llegué a la resolución del misterio. Resulta que cuando me fui a la cama, todavía se quedaron en el salón un par de chicas y un colega hablando de las cosas que se hablan cuando se vuelve de marcha medio borracho: “pues fíjate qué pedo llevo, vamos a hacernos un porro para dormir mejor, no sé cuántos tíos pesados nos hemos tenido que quitar de encima esta noche –y lo que nos gusta–”, etcétera, etcétera.

En esas estaban, cuando aparecí yo por la puerta del dormitorio, que daba al salón, y me quedé mirando al trío, con la mirada perdida, el hombro apoyado contra la jamba derecha de la puerta, y en calzoncillos. Todavía no habían salido de su expectación –acerca de qué es lo que quería ese apuesto joven resultón y semidesnudo– cuando de mi seca boca salió la siguiente construcción:

–Bueno, pero esto qué es. Tú con dos y yo con ninguna...

Entonces, según la versión oficial, me di la vuelta y volví sobre mis pasos a la habitación. Una chica, atendiendo a mi denuncia-petición, se vino a mi dormitorio. Según cuenta, para cuando llegó, yo ya estaba dormido y roncando. De todas formas veo que le dio igual. Se quitó la ropa, se puso su pijamita rosa y se metió en la cama. Así da gusto. Me imagino que se animaría por la mezcla entre el “a ver si me cae algo” y el alcohol, porque si no de otro forma no se entiende su predisposición. Es una pena que por esas fechas todavía no pudiera mantener relaciones sexuales dormido. Hubiera estado bien. A veces pienso que todo fue un montaje, que se lo inventó todo, que la chica se metió en mi cama por: a) le iba la marcha y quería un “affaire” conmigo –cosa totalmente normal, la entiendo perfectamente–, o b) no tenía dónde dormir, y dijo “pues me meto con el borrachín éste, que con la mierda que lleva dudo que pueda abusar de mí”.

Pero no, es algo improbable, es demasiada maquinación: inventarse la historia, que sea creíble, sobornar a los testigos para que corroboren tu versión... Tengo que aceptarlo, lo hice. Me levanté y hablé. Y esto no fue nada...

Volvió a pasar el tiempo, llegué a la mayoría de edad, y con ella la universidad, el primer trabajo remunerado serio, el primer acceso a un local de alterne –para acto seguido volver a salir– y otras muchas más cosas que iban ocurriendo en mi anodina vida de joven caucásico medio de clase social media-baja, que ahora no vienen a cuento. A pesar de todos estos cambios, siguió junto a mí mi “característica”, mi “enfermedad”, por llamarlo de alguna manera.

Aunque cada vez tenía menos episodios. Incluso hubo una temporada que creí haberme “curado”.

Pero no, siempre volvían a mis sueños, cual perro abandonado en una comarca a su hogar, las risas, los gritos, las ininteligibles conversaciones, los paseos nocturnos y los sobresaltos en la cama.

Nunca me planteé poner remedio a este asunto, porque sinceramente creía que no lo había, que era algo normal, y que tenía que aprender a convivir con ello. Tuvo que llegar el miedo a la autolesión y el temor a hacer daño a las personas que más quería para que decidiera terminar con esto.

El punto de inflexión llegó el caluroso verano en el que cumplí veintiún años. Mis amigos y yo preparamos un pedazo de viaje, todo un gran proyecto vacacional, al lado del cual Salbu se quedaba en la tercera división de los destinos veraniegos. El plan consistía en alquilar una furgoneta y recorrer Europa en doce días. Estábamos muy ilusionados, pero intentar que alguien te dejara un vehículo era complicado:

–Hola buenas, queríamos alquilar una furgoneta.

–¿Qué edad tenéis?

–Veinte... Bueno, ese tiene veintiuno...

–No llegáis a la edad... pero bueno, depende de lo que sea podemos hacer algo. ¿Cuántos kilómetros vais a hacer más o menos?

–Cinco mil... es que nos vamos por Europa.

En ese preciso instante la conversación solía terminar.

Al final, después de mucho mirar, preguntar y rompernos la cabeza, conseguimos que una empresa nos cediera en alquiler una furgoneta medianamente decente. Luego nos pusimos a hacer una especie de planificación diaria: qué ciudades visitaríamos, dónde dormiríamos, qué comeríamos, etc. Preparamos el

viaje lo suficientemente flexible como para disfrutar de la aventura de lo desconocido, y lo suficientemente planificado para no vernos durmiendo ningún día debajo de un puente o en un cajero. Pero no perdamos más tiempo en detalles sin importancia. Vayamos al grano.

La primera noche de viaje ya tuve marcha. Y qué marcha. Y no me refiero precisamente a ninguna fiesta. Os explico.

El primer día, antes de partir hacia nuestro primer destino europeo que era Niza, hicimos noche en Miami, Tarragona, donde un amigo tenía –y tiene, creo– un apartamento. Así cogeríamos fuerza para el viaje, que iba a ser duro, y de paso veíamos tranquilamente la final de la Eurocopa y nos emborrachábamos un poco. Pero sólo un poco.

En síntesis, España ganó, nos bebimos unas botellas de whisky para celebrar la victoria –supongo que aunque hubiera perdido nos las hubiéramos trincado igual– nos fuimos a Salou a seguir la marcha y a recordar viejos tiempos, y a eso de las seis de la mañana volvimos a casa, para almorzar y meternos en la piltra. Y ahí es donde empieza mi historia.

–...Abriendo puertas. Dijo una metálica voz. Abrí los ojos, tomé conciencia, y empecé a mirar hacia todos los lados. ¿Dónde coño estaba? Durante veinte segundos no supe por qué estaba allí, ni cómo había llegado, ni, por supuesto, dónde estaba. Ni mucho menos el camino para volver a la cama. Por fin comprendí y llegué a deducir, con mis aturridos sentidos, que estaba en un habitáculo pequeño, rodeado de paredes de un color metálico y frío. Había un espejo enfrente de mí en una de las paredes, y en otra había unos pequeños pulsadores. A veces, una puerta, como por arte de magia, se abría por la mitad durante unos segundos, y dejaba ver una zona oscura, un mundo extraño, tal vez paralelo, quizá otra dimensión... Vale, estaba en un puto

ascensor. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me miré en el espejo: iba en calzoncillos. Había que ver el lado positivo: por lo menos no estaba en pelotas, podía haber sido peor.

Salí de aquel ascensor, y me dispuse a volver al apartamento de mi amigo. No fue tarea fácil; ya no me acordaba de si vivía en el tercero, en el cuarto o en el quinto. Mientras recurría a mi memoria fotográfica para no acabar en casa de otro y denunciado por escándalo público –con este cuerpo que Dios me ha dado, una denuncia lógica y comprensible–, me puse a pensar que mi sonambulismo había traspasado una delgada pero importante línea. Nunca antes había salido de una casa. Nunca antes había podido abrir una puerta y moverme por el exterior de una casa; y menos en un lugar ajeno y extraño.

Después de más de diez minutos deambulando por el edificio, encontré el apartamento. Estaba la puerta entreabierta: ¡dormido soy más previsor que despierto! Me había marchado a no se dónde, pero había tenido la ocurrencia de no cerrar la puerta para luego poder volver a entrar sin despertar a nadie. Espabilado era un rato. Y eso me daba miedo.

El resto del viaje lo pasé tranquilo. Cuando faltaban dos días para volver a Zaragoza, hicimos noche en Burdeos, Francia. Esa noche tuvo su episodio. Éste, más peligroso si cabe que el anterior, ya no tanto para mí, sino para quien dormía a mi lado.

No, no era una mujer. Era mi gran amigo Victor, el mismo del que os he hablado antes, el que me soportó en Salou. Pobre chaval, normal que por aquel entonces no quisiera ni acercarse a mí entre las 12 de la noche y la hora de comer del día siguiente. Eso entonces. Ahora directamente ni me habla.

Dormíamos en habitaciones dobles, en las que había dos camas individuales juntas. Como ya he dicho antes, estaba con Victor a

mi derecha. Yo estaba soñando con algo raro, no recuerdo qué era. Lo que sé seguro es que era, mínimo, una pesadilla. De repente, me sentí atacado en sueños por alguien. Empecé a defenderme y a agitarme, y cuando estaba a punto de descargar un puñetazo, abrí rápidamente los ojos y me frené en seco. Todavía tenía el puño en alto; estaba temblando, apuntando directamente a la cara de mi amigo, cuya cabeza reposaba plácidamente sobre la almohada, ajena a todo lo que estaba sucediendo, y ajena también al tremendo golpe que habría tenido que encajar. No sé que hubiera pasado si en vez de recuperar la conciencia en ese preciso instante hubiera seguido soñando. Seguramente hubiéramos pasado los dos días de vacaciones que nos quedaban en algún hospital. Al día siguiente estimé oportuno no contarle nada de lo que estuvo a punto de ocurrir aquella noche. Pudo haber sido muy grave.

Llegué a Zaragoza, y tuve tiempo de reflexionar. ¿Dónde acabaría todo esto? ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar este trastorno del sueño? Cuanto más tiempo pasaba y más mayor me iba haciendo, tenía la sensación de que mis episodios se iban volviendo, si no más frecuentes, sí mucho más violentos y peligrosos. Este viaje me había abierto los ojos: ya era capaz de salir de una casa y de pegar a alguien. Antes de comprobar empíricamente mis límites, decidí buscar remedio.

–Pues mire... Que me levanto de noche... Hablo... Grito... Bueno, ya sabrá que soy sonámbulo...

–Sí, algo sale en tu historial de pediatría– mi pediatra tuvo la amabilidad de tomar nota de ello, en vistas a un futuro, a pesar de que no le dio mayor importancia. Hombre previsor.

Le conté todo, incluido lo del ascensor y lo del cuasi-puñetazo, y la última:

–El otro día salté por la ventana de mi habitación.

Mi habitación no tiene ventana directa a la calle, sino que hay una ventana más o menos grande, por la que cabe una persona –incluso dormida–, que comunica con otra habitación. Tuve mi recurrente sueño de que se me caía el techo encima y salí disparado. Tiré una silla, golpeé la lámpara, en la carrera tropecé con una mesa... Parecía que, en vez de una persona, allí hubiera dormido un chimpancé.

Era inevitable reírse cuando le estaba contando esto al médico. Además, había una chica de prácticas, y se quedó alucinando. Bien mirado, el asunto tenía su gracia.

No se lo pensó el doctor dos veces y llamó a una especie de “once ocho ochenta y ocho” para médicos:

–Oye, tengo la pregunta difícil del día... –esto que es, ¿un concurso?– ...¿A dónde mando a un chico con trastornos del sueño?– todo esto con la naturalidad de quién pregunta por el restaurante más cercano o por la tintorería más económica –...sí, un sonámbulo... ¿dónde?... vale, gracias. ¿Qué tal tu mujer?... Me alegro, a ver si quedamos un día de éstos... sí... ¡claro que me acuerdo, hombre!– continúen, no se preocupen por mí, descuiden; yo si no estoy dormido no soy peligroso. Acuérdate de preguntarle por los niños, que queda muy bien en estas situaciones –...vale pues, quedamos en eso. ¡Hala! ¡Hasta luego!– y colgó con una sonrisa en la boca.

Me enviaron a la unidad del sueño del Hospital Miguel Servet de Zaragoza, no sin unos meses de espera mediante. No es que la seguridad social estuviera mal –que sí que lo estaba, y lo sigue estando–, sino que era un departamento joven, con poco personal y medios, y con unos pacientes un tanto especiales: gente que se ahogaba mientras dormía, insomnes, trastornados del

sueño, y demás enfermos que requerían unos tratamientos y estudios algo más lentos y costosos de lo habitual.

Tuve la suerte de que me atendiera un doctora de cuyo nombre no quiero –ni puedo– acordarme, simpática, y con experiencia en estas lides. La primera consulta fue divertida. Me pregunto acerca de mi vida, mis aficiones, mi estilo de vida; vamos, que nos pegamos un rato hablando. Después de unos veinte minutos, me dijo lo que haríamos: llevaría un registro de mis horas de sueño a lo largo de un mes, y pasaría una noche en el hospital para que me pudieran hacer una prueba mientras durmiera: “la prueba del sueño”.

A las dos semanas fui al Servet a dormir. Un pijama, un bocado por si el hambre apretaba, agua, el pelo limpio –para los cachibaches que me iban a poner en la cabeza–, y un libro para coger el sueño. Eran las once de la noche, siendo que yo me solía ir a la cama a eso de las dos. La noche iba a ser larga.

Cuando acabaron de prepararme me miré de reojo en un espejo: parecía Yuri Gagarín antes de irme al espacio. Llevaba de todo. ¿Pretendían que la gente pudiera dormir tranquila así? Un gorro de nadador en la cabeza del que salían multitud de cables, más cables pegados a mis sienes y a las comisuras de mis labios, un pequeño aparatito que registraba mis respiraciones y que me hacía muchas cosquillas en los labios, una pinza en el dedo índice para las pulsaciones, una cinta a la altura del corazón, una cámara de vídeo grabando en el techo... ¿me iban a hacer la prueba del sueño o una operación a corazón abierto?

Con todo ese percal no pude pegar ojo hasta más de las tres. Hasta me dio tiempo de zamparme mi bocadillo y de mear en una garrafa, ya que no podía moverme de allí; no me olvidé de saludar a la cámara cuando terminé el espectáculo. Cuando me despertaron a las siete, y me fueron quitando todos los “gad-

gets”, me dijeron que no me había movido en toda la noche. Bueno, mejor dicho, en las cuatro horas de sueño registradas. También me dijeron que era algo frecuente. Normal, ¿qué esperaban con todo ese aparejo?

No me volvieron a repetir la prueba, y para colmo ni durante ese mes ni durante el siguiente tuve ningún episodio relevante. La doctora no me dio el alta para así poder estar en contacto directo con ella por si me volvía a ocurrir algo, pero sí que dejó de pasarme consulta. Algo previsible: cuando iba no tenía nada que contarle.

Estuve otra temporada muy tranquilo. Ya sólo de me despertaba a veces, con mi sueño recurrente de que se me caía el techo; pero nada más. Hasta el año siguiente, cuando me fui de Erasmus a Francia. Entonces, lejos de mi ciudad natal y de mi gente, fue como si el animal que llevaba dentro, que despertaba algunas noches, recobrara toda su fuerza. Y su crueldad...

Lille, Francia. Una ciudad universitaria, pequeñita, muy al norte, casi junto a la frontera con Bélgica. Ese fue el destino elegido para completar un año de mi carrera en el extranjero.

La ciudad me encantó desde el primer día: era verde, limpia, y con mucha gente joven. Se respiraba juventud, se respiraba vida, daba gusto vivir allí. Pero hacía mucho frío... algo malo tenía que tener. Me dio mucha lástima cuando, prematuramente, tuve que volver a los dos meses a Zaragoza por culpa de mis aventuras nocturnas.

Al mes de estar allí, cuando ya me había hecho con el idioma, fui invitado a una fiesta universitaria organizada por estudiantes erasmus de la facultad. Se hizo en una casa enorme, con un montón de habitaciones, cuya propiedad pertenecía, creo, a un muchacho de por allí. Según me pude enterar, su padre era

directivo de una gran empresa y trabajaba en París de lunes a sábado, por lo que el chaval se pagaba la vidorra padre. Sin su madre, que se separó, se llevó sus buenas perras del marido, y se piró a no se sabe dónde, y con dos criadas que le hacían todo –y de todo– la única preocupación del malcriado post-adolescente era cuánta coca tenía que pillar para el fin de semana. Pero vayamos ya a los hechos.

Llegué con mi amigo español a eso de las diez. Para resumir, que si no se hace muy largo, cenamos unas pizzas con unas veinte personas más, nos pusimos hasta los ojos de alcohol –yo no mucho, que me dolía la tripa del ciego del día anterior–, y en el salón los que quisieron se pusieron a bailar bajo los cientos de vatios de un equipo de música de última generación, y los que no, se apalancaron en el sofá mientras charlaban, reían, y bebían.

A ella ya la conocía de antes. Era una chica alta, rubia y con unos ojos verdes preciosos. La había visto por los pasillos de la facultad. Era francesa, y se llamaba Marie. Me encantaba ese nombre, y como se pronunciaba: “maggi...” Me hacía mucha gracia. Cuando la vi bailando como una loca en el centro del salón, moviéndose como si estuviera poseída, y regando con su cubata todo lo que se situara a menos de un metro de radio, supe que esa noche no se me iba a escapar. También, no sé por qué, me vino a la cabeza que las drogas eran muy malas. Menos mal que yo era un tipo sano.

–¡Maggi...!

Ni caso me hizo la tía. Me dio igual. Me puse a bailar con ella, y al rato, cuando estuvimos exhaustos y empapados, no de sudor precisamente sino de vodka-naranja, nos sentamos en un sofá muy pequeñito, los dos solos. Ella encima de mí. No os voy a contar como fue la cosa, ni qué es lo que acabamos haciendo

en una habitación de las miles que había desperdigadas por la casa; soy un caballero, por favor. Esas cosas no se cuentan. Imagináoslo.

Una vez hubimos acabado, estábamos tan reventados que nos quedamos allí durmiendo, en aquel dormitorio perdido. Y como os podéis imaginar, en cuanto cerré los ojos, siguió la fiesta. Y volví a cruzar otra línea que creí que nunca traspasaría.

Me enteré a la mañana siguiente, cuando desperté, a eso del mediodía. Ella estaba junto a mí, y como por las mañanas, por una extraña razón, me suelo levantar con una preocupante y notoria concentración de sangre en algunas zonas determinadas del cuerpo –quizá debiera ir al médico–, tuve ganas de repetir lo de hacía unas horas. Marie entreabrió los ojos cuando empecé a acariciarla por el abdomen y los muslos, y me dijo esbozando una pícaro media sonrisa:

–Qué pasa, ¿que ayer no tuviste bastante?...

¿Ayer? ¡Si habíamos echado uno y de los malos, hablando mal! Entre mi cansancio y su borrachera la cosa no había dado para más. Pero no pasaba nada, no todos los días uno está igual de inspirado. Sabiendo que la tenía disponible, surgirían otras oportunidades.

–Cuando creí que te habías dormido, y yo estaba a punto de sucumbir también, te despertaste de repente, con los ojos abiertos como platos. Me miraste con cara de asesino, y te tiraste encima de mí... en la vida había conocido a nadie tan fogoso. ¡Eres incansable!

Según me siguió contando, igual nos pegamos tres horas ahí.... ¡Tres horas! Se lo había pasado genial, quería repetir en cuanto pudiera, y bla, bla, bla, no sé que más me contó. Yo desconec-

té y me abstraí, para poder comprender mejor lo que acababa de ocurrir: había tenido sexo estando sonámbulo. Increíble.

Durante los siguientes días arrastré una extraña mezcla de sensaciones. Por un lado, estaba no orgulloso, pero sí satisfecho con lo que había sido capaz de hacer dormido; me divertía y me sorprendía a la vez. Pero por el otro, un miedo atroz me corría por lo más profundo de mis entrañas. Mi trastorno del sueño iba a más. Cada vez era capaz de hacer más cosas, y más peligrosas. Y no sabía hasta dónde podía llegar, ni cuándo iba a ser la próxima vez. ¿Os gusta el fútbol americano? A mí sí. Me sentía como un jugador de estos, que a la carrera va superando línea tras línea y yarda tras yarda todos los obstáculos, y que va a más, hasta el final, con una sola idea en mente: el “touchdown”. Mi otro yo, ese tipo que me cogía las riendas de noche, mientras dormía, era un completo desconocido para mí. Como desconocida era para mí también la pasta de la que estaba hecho, o qué es lo que quería. O a dónde me iba a arrastrar.

En los estudios iba bien. Repasaba las asignaturas todos los días, y mejoraba mi francés –el idioma–, día tras día. Estaba alojado en una residencia de estudiantes muy cerca de la facultad donde estudiaba. Era grande, tenía capacidad para unos quinientos alumnos, y disponía de todas las facilidades: sala de estudio, amplio salón-comedor, conexión a internet en todas las habitaciones, buena comida a muy buen precio, servicio de lavandería... Era lo que todo estudiante podía desear. Lo único malo es que dormíamos en parejas. ¿Por qué es algo malo? Malo no para mí, sino para mi compañero, como él mismo pudo comprobar...

Una mañana, cuando desperté y fui al baño, como todos los días, me quedé aterrorizado cuando me vi frente al espejo: tenía restos de sangre por el pecho, en la cara, y en los brazos. Traté

de buscar la herida por todos los rincones de mi cuerpo, pero fue en vano. No tenía nada. Estaba intacto.

Fui a hablar con mi compañero, pero no estaba en la cama. Empecé a temerme lo peor. Me intenté relajar, me di una ducha, y cuando me disponía a bajar a desayunar, alguien llamó a la puerta. Con el corazón en un puño, la abrí lentamente. En mi cabeza seguía dando vueltas la misma idea, una y otra vez, una y otra vez... El fantasma nocturno volvía a mí. Y yo no podía hacer nada para escapar de él.

En la puerta, enfrente de mí, se encontraba un señor erguido, enjuto, canoso, y con cara de circunstancias. Su cara me sonaba: era el director de la residencia.

–Por favor, venga a mi despacho– me dijo en un tono muy serio y mirando al suelo. Acto seguido se dio la vuelta y se marchó.

Respiré hondo tres veces, y le seguí por los pasillos a lo lejos hasta que llegamos a su despacho. Tenía un nudo en el estómago, un bulto en la garganta que no me dejaba tragar saliva, un sudor frío que me recorría la frente y caía por mi mejilla. No sé por qué, pero intuía lo que había pasado aquella noche. Y las consecuencias me atemorizaban.

–Señor Rey, quiero que me explique qué es lo que ha pasado esta noche en su habitación– su rostro era una mezcla de compunción y asco, de pena y odio. Su expresión era poco menos que indescriptible.

–...No lo sé, señor– contesté. Lo peor de todo es que era verdad.

Dio un fuerte golpe en la mesa, se levantó, y gritó encolerizado:

–¿Que no lo sabe?... ¡Cómo puede tener usted esa poca vergüenza! ¡Es usted despreciable! Su compañero de habitación está en el hospital, con dos costillas rotas, la nariz destrozada, el

brazo roto, y un traumatismo craneoencefálico provocado por los repetidos golpes... ¡Mírese las manos, animal!...– lo hice. Los nudillos estaban inflamados y morados; los brazos estaban llenos de moratones. Con los restos de sangre y los nervios que llevaba encima no había reparado en ello en la ducha. El director continuó:

–Pero no ha conseguido romperle la boca ni silenciarle. En el hospital claramente le ha señalado a usted como culpable de los hechos, los médicos han llamado a la policía, y ahora mismo le estarán poniendo la denuncia pertinente.

Parecía una película. Estaba totalmente paralizado, me entraron ganas de llorar, se me cayó el mundo encima. Era lo que me faltaba por hacer. Había conseguido el “touchdown”...

–Qué fue, ¿asunto de drogas?, ¿mujeres?... No sé ni cómo pudo salir al pasillo arrastrándose con esas lesiones. Menos mal que unos chicos de la habitación de al lado oyeron el ruido, salieron, y cuando vieron al chico llamaron rápidamente a la ambulancia. ¡Y usted va y se vuelve a dormir, con toda la desfachatez del mundo! En veinte años que llevo aquí nunca había visto algo parecido. Hoy mismo, a última hora de la mañana, nos reuniremos con el consejo regulador y tomaremos las medidas oportunas que...

En ese preciso instante me perdí de la conversación. Tenía la cara roja, como un tomate, y me temblaban las manos. No sé si por lo hematomas o por el ataque de ansiedad que estaba sufriendo. Me levanté y me fui a la habitación corriendo. Rebusqué entre mi maleta, y allí lo encontré: el teléfono de la doctora del Servet. No me lo pensé dos veces, ni siquiera tuve dudas de a quién tenía que llamar. Cogí el móvil y marqué.

Se lo conté todo. Incluido lo de la chica y el polvo dormido. A lo que me quise dar cuenta, ya estaba en Bruselas, a punto de coger el avión Ryanair que me llevaría de vuelta a Zaragoza. A pesar de la denuncia, no había tenido ningún problema al coger el avión ni al pasar los controles. Quizá había sido un farol... o quizá una denuncia no es suficiente como para retenerte en ningún lado.

Durante el trayecto tuve tiempo para pensar. ¿Por qué lo había hecho? Y, ¿por qué a él? Es cierto que no me llevaba bien con él, era por todos sabido en la residencia. Era un chico italiano, muy chulo y muy guaperas, y la convivencia con él era insopor-table. Más de una vez estuvimos a punto de llegar a las manos, si no hubiera sido por la mediación de otros compañeros. A pesar de todo eso, el cambio de habitación no nos lo concedieron. Francia y su maldita burocracia. Yo no lo veía tan complicado, pero el responsable del centro parece ser que sí. La última semana nuestra relación había acabado siendo totalmente pasiva el uno con el otro: no nos saludábamos, ni nos mirábamos, ni nos decíamos nada. Como apenas estábamos en la habitación, no coincidíamos más que a la hora de dormir. Y mi otro yo aprovechó esa ocasión para descargar toda su furia –mi furia–, contra él.

Nada más llegar a Zaragoza, pasé por casa, dejé las maletas, y fui directo al hospital Miguel Servet. Había quedado con la doctora para hacerme una consulta extraordinaria. Hablamos, me hizo una especie de prueba psicotécnica, como un test, y quedamos en que al día siguiente iría a dormir al hospital a repetir la prueba de sueño; ese día no había personal suficiente en la planta.

Me marché a casa, cené, y me puse a ver la tele. Hablé algo con mis padres, pero no tenía el cuerpo para chácharas. No les

conté nada, sólo les hubiera preocupado inútilmente. Les dije que había vuelto porque era puente en Francia.

Me empezó a entrar sueño, pero no quería irme a dormir; tenía miedo. Miedo de mí mismo. Me tomé tres cafés y me puse a jugar a la videoconsola; así mataría el tiempo en mi vigilia voluntaria. Se me pasó la noche muy rápido, pero todavía quedaba un día entero que perder antes de la prueba; por tanto, seguí jugando a la videoconsola. A lo que llegó el mediodía me dolía tanto la cabeza y los ojos que no sabía si era peor el remedio que la enfermedad. Por la tarde, decidí quedar con los amigos para despejarme y echarme unas risas. Las necesitaba.

A ellos sí que les conté todo: lo del sexo, lo de la paliza, y unos cuantos episodios más que había tenido durante esos meses. No sé si fue por la forma que tenía de contarlos, o porque la situación, mirada desde otro punto de vista, era divertida; pero nos pegamos toda la tarde riendo a carcajadas. Yo me lo pasé muy bien. A mi maltrecha conciencia le vino de perlas el relativizar la situación; quizá yo le había dado excesiva importancia los últimos dos días...

Llegó la hora de cenar, me fui a casa, me cambié, y me dirigí al hospital para realizar la prueba. Esperaba que esa noche fuera mejor que la anterior y pudieran registrarme algo, algún movimiento, o alguna conversación, para así poder diseñar un tratamiento que me ayudara a superar mi parasomnia, que así era como se llamaba en realidad.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, en el hospital, me sorprendieron muchas cosas. La primera era la luz que entraba por la ventana. Demasiada. Parecía que eran las once de la mañana en vez de las siete, que era a la hora que acababa la prueba. La segunda cosa que me sorprendió fue que estaba tirado largo en el suelo, en vez de tumbado cómodamente sobre

la cama. Pero... ¿y la cama? Esa fue la tercera sorpresa: estaba movida de su sitio, contra la pared, arrastrada, como si la hubieran movido. Eso sí, a juzgar por el estado de las sábanas, el colchón, y la almohada, es como si todo eso lo hubiera realizado un huracán en vez de una persona.

Con mi inquieta mirada seguí pasando revista a mi alrededor. Aquello era aterrador. Los cables arrancados por el suelo, restos de instrumental también tirados, un espejo roto, cristal por todos los lados, una silla destrozada en una esquina... La cámara de vídeo, intacta, seguía grabando, en lo alto, junto al techo de la habitación. Por un momento, no me preguntéis por qué, pensé que en poco tiempo me haría famoso en Youtube... En ese instante se abrió la puerta. El ruido que hizo y lo que tardó en abrirse, me permitieron deducir que estaba cerrada con llave. Entró la doctora, seguida por dos enfermeras, una de ellas con lesiones visibles; las tres con cara de pocos amigos. Detrás de ellas, personal de seguridad del hospital. Ya os podéis imaginar lo que pasó aquella noche, no es ninguna sorpresa.

Según me contaron, todo empezó cuando, una vez dormido, entró una enfermera a colocar un cable que se había soltado. De repente, sin motivo alguno, la agarré del brazo, le golpeé, e intenté quitarle la ropa. Estuvimos forcejeando un rato. Tuvo la suerte de que a los pocos segundos apareció la otra enfermera, alertada por los gritos. Con un violento golpe en toda la cabeza, solté a la chica, y ella aprovechó la circunstancia para zafarse de mí y escapar de la habitación. Rápidamente, la otra enfermera, la del golpe, cerró la puerta por fuera y echó la llave. Después fue cuando comencé a destrozar cosas, y el resto ya lo sabéis.

Intento de violación, agresión, desperfectos varios... Se ordenó mi ingreso inmediato en el hospital. Yo, obviamente, no mostré la más mínima oposición. Estaba enfermo, y las enfermedades se

curan en el hospital. Era un peligro para mi familia, para mis amigos, y para todo aquel que por desgracia estuviera a mi alrededor mientras dormía. Incluido para mí mismo.

Pasé tres meses ingresado en el hospital. Por las mañanas, sesión con los psicólogos y algo de ejercicio; por las tardes, reposo, tedio y tiempo para reflexionar; por las noches, atiborrado de pastillas, era atado de pies y manos a la cama, para evitar episodios como el de aquel día, cuando llevaba aproximadamente una semana ingresado, en el que me levanté a las tres de la mañana, me quité la ropa, y me fui desnudo, corriendo, por todo el hospital. Me cogieron los de seguridad en la calle.

Cada día estaba un poco mejor. O eso creían los médicos. Mi terapia iba dando resultado, los psicólogos emitían informes favorables sobre mí, y por las noches no me movía tanto ni gritaba. Por cierto, al segundo mes fui trasladado a una habitación especial, insonorizada, para evitar que mis “serenatas nocturnas” impidieran en descanso del resto de pacientes de mi planta y de las plantas contiguas.

Una fría mañana de febrero entró la doctora en mi habitación.

–Mario, te vamos a dar el alta

Los cuidados proporcionados durante esos meses parecía que habían dado por fin sus frutos.

–Te vas mañana mismo.

La noticia alegró mucho a mis padres. Por fin iba a dormir en casa, con ellos, y sin estar atado de manos y pies como un animal. Durante mi estancia en el hospital, mis padres, después de muchas charlas con médicos y psicólogos, y después también de mucho rato a mi lado, se enteraron de todo lo que me había estado ocurriendo, tanto en Francia como aquí en Zaragoza. Ellos, al contrario de lo que imaginé en un primer momento, no

se sintieron asustados; al revés, me dieron todo su apoyo, y cuando fui a pasar la noche en casa, por primera vez en casi cuatro meses, poco menos que se sintieron más alegres e ilusionados que yo. Mi madre incluso me había cambiado de orientación la cama en mi habitación. Según había leído en no sé qué libro, eso influye mucho en la calidad del sueño, y estaba dispuesta a demostrarlo conmigo.

Ese apoyo fue muy importante para mí; después de mucho tiempo, no sé cuánto, me volvía a sentir reconfortado, apoyado y a gusto en mi propia casa.

Tuvimos una cena tranquila y agradable, algo por cierto extraño según lo que yo recordaba de antes de irme de erasmus. Me eché pronto a la cama, había que descansar para el día siguiente.

Me desperté con un par de gritos. Había gente por la casa dando voces y moviéndose. Dos tipos entraron a mi habitación y me sacaron de la cama en volandas. Me colocaron unas esposas y me arrastraron por la casa hacia la puerta de la calle. No sabía qué estaba pasando, no entendía nada. Parecía un sueño, pero el daño que me hacían las esposas en las muñecas me hizo comprender que desgraciadamente eso era la cruda realidad. Miré a mi alrededor. Había gente en mi habitación y en la de mis padres haciendo fotos, tomando datos en libretas, examinando todo. ¿Qué coño estaba pasando? Giré el cuello para ver a los tipejos que me llevaban cada uno de un brazo: eran altos, corpulentos e iban vestidos de uniforme. Eran policías. Cuando pasamos por la puerta de la cocina pude ver a mi madre llorando, rodeada de policías, desconsolada. Fue la imagen más terrible que había visto en toda mi vida. Estaba empapada en sudor, una agente le servía un vaso de agua. En una décima de segundo y antes de perderla de vista, me miró. No vi nada en sus ojos:

ni cariño, ni sorpresa, ni afecto; ni siquiera odio o rencor; simplemente no vi nada. Su mirada estaba vacía.

En unos segundos ya estaba en el asiento de atrás de un coche de policía. Estaba confundido, aturdido, pero pude articular unas pocas palabras:

–...¿Qué ha pasado? ¿Por qué me llevan? ¿Está bien mi madre?...

El juicio fue rápido. Tuve la suerte de ser sonámbulo: mi abogado alegó que el crimen no se había cometido en pleno ejercicio de mis facultades. El tratamiento de cuatro meses en el hospital fue la prueba que necesitó el juez para corroborar la declaración. Por eso mismo me libré de la cárcel. Pero se me condenó a pasar el resto de mi vida en un hospital psiquiátrico.

Me internaron en el hospital psiquiátrico Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Desde ese momento, la vida pasó para mí como si no existiera, como si estuviera muerto. Los días se sucedían uno tras otro, entre pastillas, gente con bata blanca, locos, y frías habitaciones. No podía recibir visitas, aunque tampoco sé si nadie quería visitarme.

Por fin lo había hecho. Había llegado al final. A las últimas consecuencias. Ahora sí que había logrado el “touchdown”. Tan sólo me quedaba esperar. ¿A la muerte? Quizás... Desde luego, no albergaba ninguna esperanza para mi recuperación. Me merecía estar allí.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Seis meses, un año, tal vez cinco... Hace unas semanas comencé a empeorar. Yo creía que había tocado fondo, pero no, aún quedaba mucho foso por el que caer. Se me empezó a volver loco el ritmo de sueño. Cada tres o cuatro horas caía en un sueño profundo, que según oía comentar a los médicos –que no hablan conmigo, por cierto–

duraba unos quince minutos. Después de eso, hace unos días, en esos intervalos de quince minutos, comencé a autolesionarme. Despertaba con heridas en la cabeza y cardenales en las extremidades. Quienquiera que sea el que está ahí dentro, que usurpa mi cuerpo mientras duermo, no contento con acabar con lo que más quiero y con mi vida, ahora quiere acabar conmigo. Quiere matarme.

Ayer me cambiaron de habitación. Me han metido en una en la que las paredes están completamente acolchadas, incluida la puerta; y me tienen tres cuartas partes del día con una camisa de fuerza puesta. No saben que todavía puedo morderme la lengua y morir desangrado. Pero creo que eso él sí lo sabe.

Un saludo, y hasta siempre



La excusa de los días

Por Marta Fuenbuena Loscertales. Zaragoza. 1985.

I

Cuando el niño abrió los ojos
ya era tarde para cerrarlos.
Para no ser visto,
los entornó.

II

El avión que ves
ya está en otra parte.
Ayer sigue nevando
y mañana ya fue.
En todo acabarás amando sin más,
y mucho menos.

III

Pisaremos el eje de rotación de la tierra,
el Polo Torpe,
cuando las veletas dejen de agitarnos.

Marcharemos hacía el frío
y la blancura de tu asombro
verá dientes frigoríficos,
escaparán sonidos escarchados
que no podrás percibir.

A cientos de años sombra,
fue difícil confiar en el calentamiento carnal.

Será, tu estatua de sal,
la última superviviente.

IV

Torre de aire,
tú tintineas las luces
y retuerces los mares,
oscurecidos de ver pasar el tiempo en calma
y el cielo en canto.

Astuta anfitriona de pesares,
tú con tu peso,
ligera a tu espalda
y agotada de lo ajeno.

Qué suaves tus curvas,
despojadas de hierros,
ahora, nido de enredaderas gigantes,
antes, paraíso del escondite ante el miedo.

V

Paseabas la mirada por entre los callejones,
ahuyentando claridades y otras fugacidades.

La oscuridad, tu canto,
sonido de prisioneros de lejanos horizontes,
soñadores en época de hambre.

Creo reconocerte, misterioso,
por el brillo de tu retina
que puede se rompiera
por un reflejo de mi instinto,
animal inmortal.

La paz, a tu lado,
el silencio de un monje abstraído,
demasiado olvidado en los pesares de su dios.

Vuelco todas mis vértebras
en un ibón estacional,
del cual no quedarán sino los pigmentos,
desalados,
que el tiempo desecha.

Los pies, el campo, imaginaciones de nubes,
y lo único que permanecerá, misterioso,
será tu recuerdo.

VI

Jugar al descaro no sería justo
si no hubieran amenazas que lo interrumpiera.

Tres segundos bastan para describir los pasos
que te hicieron llegar,
pasando desapercibido,
mordiéndolo el polvo,
viendo tu imagen en su retina oceánica,
esmaltada a conciencia.

VII

La obra del tiempo se construye
agitando las piernas por debajo de una mesa.

VIII

Caíste en mariposas y astrolabios,
germen de la risa que agrandó al niño,
símbolo de maduración
de un cometa desconocido,
giro que quisiera olvidar.

IX

Te esperaba en aquel lugar,
de aquella sombra,
de aquel día.

Te miraba con esa expresión,
de corta mira,
de amplia vista.

La imaginación y los silencios
tenían la caducidad de un día sin fecha.

X

Construyes en palacios ondas de mis gemidos,
acentúas a caballo el final de la escapada,
en nuevas visiones ocupas el ingenio,
y dices, sin decir, lo que otros no callan.

En ti las palabras
son el eco de una nueva era,
fugacidad hecha memoria
en la encrucijada del tiempo perdido.

XI

Al pozo tú,
al abismo yo,
o viceversa.

Si fuera tan fácil perderse
no nos habríamos encontrado.

XII

Callo cuando hablas,
para saber que no siempre fue así.

XIII

Las risas acondicionadas,
a condición de expulsar aire,
salen de nariz y boca,
molinos de nuestro viento.

XIV

Todo sigue en su lugar,
yo me alejo de donde tú estás,
tú me llevas donde no te espero.

Somos, allá lejos,
el rumor de un proyecto de eclipse,
círculos casi superpuestos
en la inmensidad del caos.

XV

Tocar es en el cielo
el mayor de tus pecados.
Formas círculos equiláteros,
manantial de yemas torcidas.

Aroma no es,
se erizan las pestañas,
camufladas en silbidos.

Ser lecho y volar raso,
el cobijo de nuestros cuerpos arqueados,
a punto para la incandescencia.

XVI

Aún no me he ido,
coge mi mano,
tú también volverás conmigo.

Tanto enigma y tanto duelo,
casualidades de feria,
tantos huecos.

Apenas cabemos donde se cuele la luz,
donde escapa el viento.

Y somos, entretanto,
un grito alegre,
un triste canto.

XVII

Hubo un lugar donde no había nada,
se bailaba en escalera,
los peldaños caían.

Siempre hay esperanza
cuando no se espera,
y viene en su nombre
una alforja mendiga.

Mientras tanto,
nos estiramos,
somos cuellos de jirafa,
mal disecados.

XVIII

Si hubieras visto el dibujo de santos sin genes,
no tendrías como ciertos
a mi regimiento de fieles.

Son guantes de gusano,
casi sargentos-tenientes,
que me tienen atrapada,
para cuando no esté presente.

XIX

La evolución se retuerce,
es un gran pozo de conciencias.

Sucesiva es la mente,
un aleteo
y los años.

Todos torpeza de no poder parar,
una ilusión camuflada
en bloque de hormigón.

Saberse vivo, al fin,
no es sino un pálpito ajeno,
el de la próxima resurrección.

XX

Es dejar la mayor de las penas,
cuando vas y vuelves,
sosteniendo pasos,
reteniendo vapores,
asegurando el fin de la memoria.

Al volar recuerdo las trampas terrenales,
caímos de lleno en sus asustadas redes,
en el contorno versátil,
de esta era mundialmente desconocida.

XXI

Cuando en medio de las nubes
quede una sombra pendiente,
será el miedo que llama
a volver cuando no estemos.

Si fuiste en esta fruta
el jugo mal vertido
y caíste en el reflejo
de un vaso medio roto,
será el miedo que no quiso
que tu néctar se colara por mis ríos,
que aun sabiendo que no llegas,
fluyen hacia el mismo incendio.

XXII

Hay muchas maneras de decirte que sin ti,
es difícil planear las aves que seríamos.

En la caída a un cielo incierto,
la única que se me ocurre es la mía.

XXIII

(A Xavier Tamarit Tamarit)

Mira desde las rejas la duda más firme,
de querer niños con alas,
de buscarlos en amargas calles,
de vicios y sexos débiles.

Aquellos a dos palmos
por encima de tus verdades,
son oscuros videntes,
pozos sin reflejos,
piedras de lija en cementerios aguados.

Certeza es sin razón,
la corteza de otros árboles.

Las rejas de tu corazón
acabarán paseándose por las calles.

XXIV

Dejaremos ventanas,
sólo al aire expuestas.

Manos serán testigos de la voluntad
y la lluvia ganará tiempo al rozarnos,
uno a uno,
sin deshacerse,
sin empaparnos,
sin aliviarnos,
agua bendita mal disuelta.

El espacio entre las gotas,
nuestros cuerpos inertes.

XXV

No quise echar a andar después de ti,
tan sólo se me retrasaron los inviernos.

Las mariposas que pendían de tus paredes,
estuvieron antes en mí,
se arrastraban en gusanos de seda.

El tiempo, vuelve,
como tú y como yo,
monstruos extraviados de una era,
que pronto llegará.

XXVI

Llegará la mañana,
llena de noche y vida.

Vendrá estriada,
con halos de serena guía.

Llegará la mañana,
no habrá día,
la luz,
despertará a los espías.

Y cuando llegue la noche,
puede que no se levante el día.

XXVII

Si no estás me ahogo,
si estás me retuerzo,
el aire escapa en espiral meteórica.

Estoy en el lugar donde apenas cabes,
y no rompes, soledad,
tu brazo para entrar.

Las piedras del camino
se convierten en mar,
y lloran, soledad,
al no verte pasar.

XXVIII

El proyecto es tu huida de espanto,
pasado imperfecto,
y presente continuo de heridas en sal.

Giramos en dirección opuesta,
pusimos espejos en el altar.

Y no llegamos a palpar la primavera
que hizo con los almendros
lo que pudimos haber sido.

XXIX

Lomo hinchado eres,
cuando te cabalgo.

Cumbres firmes sientes,
cuando te espanto.

Donde estuve antes de ti,
nadie lo sabe.

Y soy, en tu ombligo,
el germen del olvido
que me ve derramada.

Frío es que no estés
y mi cama se olvide de tu muerto.

XXX

Si somos lo que comemos
y nos comemos lo que somos,
quizá cuando acabe esta huelga
de hambre impuesta,
y la forzosa ausencia de sirenas en el mar,
podamos,
los que por centímetros a lo ancho
nos expandimos,
quitarnos las máscaras
y acabar con este cruel vals de esqueletos
a punto de chocar.

XXXI

De tu casa a la mía
hay un desfiladero de fantasmas,
aparcados en fila de a uno.

Por las noches,
si se asustan,
corren a meterse en mi cama.

XXXII

Estudio la manera de regar el mar,
cuando el agua cae en tiras
y se moja la alfombra del salón,
hilada en estelas acuáticas.

Estudio los prismas fóbicos:
el horror de las baldosas,
las vertientes pantanosas,
la muchedumbre de la soledad
y el drama en las constelaciones del sueño.

Estudio al fin la absorbencia,
y aprendo
que no necesita
finas garras mecánicas
para empaparse.

XXXIII

Dilataré el tiempo en que creí conocerte,
colocaré servilletas en tus lagunas
y veré cómo bailan.

Con la anestesia de mis dedos
desdibujaré tus pecas
para ser la única capaz
de situarlas de nuevo.

XXXIV

Miro el Sol,
no el rayo inmaduro,
abrasivo,
ni el agua oxidada.

Ocurre que los testigos de la fundición
se abrazan a un frío infernal.

XXXV

Tirar tila al muladar,
silbar y huir.

Que la paz venga volando
y planee luego en cielos
de oro y mirra.

Tirar tila al muladar,
ser buitre
y arrojar la carroña al mar.

XXXVI

Yo camino,
Tú caminas,
Él camina.

Lástima que los pies no tengan memoria
y se sigan.

XXXVII

Para que me veas aparecer
y me hagas recordarte
me planté en tu terraza.

Puede que un día broten narcisos,
esta vez sin complejos
y sea la definitiva.

XXXVIII

Somos analfabetos de la suerte:
escribimos muertes
con el silencio de las eses.

XXXIX

En el filamento de la memoria
me extendo,
por tierra y aire.

Saco las cuentas de los atardeceres,
bigotes celestiales,
espacios de diamante,
imantados a la orilla
al borde del acantilado.

En el filamento de la memoria
siempre hubo metralla antes que guerra,
aquí me quedo.

XL

Espero que me desnudes el insomnio
y me estires en tu piel,
ave rapaz cayendo en picado,
mutilado sin muletas,
que recojas las flores usadas
en la espina del cordero.

Siempre fuimos,
sin llegar a ser,
el ojo que nos dejó ciegos.

XLI

De una puerta he sido el amasijo de hierros
que se convertiría en verja del olvido.
He visto caer el día,
por devoción a la vida.
Y yo,
que quería ser noche,
nunca tuve la anestesia giratoria,
nunca he huido.
Me entretengo a saltar,
intento no hacer ruido.

XLII

Reconozco los aullidos
de la voz abandonada,
sobredosis de estramonio
sin su Venus de Milo.

Intento reconocer la marea solitaria,
tierra firme líquida,
encajado el contenido,
derramado el continente.

Reconozco al ladrón del día de mañana,
contable jubilado,
preso en libertad,
cowboy del Este.

Soy la única heredera de tu ausencia,
preparada al vacío
y en monodosis.

XLIII

Afiladores de sueños
volved allá donde dejasteis de existir,
al hueco que quedó en el útero materno
que supo expandirse,
eco del primer día con vida.

Si nos imponen el derecho de admisión,
nos reservaremos la elección de volver a entrar.

XLIV

Y confío en que al final estéis allí,
arrojando el escalofrío de una despedida
que se apresuró en llegar.

Como un encuentro fortuito,
vosotros me haréis recobrar la emoción
de abrir la mente a los acantilados
desde los que caéis.

Observo por encima del aire,
impregnado de vaho marino.

Vosotros,
chocáis con el agua
y os fundís en sus redes.

Seguiré observándoos
desde la escandalosa altura del recuerdo.

XLV

Por todos deciden
las coordenadas del espacio palpitante,
si perdemos su mapa,
estaremos desdibujando la sonrisa del baúl
enterrado en la isla de los vividos.

XLVI

Caminante te fuiste,
del calor al frío.
Dejaste tierras, familia,
y el sueño lo tiraste por otro paraíso
que nunca llegó,
fuerza tuya no recompensada.

Y te llaman vergüenza,
y te dicen castigo.
Castíganos a nosotros,
tú que todo tuviste,
todo perdiste.

Si recuerdas el sabor de tu despiadada bondad,
nunca más la tendrás.

No aquí visitante,
tú que marchaste cabizbajo,
y pisaste un suelo nuevo,
una tierra firme
que pronto tornaría esfinge.

Mira los muros del recuerdo,
tú que pudiste soñar,
tú que no dudaste en volar.

Olvida la llegada
Y olvida el regreso.

Pues siempre tendrás, visitante,
los pies tres metros por encima del suelo.

Índice

Saluda	4
Presentación	5
NATALIA PÉREZ CAMEO: <i>Titanes</i>	9
MARIANO JOSÉ COLÁS BLASCO: <i>Hola. Me llamo Mario y soy sonámbulo</i>	147
MARTA FUEMBUENA LOSCERTALES: <i>La excusa de los días</i>	173

JURADO: Ramón Acín Fanlo. Camino Ibarz Gil. Antonio Pérez Lasheras. Antonio Royo Oliván (Secretario) // EDITA: Gobierno de Aragón. Departamento de Servicios Sociales y Familia. Instituto Aragonés de la Juventud. C/ Franco y López, 4. 50004 Zaragoza // COORDINA: Servicio de Programas y Prestaciones // DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Versus Estudio Gráfico, S.L. // PREIMPRESIÓN: SoluGraf, S.L. // IMPRESIÓN: Octavio y Fález, S.A.
I.S.B.N.: 978-84-8380-203-8
D.L.: Z-3.811/09

